

Las Ciudades Mayas:

Historia de las teorías sobre su espacio urbano y territorio

Daniel Schávelzon (Conicet)
Centro de Arqueología Urbana
Universidad de Buenos Aires

Indice

Prólogo	2
Resumen y abstract	4
Presentación	6
I. Las ciudades mayas y su territorio ante la Ilustración (1760-1825)	10
II. Las ciudades ante los primeros viajeros y exploradores (1825-1885)	14
III. Ciudad y territorio para la arqueología temprana (1885-1920)	17
IV. Los primeros modelos teóricos para entender los asentamientos y su entorno (1920-1950)	21
V. Los estudios de patrones de asentamiento y sus resultados (1950-1970)	37
VI. Hacia el reconocimiento de los asentamientos y el territorio maya (1970-1990)	43
VII. El territorio y los asentamientos mayas revisados	56
Agradecimientos	61
Bibliografía	62
Ilustraciones	83

Prólogo

El interés por los asentamientos de la América indígena dio inicio con el descubrimiento del Nuevo Mundo, aunque fue en los siglos XIX y XX que éstos se estudiaron con mayor detenimiento. Lo que observaron los primeros europeos como ciudades vivas y coloridas poco tiene que ver con las ruinas que se escondían entre las selvas, en espera de la curiosidad de los científicos educados durante la Ilustración un par de siglos más tarde. Sin embargo, en aquel entonces esos sitios también fueron considerados como ciudades con casas, palacios y calles, a pesar de que la tipología de sus arquitectura no coincidía estrictamente con lo que se conocía en el Viejo Mundo.

Con estos antecedentes, Daniel Schávelzon nos introduce a un fascinante viaje por el área maya, explicándonos cómo fue cambiando la manera de ver las cosas entre los investigadores y qué es lo que sabemos a la fecha sobre las ciudades mayas. Conocido como uno de los más destacados especialistas en lo que concierne a la arquitectura prehispánica de Mesoamérica, en este libro nos sorprende con una visión comprensiva de la civilización maya que trasciende los temas que ha abordado en otros trabajos. Y es que ésta, con toda su riqueza y diversidad regional, es una y al mismo tiempo parte de la civilización mesoamericana.

Frente a este trasfondo es fácil entender el por qué de una pregunta que se hace una y otra vez, es decir, ¿por qué se sigue hablando de centros ceremoniales y no de ciudades en el discurso popular sobre los mayas? Sin entrar en más detalles alude a la necesidad que enfrentan las clases gobernantes de un país para construir la historia nacional, y cómo el pasado prehispánico es garante de la identidad mexicana. En este cometido, empero, suele suceder que por admirar los grandes monumentos se excluye a los indígenas de hoy, tal y como se hace al desconocer a la gente que residía en y alrededor de los grandes sitios arqueológicos.

Por otro lado está la noción de un gran territorio con innumerables agrupaciones de arquitectura monumental y de extensas selvas que favorecían la práctica de una agricultura de roza y quema. A este respecto, el análisis de las jerarquías de sitios y la distribución espacial de éstos, los estilos arquitectónicos compartidos y la epigrafía se pronuncian a favor de una serie de relaciones muy estrechas entre los sitios de las diversas regiones, e incluso de la lucha por los espacios que algunos de ellos se adjudicaron. Más aún, el relevo de los diversos ecosistemas que presenta la península de Yucatán, el Petén y las Tierras Altas de Guatemala demuestra la imposibilidad de hablar de una sola forma de vida entre los mayas prehispánicos, y de cómo la etnografía ha contribuido a la elaboración de una visión romántica del pasado. Junto con las distintas formas de aprovechar los recursos naturales de una manera intensiva se puede hablar

hoy de variadas formas de interacción social que quedaron plasmadas en las diferentes maneras de organizar la infraestructura urbana.

A pesar de las discusiones que han generado estos hallazgos entre los investigadores, no queda duda que con el tiempo se podrá hablar de una forma de vida urbana entre los antiguos mayas. La motivación de este libro, sin embargo, no parece surgir de la necesidad de dar una solución a esta vieja polémica, si no de la toma de conciencia de lo que ésta implica para el registro arqueológico. Por su larga trayectoria y el profundo conocimiento de la planimetría mesoamericana, Daniel Schávelzon sabe muy bien que la dinámica cotidiana es mucho más rápida que la del mundo de las ideas y que por ende son muchos los sitios prehispánicos que han pagado las consecuencias. Como ejemplo se puede mencionar a Teotihuacán y a Kaminaljuyú en las tierras altas de México y Guatemala. Una gran parte de la información que permitiría entender mejor a estos sitios se ha perdido por la ignorancia y el descuido. En este sentido es de esperarse que un libro como éste fomente el interés por las formas de vida ancestrales y la riqueza de la experiencia humana, con el fin de preservar a éstas para las futuras generaciones.

Bernd Fahmel Beyer
Instituto de Investigaciones Antropológicas
UNAM

Resumen

Los viajeros del siglo XIX vieron con asombro las ciudades mayas aun cubiertas por la selva y notaron que se trataba de grandes asentamientos de los que nada sabían; allí nacieron los estudios arqueológicos que llevarían a explicar la historia de esos asentamientos y sus características internas. Hoy, tras más de un siglo de trabajo, tenemos un panorama bastante claro de lo sucedido. Pero eso no ha sido hecho sin un enorme trabajo y sin contradicciones, polémicas, diferencias de opinión y de marcos conceptuales. Se revisa la historia de las interpretaciones que se hicieron sobre las ciudades y el territorio maya, las técnicas y métodos usados para relevar y dibujar los sitios con arquitectura, el surgimiento y fin del modelo del *centro ceremonial* y el estado actual del conocimiento en el tema, mostrando la heterogeneidad del fenómeno urbano entre los mayas y la altísima densidad que lo caracteriza desde época muy temprana.

Abstract

The 19th century travelers were dazzled by the Maya cities, still devoured by the forest, and realized these were extended settlements of which they knew nothing about. It was then when the archaeological surveys which would lead to explain the history of such settlements and their inner characteristics were born. Presently, following one century of research, a much better understanding of those early events has been achieved. However, such an accomplishment was not attained without great efforts, contradictions and heated controversies, in the framework of different opinions and mainstreams. The history of interpretations about the cities and the overall Maya territory, the techniques and methods applied in surveying and drawing up the sites with architecture, the rise and decline of the *ceremonial center* pattern and the present state of knowledge about these issues are revised, showing the heterogeneous nature of the urban phenomenon among the Maya and the remarkable high density that has characterized it since the earlier times.

“En el romance de la historia del mundo jamás me impresionó nada más fuertemente que el espectáculo de esta grande, derruida y hermosa ciudad, en un tiempo desolada y perdida; descubierta por casualidad, cubierta de árboles por millas en derredor y sin ningún nombre para distinguirla. Era un doliente testigo de las mudanzas del mundo”

John Lloyd Stephens, 1839

Presentación

La construcción de la historia, es decir la reconstrucción e interpretación del pasado, ha sido uno de los grandes desafíos a la cultura de la humanidad. Y digo de la humanidad y no sólo de la cultura Occidental ya que la nuestra no fue la que inició esta obra del conocimiento; ya sabemos que otros pueblos lo intentaron e incluso lo hicieron antes de nosotros y algunos muy bien por cierto desde hace 5000 años. Los bibliotecarios de la antigua Mesopotamia recuperaron información del pasado en forma de tabletas y piedras con inscripciones, incluso excavando ruinas, para que luego de describir lo recuperado guardaran también sus informes y así llegaron hasta nosotros (Schnapp 1997). Y cuando hablamos de miles de años cabe preguntarnos ¿qué sabíamos sobre los mayas hace doscientos años? ¿Y hace cien? Muy poco; pero no nos habíamos dado cuenta que era seguramente menos que lo conservado por los propios mayas que aun habitaban la región y cuya memoria estaba viva; ahora nos damos cuenta que tenían -de una forma u otra- claro registro de sus antepasados, de su esplendor y riqueza; es más, se mantenían viviendo en los mismos lugares o cerca de los sitios de sus predecesores. De algunos sitios fueron expulsados por los mismos investigadores. Era muy difícil el diálogo intercultural, entender que entre su memoria y nuestra ciencia había un abismo que hizo difícil el entendimiento. Cuando los arqueólogos llegaron a sitios como Bonampak, Santa Rita o Tulum en pleno siglo XX, los lugares aun estaban en uso; quizás no en la forma antigua, pero seguían siendo usados.

Durante los últimos años la arqueología maya ha visto el fuerte incremento y difusión de los estudios sobre el territorio que fuera ocupado por los antiguos pobladores de la región. Con diferentes técnicas y objetivos, grandes extensiones han sido reconocidas, estudiadas y discutidas, habiéndose logrado un importante conjunto de información para la comprensión del pasado; si hace sólo cien años no había ni idea cierta acerca de cuándo y cómo fue ese pasado, hoy sin duda es posible afirmar muchas cosas, y con dudas muchísimas más. Ante este auge y estos logros, la primera pregunta que nos preocupa es: ¿porqué pese a la tremenda cantidad de investigaciones hechas a lo largo de dos siglos en torno a los sitios mayas, casi nada sabíamos sobre el territorio en su conjunto?; la otra pregunta es ¿en qué medida estos estudios sobre el territorio no sufren de los mismos problemas que padecen, o han padecido, los estudios sobre la estructura interna de las ciudades mayas? Si aceptamos la validez de estas preguntas

entonces llega la tercera: ¿lo que llamamos *territorio maya* podría ser sólo una construcción conceptual de la arqueología y no una realidad en sí misma?

Nos preocupa que ante la apertura de un campo nuevo es que no se cometan errores superados, que se repitan tautologías o teorías sin sostén alguno. Esto, que puede sentirse como agresivo y crítico, es cierto, y en especial los sitios mayas cargaron durante tres cuartos de siglo el acoso del concepto del “centro ceremonial”, que sabemos que le causó un enorme daño al conocimiento, llegando a ser factor retardatorio en las excavaciones mismas, ya que los investigadores encontraban lo que en realidad iban a buscar: respuestas establecidas previamente.

La idea es: en qué medida algunas de las diferentes explicaciones que existen en el mundo académico de la arqueología maya están teñidas por teorías sobre los asentamientos que fueron establecidas en forma hipotética, pasando más tarde a ser divulgadas como verdades. Veremos cómo algunos conceptos relacionados con las formas del uso social del espacio, tal como el de *centro ceremonial*, surgieron y se aceptaron, y cómo a pesar de la información arqueológica en contrario ya existente en ese entonces se fue difundiendo; fue necesario mucho trabajo y medio siglo para lograr romper con eso y aceptar la compleja urbanización de estas grandes ciudades, para luego lograr estudiar su entorno y su territorio.

El avance que ha habido desde esa época sobre el conocimiento del pasado de estos pueblos, ha sido formidable; hemos avanzado mucho desde lo muy poco que había, lo que a su vez estaba estructurado en códigos mentales y lingüísticos diferentes –como la memoria oral, la escritura jeroglífica, los códices, las estelas-, y que hubo que traducir a nuestro sistema de pensamiento y de transmisión escrita sistematizada. Hace sólo un siglo la mayor parte de los interesados en el tema únicamente podían acceder a un grupo selecto de libros hechos en pequeños tirajes, con ilustraciones que iban de las malas a las pésimas, a fotos repetidas de los mismos objetos muchas veces dudosos de su originalidad y con teorías discutibles y discutidas. Desde esos primeros esfuerzos de viajeros, curiosos, interesados y coleccionistas ávidos, se logró avanzar a una arqueología que lleva nuestro conocimiento hacia límites pocas veces sospechados. Hoy sabemos quiénes eran, qué comían, donde vivían, conocemos bastante sobre su escritura glífica, sus dioses, sus ritos y su estructura política; hasta sobre sus ciudades, sus casas y su demografía. Esta construcción es, en el caso de los mayas, monumental. Gracias al trabajo de la arqueología, la epigrafía, la etnología y otras ciencias interconectadas se han logrado conocer varios miles de años del pasado de una cultura excepcional en la historia de la humanidad.

Esto trata sobre la forma en que se construyó ese conocimiento, de las personas y mecanismos intelectuales que lentamente fueron colocando los ladrillos necesarios para edificar esta estructura, a veces endeble por cierto, pero que ya existe. Y de los errores, los caminos recorridos inutilmente y las causas de estos desvíos.

En el siglo XIX tardío los viajeros se asombraban ante la magnitud de los antiguos restos de construcciones perdidos en la selva pero no sabían ni quién, ni cuándo se habían usado; hoy la arqueología puede dar una respuesta a esos interrogantes. Y eso no es poco. Pero esta historia no ha sido fácil y al revisarla la encontramos llena de conflictos, errores, marchas atrás, como toda obra humana; se tomaron senderos equivocados muchas veces y hubo que empezar de nuevo, como todo el conocimiento científico. Y esta historia revisa precisamente eso: como las teorías se fueron sucediendo unas a otras, cambiando incluso los paradigmas imperantes, reemplazándose y superándose unos a otros, abriendo caminos insospechados. Y así como los temas de interés en una época dejaron un día de serlo para cambiar a otros durante los últimos años, la arqueología maya ha visto el fuerte incremento y difusión de los estudios sobre los asentamientos y el territorio. Con diferentes técnicas y objetivos, grandes extensiones del territorio maya han sido reconocidas, estudiadas y discutidas, habiéndose logrado un importante conjunto de información; y si hace cien años no había ni idea cierta acerca de cuándo y cómo fue ese pasado, hoy sin duda es posible afirmar muchas cosas y con dudas muchísimas más. Valgan algunos ejemplos: durante el fin del siglo XIX y los inicios del XX se hicieron intensos estudios sobre cráneos humanos, su forma, dimensiones, peso y todo tipo de detalles, parecerían explicar muchas cosas sobre las “razas” de América; realmente se midieron miles de cráneos – que hubo que buscar y excavar y trasladar y guardar-, se escribieron libros y más libros, se comparó unos con otros, se intercambió información, se hicieron congresos; nada queda de todo eso, ni siquiera ya el recuerdo en los libros de historia de la arqueología o la antropología. Prácticamente no lograron explicar nada de valor. La *Americanística* francesa creyó que en las lenguas estaba la posibilidad de entender las culturas del pasado, su distribución, antigüedad y características; se trabajó intensamente y lo editado es realmente monumental, para ser ahora una mera curiosidad de su tiempo. Una línea de investigación fracasó por racista, la otra por creer que había lenguas arias y no arias. El primer fotógrafo que visitó las ruinas de Mesoamérica, Désirée Chamay, en recorridos excepcionales y tomando fotos que fueron y son únicas, entregó su interpretación a un muy célebre arquitecto francés (Viollet-le-Duc) quien las usó para hacer un extenso alegato sobre la superioridad de la raza blanca y explicó los detalles de la arquitectura en función de los porcentajes de sangre de cada raza que había en cada pueblo y lugar. ¡Hasta despreció al Cuadrángulo de las Monjas de Uxmal por ser similar en su planta en una porqueriza francesa!

Pese a todo y más allá de todo, la ciencia siguió su curso, superando los obstáculos y construyendo explicaciones razonables al menos para los paradigmas imperantes en cada

momento. Pero no todo está resuelto y esta no es una historia romántica, ya que ante este auge y estos logros la primera pregunta que nos preocupa es: ¿porqué pese a la tremenda cantidad de investigaciones hechas a lo largo de dos siglos en torno a los sitios mayas, se sigue pensando en los niveles no-científicos –e incluso en muchos de ellos- que los mayas tenían un sistema de “centros ceremoniales” y no de ciudades?, ¿porqué casi nada sabemos sobre el territorio en su conjunto y no sólo sobre los centros urbanos?, ¿porqué se sigue creyendo que la religión es el centro de todo en esas culturas?; si pasamos a otro nivel la pregunta es ¿en qué medida los estudios recientes sobre los asentamientos y el territorio no sufren de los mismos problemas que padecen, o han padecido, los estudios sobre la estructura interna de las ciudades mayas? Avanzar en estos problemas es el objetivo central de este trabajo.

I. Las ciudades mayas y su territorio ante la Ilustración (1760-1825)

El conocimiento metódico de los asentamientos prehispánicos de lo que hoy denominamos como *maya* se inició en el siglo XVIII; y si bien todo a lo largo del período colonial hubo quienes se interesaron tanto en los indígenas como en las obras de su pasado, no constituyeron más que casos aislados que no llegaron a hacer planteos más allá de la curiosidad o la descripción, o que cuando los hicieron no pudieron difundirlos entre sus contemporáneos. En realidad el planteamiento con carácter *científico* –tal como en esa época se entendía a la ciencia- de los asentamientos prehispánicos surgió en forma confusa y muy compleja para la segunda mitad del siglo XVIII. Y por supuesto, siempre se hablaba de ciudades, su territorio ni siquiera era un tema existente.

Por supuesto esto no ocurrió aisladamente si no que formó parte de un proceso de revalorización del pasado indígena, de rescate de objetos, esculturas y códices, como hacía Lorenzo Boturini en el valle de México por ejemplo, y de algunos estudiosos que utilizaron el pasado para justificar o discutir el presente: nos referimos a la generación de la Ilustración Novohispana. No es factible reconstruir aquí el devenir de los libros publicados por esos ilustrados intelectuales de la colonia, que con su obra fueron mostrando una faceta de los antiguos indígenas muy diferente a la que el europeo medio podía conocer. La *Historia Antigua de México* de Francisco Xavier Clavijero publicada en Italia en 1760, fue una síntesis de ese nuevo pensamiento, que enfrentándose al de Cornelius de Pauw, William Robertson y tantos otros, ponía en igualdad de condiciones al hombre americano y al europeo (Gerbi 1978, Clavijero 1945, Moreno de los Arcos 1962 y 1975).

Por otra parte, comenzaron a describirse y estudiarse ruinas antiguas: Xochicalco, El Tajín, Teotihuacan, Mitla, Palenque, Uxmal fueron visitadas y luego descritas por los viajeros, quienes llegaron incluso a Toniná y a otros sitios en la antigua Real Audiencia de Goathemala. Destacan entre ellos Antonio de León y Gama, Antonio Alzate, Mariano Veytia y más tarde el mismo Humboldt. Todos ellos difundirían de una forma u otra una nueva visión de las antigüedades que serviría como instrumento

ideológico en la futura lucha por la independencia. Fue una manera de enfrentarse al régimen, de demostrar que la cultura que España había destruido no era pagana, hija del diablo o antropófaga, sino que se trataba de un pueblo culto, *ilustrado*, con una arquitectura y un arte dignos de encomio y comparables –según el padre Márquez- con los de la antigüedad clásica. Por otra parte, la Ilustración vio el pasado como algo ya muerto, como algo *arqueológico*, que había de ser estudiado con total independencia del indígena que seguía siendo explotado sin remordimientos. Sin embargo no fueron temas predilectos de especulación los de la ciudad antigua y las cuestiones más importantes en la época eran el calendario azteca y el tratar de encontrar una explicación, dentro de los cánones prevalecientes, para el extraño arte de la escultura. El descubrimiento del Calendario Azteca, la Piedra de Tizoc y la Coatlicue fueron la base para estos trabajos a partir de 1792 (Bernal 1962 y 1979).

Los mayas fueron un tema particularmente interesante y discutido, a tal grado que Juan Bautista Muñoz, el Cronista de Indias y miembro de la Academia Real de la Historia en Madrid escribió cartas y documentos al respecto (Muñoz 1975, Castañeda Paganini 1946). Una larga serie de artículos sobre la historia del descubrimiento y exploración de Palenque ya ha sido escrita y muestra el interés existente en la época por tener explicaciones *lógicas* para esas extrañas ruinas (Alcina Franch 1995).

En 1786 Muñoz hizo una comparación detenida entre tres sitios mayas – Palenque, Copán y Uxmal- demostrando sin darse cuenta la gran extensión de la cultura maya y la homogeneidad de sus expresiones culturales (Navarrete 2000). Esto sería expresado más claramente por Guillermo Dupaix (Baradere 1833) tras sus viajes emprendidos entre 1806 y 1809, en los que además de realizar el primer relevamiento detallado de esa región prehispánica, puso en evidencia la existencia de áreas culturales dentro de las cuales existían objetos en común, diferentes a su vez de los de las demás regiones. Gracias a los libros de Dupaix y a las obras del Barón Humboldt (1810), el mundo ilustrado europeo de 1830-1840 ya contaba con documentación suficiente como para especular. En 1822 salió en Londres la primera obra totalmente dedicada a las ruinas de Palenque, la cual, aunque envuelta en el esoterismo y en explicaciones teológicas poco claras, traía dibujos y planos de primera fuente. En 1788 ya habían arribado a Madrid objetos procedentes de Palenque que se habían solicitado oficialmente para ser estudiados en Europa.

Otro personaje que se debe nombrar es Antonio Fuentes y Guzmán, quien al publicar su libro en 1776 incluyó, por primera vez tres planos de ciudades

prehispánicas: Utatlán, Iximiché y Uzpantán que hizo José Rivera y Maestre. No hace falta decir que esto debe entenderse como los primeros planos hechos tras la desaparición de las culturas que ocuparon esas ciudades, es decir, por una visión occidental. Los indígenas habían representado sus propias ciudades y su territorio, primero en códices y luego en documentos coloniales; sirva como ejemplo el caso de Utatlán dibujada en 1554 (Carmak 1981). Es claro que esos planos son difícilmente comprensibles para nosotros aunque ya han sido interpretados, demostrándose que sí representan el sitio y que fueron hechos en el lugar aunque sin tener conocimientos de tipo arquitectónico. Lo que nos interesa destacar es que para principios del siglo XIX ya había información confiable sobre algunas ciudades mayas: más allá de su interpretación, en la que importaba más la propia arquitectura y sus *estilos* que otra cosa, había una visión de la grandiosidad de estas ruinas olvidadas. Se hizo evidente que:

1. eran muchas más de las que se podía suponer
2. eran complejas y extensas
3. tenían edificios de piedra y cal ornamentados y de grandes dimensiones
4. había evidencias de palacios y lujo
5. las ciudades tenían una estructura interna
6. las ciudades estaban dispersas por un enorme territorio y se notaban diferencias regionales

Quizás el caso que mejor representa la visión ilustrada de los asentamientos mayas ha sido el que surgió a través de las exploraciones de Palenque durante el último cuarto del siglo XVIII. La primera misión oficial –ya que no el primer visitante o grupo de viajeros que llegaron al sitio- estuvo a cargo de José Antonio Calderón en 1784, quien observó la abundancia de lo que él llamó “casas” alrededor del palacio, la no casual ubicación de los edificios -que para él era defensiva por encontrarse éstos en las laderas del cerro-, y la amplia dispersión de restos de cerámica por un extenso territorio que debía estar bajo el dominio del señor de esa ciudad. Asimismo describió el palacio y redactó una *Relación de casas, y como palacios, que se encuentran en la casería de piedra...* (Castañeda Paganini 1946), que sin duda es el primer estudio del patrón de asentamiento de una ciudad maya. Hoy en día ese trabajo es considerado sólo una

curiosidad; pero no debe olvidarse ya que fue un intento válido por comprender lo que para su época era incomprensible: quiénes construyeron Palenque, para qué y cuándo.

En el listado de edificios hecho por Calderón hay 195 “casas”, catorce “palacios”, dos “capillas” y un edificio indefinido, todo ello “con la advertencia que todos forman calles, como se advierte por las veredas”. Este fue el primer intento de interpretar una ciudad prehispánica, aunque en base al modelo de ciudad que se tenía en aquel entonces para el cual importaban la densidad y la existencia de calles; se era más civilizado si las cosas se parecían más a lo conocido. A partir de allí y por mucho tiempo se habló de *ciudades* (¿por falta de otra palabra o por que realmente se creía que eso eran?), incluso el arquitecto real Antonio Bernasconi, enviado en 1785, recibió de Juan Bautista Muñoz órdenes del siguiente tenor: “formará plano circunstanciado de la ciudad, señalando sus plazas, fuentes y calles” para ubicar en él las casas y palacios estudiados. Un poco después el capitán Antonio del Río, quien también fuera enviado al lugar a continuar las exploraciones en 1787, comparó estas ruinas con las de Uxmal y su conclusión fue que “queda probada hasta la saciedad la evidencia de la uniformidad de los antiguos habitantes yucatecos con los palencanos”. Todo esto fue el inicio del largo camino que estos asentamientos debieron recorrer, sólo para que dos siglos más tarde fueran por fin reconocidos como ciudades u otros tipos de asentamientos; el territorio seguía no existiendo, era sólo lo que había entre ciudad y ciudad.

II. Las ciudades ante los primeros viajeros y exploradores (1825-1885)

Durante los comienzos del siglo XIX se siguieron los mismos rumbos: especulaciones con bases endeble, pero aquéllos que recorrieron los sitios y los describieron siempre se asombraron de la extensión de esas ruinas dispersas por doquier y que se internaban en la selva. Pioneros como Juan Galindo llegaron a visitar sitios mayas tan lejanos entre sí como Copán, Topoxté y Palenque a partir de 1831 entendiendo que todo era la misma cultura. Llegó a desarrollar una teoría en la cual establecía el origen de la cultura de la humanidad entre los mayas; diciendo que de allí se había trasladado hacia Egipto y más tarde hacia Europa. Este solitario estuvo en contacto con las instituciones culturales del Viejo Mundo e incluso publicó trabajos sobre el tema (Graham 1963). En esos años lo prehispánico iba cobrando fuerzas; en 1825 se había fundado ya el Museo Nacional de México, se rescató la escultura de la Coatlicue de donde había sido enterrada por los religiosos de la Universidad; poco más tarde se crearon varios pequeños museos regionales (Oaxaca, Zacatecas) y comenzó a funcionar la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Para finales de la década siguiente ya se estaban publicando los diez grandiosos volúmenes de Lord Kingsborough (1831/4) que incluían el trabajo de Dupaix a quien simultáneamente se lo editaba también en París (Baradere 1833). En 1832 el presidente de Guatemala, Mariano Gálvez, envió a Miguel Rivera Maestre a levantar planos de Utatlán, Iximché y Mixco Viejo para su *Atlas Guatemalteco* (Villacorta 1930). Y en 1839 llegaron a la zona maya John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood cuyos libros (Stephens 1841 y 1843) provocaron un cambio substancial en la visión del mundo prehispánico. Los dos viajes organizados por esos viajeros fueron de gran importancia no sólo porque difundieron masivamente en el mundo de la época información de campo y excelentes trabajos sobre las ruinas mayas, sino porque las compararon con las de Egipto, Grecia y Roma. Notaron la grandeza de ese pasado, entendieron que hubo aquí ciudades tan importantes como las de Oriente o Europa, y presentaron los dibujos de Catherwood, notables por su realismo y exactitud. Hay un párrafo de Stephens más que elocuente:

Lo que teníamos frente a nuestros ojos era grandioso, raro y muy interesante. Aquí se hallaban los restos de un pueblo adelantado, culto y singular, que había pasado por todas las etapas correspondientes al levantamiento y decadencia de las naciones; llegado a su edad de oro, perecido y hoy enteramente ignorado. Los eslabones que lo unieron a la familia humana estaban rotos y perdidos, y éstos eran los únicos recuerdos de su paso sobre la tierra. Nosotros vivimos en el derruido palacio de sus reyes; subimos a sus desolados templos y caídos altares; y por dondequiera que nos movimos notamos las evidencias de su buen gusto, de su poderío. En medio de la desolación y de la ruina volvimos la mirada hacia el pasado, despejamos la sombría selva y nos imaginamos cada edificio perfecto, con sus terrazas y pirámides, con sus ornamentos esculpidos y pintados, grandiosos, sublimes e imponentes, y dominando una inmensa llanura habitada; hicimos volver a la vida al extraño pueblo que nos contemplaba con tristeza desde los muros; nos lo imaginamos, en fantásticos vestidos y adornados con penachos de plumas, subiendo las terrazas del palacio por las gradas que conducen a los templos; y a menudo nos imaginamos, en fantásticos vestidos y adornados con penachos de plumas, subiendo las terrazas del palacio por las gradas que conducen a los templos (...). En el romance de la historia del mundo jamás me impresionó nada más fuertemente que el espectáculo de ésta en un tiempo grande y hermosa ciudad transtornada, desolada y perdida; descubierta por casualidad, cubierta de árboles por millas en derredor, y sin ningún nombre para distinguirla. Aparte de todo lo demás, ella era un doliente testigo de las mudanzas del mundo.

Durante todos esos años no había dudas respecto al hecho de que las ruinas eran en realidad restos de grandes y complejas ciudades, y así lo destacó Stephens. Parecía que el prejuicio general contra el indígena –del pasado y de entonces- aún no se había manifestado contra algunas de sus obras arquitectónicas, aunque sí contra el arte y la escultura, que desde Humboldt fueran considerados como bárbaros; las ciudades en cambio seguían siendo ciudades. Y las interpretaciones mitológicas sobre su origen, que hubieran sido griegos, cartagineses o fenicios, se iban derrumbando una a una.

Otros viajeros e interesados contribuyeron a la comprensión general del fenómeno: el Conde Waldeck, con sus perspectivas y grabados de los edificios mayas; E. G. Squier (1855 y 1858) con sus largos recorridos por América Central; Auguste Le

Plongeon promoviendo la necesidad de excavar antes de sacar conclusiones –cosa que él mismo luego dejó de lado-, y en especial Désiré Charnay (1863 y 1885), quien además de publicar por primera vez auténticas fotografías de estas ciudades, desarrolló una elemental cronología del mundo maya y mostró la contemporaneidad de los principales edificios y sitios. La más importante agrupación de investigadores de la mitad del siglo, la Comisión Científica Francesa, publicó numerosos libros sobre el particular, recomendó hacer recorridos y tomar fotografías en forma organizada y coincidió totalmente en la definición de que eran ciudades: ¿Qué otra cosa podían ser esas enormes agrupaciones de edificios derruidos? El entorno, el territorio maya, era sólo definido por su no existencia, por ser lo que rodeaba, por donde se llegaba o se salía a esos lugares; eran sitios concretos, con nombres definidos, que lentamente iban teniendo cronologías y culturas asociadas, pero el entorno aun no era visto como tema de estudio o preocupación.

III. Ciudad y territorio para la arqueología temprana (1885-1920)

Para el año 1885 la arqueología estaba cambiando: la llegada a México de las nuevas formas de ver y estudiar el pasado impuestas por el Positivismo, la existencia de una nueva actitud oficial remisa pero congruente hacia las ruinas y la estabilidad económica impuesta por el régimen Porfirista permitieron que se iniciara una nueva etapa del conocimiento científico del pasado. Comenzaron a editarse revistas y publicaciones periódicas sobre el tema (varias aún se siguen publicando), el Museo Nacional creció en forma constante y los amateurs se transformaron en especialistas. Los primeros trabajos de Eduard Seler, Alfred Maudslay y Tobert Maler abrieron un nuevo rumbo. Entre los mexicanos, Leopoldo Batres y Francisco del Paso y Troncoso, sin ser los únicos, se dedicaron de lleno a estas cuestiones como profesión y ya no como entretenimiento erudito. Y así como hubo un notable consenso de opiniones sobre el mundo prehispánico en cuanto a sus ciudades –tema que fue analizado por William Holmes (1896/7)-, se produjeron a su vez las primeras críticas. Por ejemplo, el primero quizás en plantear que los pueblos prehispánicos nunca tuvieron verdaderas ciudades fue Lewis Henry Morgan (1880) basándose en que el nivel social y cultural de los indígenas había sido muy bajo como para haber llegado a tener ciudades, o lo que él consideraba que era una ciudad; Morgan estaba trabajando directamente con la arquitectura prehispánica, en especial en los Estados Unidos, y por lo tanto su opinión fue tomada como la de un teórico serio y aceptable. Poco después Cyrus Thomas (1898) retomó esa idea hablando en sus obras de “centros ceremoniales”, “centros religiosos” y “centros sagrados”, aunque refiriéndose a las partes monumentales de las ciudades tales como la Acrópolis de Copán, no al conjunto total. Sin embargo ninguno de ellos demostró su hipótesis y solamente contradecían la posición tradicional –lamentablemente tampoco demostrada salvo por obiedad-, de denominar *ciudad* a cualquier grupo de ruinas porque ¿qué otra cosas podían pensar que fueran?.

William Holmes, cuyo libro fue publicado en 1896-97, fue consciente de que los campos de ruinas que tenía ante sus ojos eran verdaderas ciudades en las cuales se destacaban, naturalmente, las pirámides. Es decir que la arquitectura religiosa –ya que las llamadas pirámides eran basamentos de templos- contaba por su envergadura y

calidad con los edificios más llamativos; pero en ningún momento dejó de lado otros tipos de construcciones y llevó a cabo la primera clasificación tipológica de la arquitectura en Mesoamérica, que sigue siendo el primer intento de estudiar la amplia variedad arquitectónica de los asentamientos mayas.

Durante los años del cambio de siglo y prácticamente hasta 1910 hubo diferencias en la forma de hacer arqueología entre los europeos y estadounidenses, y la generación del Positivismo mexicano; el medio local casi no le prestó atención al problema de los asentamientos y en cambio dio mayor importancia a la arquitectura monumental, porque ésta llenaba mejor las necesidades del régimen, tanto en cuanto a publicidad (las fiestas del Centenario de la Independencia), como en cuanto al papel que la ciencia positiva estaba jugando como parte integrante de la nueva estructura económico-social vigente.

Podemos recordar algunos estudios importantes de su tiempo, entre ellos los de Alfred Maudslay, quien levantó planos muy detallados (con la ayuda de un topógrafo profesional) de los sitios que exploraba. Notó la diferencia entre templos, palacios y viviendas, y toda vez que hablaba de una *ciudad*, en realidad indicaba un tipo de *vida urbana* en el sentido que podía darle un inglés victoriano y no como un término cargado de connotaciones particulares. En cambio Teobert Maler refiriéndose a Tikal habló de “miles de viviendas y chozas construidas con materiales perecederos” que habían existido alrededor de los grandes edificios conocidos. Lo mismo observó G. B. Gordon en las cercanías de Copán, en forma de montículos bajos con restos que consideró habitacionales, lo que publicó en 1896.

Una de las más notables observaciones fue la del controvertido Edward H Thompson en 1886 cuando en Labná (publicado en 1897), además de hacer un detallado plano, notó gran cantidad de pequeños basamentos a los que atribuyó sin asomo de duda el carácter de restos de viviendas hechas con materiales que se destruyeron con el tiempo. Además, posteriormente hizo algunas inferencias sobre la organización social a partir de esa misma información (Thompson 1892). Muchos otros plantearon lo mismo: Eduard Seler notó basamentos de ese tipo en Uaxac Canal (1901), E.L. Hewett (1912) excavó varios en Quiriguá y destacó su similitud con las viviendas actuales de los mayas, y tanto Sylvanus Morley en sus primeros trabajos (1920) como Herbert Spinden (1910) aceptaron la existencia en el pasado de ciudades grandes, complejas, que denotaban diferencias sociales. Estaba dado el primer paso hacia el pleno

reconocimiento de pequeñas estructuras habitaciones dispersas, aunque aun sólo en torno a los grandes conjuntos.

Quizás el más notable entre los pioneros fue Alfred Tozzer, quien llevó a cabo un estudio de las ruinas mayas durante la primera década del siglo (Tozzer 1913) aunque nunca llegó a publicar sus estudios con el detalle que hubieran merecido. De todas formas notó en Tikal, tras dibujar un excelente plano para las posibilidades de la época, que el problema central estaba en la demarcación del límite del asentamiento. Sin esto era casi imposible definir la densidad o la extensión de una ciudad cualquiera ya que había montículos habitacionales prácticamente en todas partes. Llegó incluso a hacer un plano en el que señala, a ambos lados de su camino, la ubicación de muchos de estos basamentos, que al parecer no tenían un orden establecido. Planteó que Tikal y Holmul, entre otras, habían sido verdaderas ciudades densamente pobladas y por primera vez estableció que la Acrópolis Central de Tikal había sido un conjunto residencial. Otros, como Thomas Gann, llegaron a excavar montículos: exploró a principios del siglo, cuarenta y tres en Santa Rita, notando la poca variación entre ellos, en especial entre los objetos descubiertos (Gann 1900). El otro paso se estaba dando: el territorio entero estaba cubierto de estos montículos de pobladores modestos.

El último de los estudios dentro de esta corriente fue el de Samuel K. Lothrop (1924) sobre la costa de Quintana Roo. En Tulum llevó a cabo varias observaciones dignas de tener en cuenta: la ciudad estaba amurallada, tenía calles rectas y tres tipos de arquitectura (templos, palacios y viviendas) los que podían observarse a simple vista. Además, planteó la posibilidad de que los denominados palacios hubieran sido utilizados como habitaciones, otro paso más: los edificios monumentales también incluían actividades cotidianas como dormir y comer entre tantas otras.

Lo que interesa destacar es que para la época, pese a la enorme cantidad de trabajo hecho, era posible observar una falta notable de criterios científicos para definir *vivienda*, *ciudad* y otros términos similares. Y si bien hubo intentos en tal sentido, no pasaron de eso, como en el caso de Thompson. Tampoco se prestó demasiada atención a los tipos de asentamientos descubiertos; sí se los mapeó con todo el rigor posible dentro de las posibilidades de esos tiempos, pero no se llegó mucho más lejos. Quedaba claro que la importancia de un sitio estaba en relación directa con el volumen de obra existente y la cantidad de monumentos tallados. Tampoco se prestó atención a ciertos aspectos que hoy preocupan: la gran cantidad de sitios existentes y que podían plantearse como contemporáneos. Asimismo se dejó de lado la consideración del gran

esfuerzo que representó la construcción de esos sitios verdaderamente monumentales y la organización social, económica y la densidad demográfica necesaria para todo ello. Esto fue determinante para que en una época posterior se borrara de un plumazo el concepto de *ciudad* para imponer el modelo de *centro ceremonial*, con los graves problemas y retrasos que produjo en la comprensión de la arqueología mesoamericana.

En esta etapa los planos se dibujaban de la manera que se podía y existía una tendencia a retocarlos, agregarles árboles, plantas, caminos, casas en la zona y otros detalles. En los casos en que había desniveles en el suelo o cerros y montañas, éstas eran marcadas con sombreados en uno de sus lados, lo que daba un cierto realismo, por lo que la técnica se extrapoló también al dibujo de los montículos. Vale la pena citar los planos hechos por topógrafos profesionales para Alfred Maudslay y Edward Thompson, por la calidad de sus técnicas de representación. También los grandes *panoramas* heredados de la época anterior fueron una manera interesante de mostrar los sitios antiguos y los que dibujó William Holmes quedan aún como modelo de ellos.

IV. Los primeros modelos teóricos para entender los asentamientos y su entorno (1920-1950)

A partir de los comienzos de la segunda década del siglo XX la arqueología tomó un sesgo distinto al que había prevalecido hasta el momento. La llegada de la Carnegie Institution de Washington, respondiendo al impulso de Sylvanus Morley, representó la apertura de una nueva forma de trabajar en el campo. En México, desde 1913, Manuel Gamio y su equipo de colaboradores habían iniciado la arqueología desde una perspectiva antropológica e integral con otras ciencias. El proyecto de Teotihuacan fue la mejor muestra de esta nueva arqueología. Caso diferente era la postura de la Carnegie y de sus investigadores, quienes si bien tenían su excelente entrenamiento y buscaron la interdisciplina; no contaban como Gamio con una postura teórica e ideológica ante su tema de estudio, por el contrario, sostenían posiciones empiricistas y en general estaban bajo una clara influencia del Neopositivismo de Franz Boas.

Los primeros años de esta etapa representaron en cierta medida la continuación de ideas anteriores matizadas por un cierto nivel de generalización más amplia, en base a la cantidad cada vez mayor de información que se tenía sobre los mayas. Por ejemplo, Morley en 1924 sugería que Tikal y Uolantún debieron haber sido parte de una misma ciudad dada la proximidad de una dy otra (unos 5 km), lo que nuevamente llevaba el problema a la necesidad de definir los límites de cada ciudad. Poco después, Thomas Gann (1927) postuló la inversa: que cada ciudad debió haber sido relativamente independiente de las demás, aunque era lógico suponer la existencia de un gobierno centralizado en Tikal.

La ruptura llegó con el primer libro de divulgación que escribió Eric Thompson y que fue publicado bajo el título de *The civilization of the Mayas* en 1927. Aquí Thompson plantearía por primera vez un modelo de asentamiento opuesto a lo que se había supuesto hasta el momento, por lo menos a nivel de los especialistas, y también contra lo que las mismas evidencias arqueológicas planteaban cada día con mayor insistencia: según esta hipótesis, los antiguos mayas no habían tenido *ciudades* sino cierto tipo de *centros ceremoniales*, en realidad grandes agrupamientos de edificios religiosos que permanecían vacíos la mayor parte del año. El pueblo, incluso la mayor

parte de la élite gobernante –compuesta por sacerdotes- residía en el campo, aunque algunos lo hacían en casas un poco más cómodas y amplias. Esta postura de Thompson, que resultaba indemostrable, se basaba en una lectura parcial de los restos arqueológicos: sólo le preocuparon los templos y los palacios, dándole a estos últimos bastante poca importancia, cosa que mantuvo en sus libros de divulgación, ya que en su bibliografía científica opinó en forma diferente.

Ese mismo año se publicó un libro que causó gran impacto en su época y que durante muchos años fue bibliografía básica sobre el mundo maya. Se trataba de la obra de Frans Blom y Oliver La Farge *Tribes and Temples* (1926/7) editada por la Tulane University. El estudio mostraba aspectos de arqueología, etnología e historia con un enfoque novedoso ya que conjuntaba lo específico y científico con lo narrativo y anecdótico. Entre sus descripciones de ruinas ya conocidas o descubiertas por ellos, se puede entrever una visión muy particular de las ciudades mayas, visión que Blom sostuvo durante toda su vida: una marcada indefinición sobre el tipo de asentamiento que tuvieron los mayas, dando importancia principalmente a lo monumental-religioso y asociando al centro del conjunto como un área de actividad religiosa; un párrafo suyo es elocuente:

“Las pirámides y los templos fueron construidos en honor de los viejos dioses. Los palacios fueron el domicilio de dirigentes y sacerdotes. El común de la gente vivió en cabañas de techo de palma tal como los indígenas lo utilizan todavía. Los edificios de piedra son un glorioso monumento a la raza maya. Las casas ocupadas por el común de la gente, cuyo esfuerzo fue puesto en la construcción de los edificios de los templos, han desaparecido siglos atrás. Cuando uno da un vistazo a la ciudad santa de Palenque (...) podemos darnos cuenta que nosotros sólo vemos la sección de la ciudad que estuvo dedicada a la adoración de los dioses. La ciudad donde vivía el común de la gente, los como usted y yo de aquellos tiempos, probablemente yacía en las tierras bajas”.

Al año siguiente se editaron en México tres libros que deben ser destacados: la Dirección de Arqueología dirigida por José Reygadas Vértiz publicó un reconocimiento en Chiapas de Enrique Juan Palacios (1928), el importante trabajo de Federico Mariscal titulado *Estudio comparativo de los edificios mayas del Yucatán* (1928) que abrió la

posibilidad de que los arquitectos mexicanos aceptaran la arquitectura prehispánica como digna de ser incluida en el arte universal, y el trabajo de compilación de Ignacio Marquina titulado *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México* (1928). En este libro Marquina reunía la información existente sobre el tema y aunque no presentó interpretaciones de índole general fue de importancia en el medio arqueológico. Trató de describir los sitios mayas y no mayas con bastante detenimiento, aunque cayó en una postura que desde poco antes comenzaba a ser tradicional en el país; confundir la ciudad con su arquitectura. Se entendían los asentamientos sólo a dos niveles diferentes, es decir su trazado y composición por un lado, y su arquitectura por el otro. Era la herencia de la formación academicista de los arquitectos basada en los estilos y la historia greco-latina y se la aplicaba a lo prehispánico. Y los temas que se analizaban eran, como en el caso de Palenque, su trazo, arreglo a la topografía, composición, simetría y ejes dominantes.

En el libro hay ejemplos muy interesantes de esta forma de ver la ciudad: se hablaba de la estructura interna de las ciudades diciendo que en ellas estaba “dominando siempre un partido en que se conserva el concepto de simetría y la orientación de los edificios” y que estaba compuesta por “masas equilibradas dispuestas según los ejes principales de simetría”. La ciudad era la sumatoria de arquitecturas, o como mucho, de grupos pequeños alrededor de plazas y patios abiertos o cerrados. Asimismo, se confundía y se utilizaban indistintamente términos como *centro religioso*, *ciudad*, *ruinas*, *centro fortificado religioso*, *sitio arqueológico* y otros. Este trabajo fue importante para nuestro tema ya que institucionalizó la indefinición del término *ciudad*. En la versión ampliada de este mismo trabajo que publicó en 1951 (y que se reeditó en 1962, en 1981 y así sigue), Marquina mantuvo esa tesitura. Lo que importaba eran los monumentos y la gran arquitectura, su ubicación de un edificio en relación al otro, la conexión entre ellos, la descripción formal de sus detalles, nunca la ciudad como totalidad; menos aún la *vida urbana*; y menos que menos lo que quedaba fuera de la ciudad. Eran las normas de la educación académica francesa de la arquitectura basadas en la idea de la Composición heredadas del Positivismo.

En 1931 Eric Thompson volvió a plantear su nuevo modelo de asentamientos mayas. Esta vez junto con Thomas Gann –quien sostuvo la hipótesis opuesta aunque sin entrar en polémicas-, publicaron un libro de divulgación titulado *The history of the Mayas*, muy bien ilustrado y editado por Ch. Scribners de New York, lo que garantizó

su transformación en un best-seller arqueológico-histórico si es que existen. Thompson habló constantemente de ciudades y procedió a definirlas con las siguientes palabras:

“Los agricultores vivían en pequeños asentamientos de unas pocas familias, dispersos en la selva y relativamente cerca de sus plantaciones. Para cada área había un centro religioso, el que era preparado por el pueblo para diversas fiestas y sacrificios (...) En realidad, el pueblo común puede presumirse, nunca vivió en las llamadas grandes ciudades en ruinas. Estas eran de naturaleza puramente religiosa y estaban habitadas sólo por los más importantes sacerdotes y posiblemente algunos líderes civiles”.

Era el establecimiento de un nuevo modelo aunque sin contar con pruebas de ninguna índole, pero que tuvo eco entre legos y especialistas. Desde entonces y hasta hoy, buena parte del público cree que así fueron las ciudades mayas. Sólo los especialistas han cambiado su forma de ver el problema y ello en forma bastante reciente. La totalidad de la bibliografía utilizada en México, Guatemala y toda América Central para divulgación y docencia universitaria, refutaba la posibilidad de la existencia de ciudades; pero casi únicamente se habló de *centros ceremoniales*.

Lo más curioso era que el mismo Thompson contradecía su postura teórica en sus informes de excavación –los que obviamente tenían una circulación muy limitada-, como en el caso de su trabajo de Mountain Cow, en Belice. En el estudio de dicho lugar exploró cuatro sitios y excavó arquitectura de variados tipos, lo que lo llevó a la conclusión que dos de ellos eran restos de un asentamiento de clase baja formado sólo por unidades habitacionales, siendo el otro de clase alta porque incluía arquitectura religiosa. Destacó la necesidad de incrementar este tipo de estudio y fue quizás el primero en buscar la relación entre diferentes categorías de sitios. Según él eran “centros ceremoniales pequeños” los unos, y “unidades residenciales” los otros. Pero el problema no terminaba allí; sus suposiciones sobre la ceremonialidad y religiosidad de cualquier grupo grande de ruinas, hizo difícil entender con exactitud la forma en que los mayas redistribuyeron y utilizaron el territorio, porque se partió de varios presupuestos endebles: la división social en sólo dos grupos contrapuestos, la existencia únicamente de agricultura de milpa muy primitiva y de bajo rendimiento, las ciudades vacías la mayor parte del año y un sistema de gobierno tipo *teocrático*, término muy empleado de allí en adelante, pero todavía más endeble que lo demás.

Mientras este tipo de información se difundía entre el público general y era aceptada sin mayores discusiones, las evidencias arqueológicas en sentido contrario continuaron apareciendo día a día. Es difícil recordar todos los trabajos publicados en esos años pero el artículo de Robert Wauchope titulado *House Mounds at Uaxactún* publicado en 1934 fue clave en la polémica. Wauchope decía que los esfuerzos realizados hasta el momento habían estado centrados en la arquitectura de la élite dejando de lado otros tipos de construcciones, en especial los montículos habitacionales. Además se sabía muy poco sobre la forma de vida del pueblo mismo, de su producción cerámica, sus alimentos, sus instrumentos de trabajo y sus objetos y posesiones. La única forma de modificar la situación era la excavación sistemática de basamentos de viviendas simples, dejando un poco relegada la gran arquitectura cívico-religiosa. A lo largo de su trabajo Wauchope revisó todas las fuentes disponibles de la época: cronistas, graffiti, pinturas murales y la información arqueológica ya recabada, la que luego comparó con los resultados de los montículos que había excavado en Uaxactún. El estudio, si bien reducido, representó un avance ya que intentaba definir con precisión cuando se estaba frente a un basamento habitacional y cuando no:

“la excavación de montículos de viviendas deberá ser parte de todo trabajo arqueológico en la región maya. Los montículos habitacionales proveerán indudablemente de gran parte del esqueleto material necesario, que de otra forma es sólo encontrado irregularmente en la excavación de grandes edificios”.

En los años siguiente se hicieron algunos otros trabajos que merecen tenerse en cuenta. Por ejemplo Samuel Lothrop emprendió un reconocimiento de los alrededores del lago Atitlán (1933), donde detectó muchas de las que él llamó “ruinas de casas”, aunque al igual que en Tulum únicamente se basó para su identificación en la gran cantidad existente. Caso contrario es el de Alfred Kidder (1935), quien utilizó para diferenciar una vivienda de un edificio de otro tipo la abundancia de basura existente.

Entretanto ya se habían publicado los trabajos de Oliver y Edith Ricketson y otros en Uaxactún, quienes trataban de interpretar científicamente –es posible que por primera vez-, la estructura de un asentamiento maya. En 1937 los Ricketson publicaron un libro en el cual presentaron los resultados de un mapeo de basamentos de viviendas

en una amplia zona de los alrededores, al tiempo que planteaban una posición teórica en base a dichos restos (Ricketson y Ricketson 1937; Smith 1973).

Para este trabajo que sin duda fue notable en su época, comenzaron el estudio del patrón de poblamiento haciendo un recorrido en forma de cruz alrededor de Uaxactún, mapeando con detalle los montículos que se encontraban en una superficie de casi 2.300.000 m². Los recorridos se hicieron sin experiencias previas –lo cual justifica algunos errores-, y con un corte de la vegetación poco sistemático, por lo cual lo que vieron fue sólo una parte de todo lo que había. Hoy en día lo podemos decir porque hace mucho el área fue nuevamente estudiada por Dennis Puleston con todo rigor. Los Ricketson hallaron en esa superficie 50 chultunes y 78 basamentos de viviendas. Hoy sabemos que representó el 40 % aproximadamente de lo que allí existía. Pero lo interesante es que sólo el 57 % de la tierra era habitable, ya que el resto estaba cubierto por bajos o pantanos; también había que descontar otra parte porque estaba ocupada por los grupos de grandes edificios del área central. Los cálculos de población eran entonces de unas 40 viviendas por km², es decir casi 300 habitantes, lo que para muchos fue significativamente alto. Pero también era lógico suponer, como lo hicieron los autores, que sólo una parte de esos montículos estuvieron habitados simultáneamente –se calculó un 25%-, lo que significaba reducir la cifra a 75 habitantes para esa misma superficie. Esta densidad, alta o baja según el punto de vista, fue el primer paso de un estudio científico del problema. Los autores determinaron las posibilidades productivas por habitante y por superficie, tratando de hacer cálculos de población a partir de la producción potencial de la superficie productiva; eso también constituyó un trabajo pionero. Pero aquí las cosas empezaron a fallar metodológicamente: en primer lugar porque se creyó que era posible extrapolar datos extraídos de la etnología de los indígenas actuales para los mayas antiguos. Posiblemente se pueda argumentar que no había otros datos que manejar, pero la diferencia radicaba entre asumir una hipótesis o aceptarla como demostrada.

En forma paralela a esta construcción de conocimientos hubo muchos esfuerzos aunque dispersos por comprender mejor el territorio maya; durante las décadas de 1920 a 1950 se impulsaron largos estudios sobre temas relacionados con el uso de la tierra, los sistemas de cultivos, las enfermedades y la salud, la organización social, los idiomas y dialectos, la vegetación natural, demografía y otros aspectos que fueron sintetizados en libros célebres como *La civilización maya* de Sylvanus Morley. Este libro - que analizamos más adelante- y algunos otros daban un primer panorama

científico de la región pero no permitía aun hacer una detenida reconstrucción del pasado, lo que se hacía era más etnológico que arqueológico y no había demasiadas evidencias que permitieran transferir hacia atrás el presente.

Si seguimos revisando las concepciones establecidas sobre los asentamientos mayas, Oliver Ricketson dice en uno de sus textos:

“Las grandes ruinas a las cuales nos referimos como ciudades, nunca fueron a mi opinión comunidades urbanas en nuestro sentido actual de la palabra. Ellos fueron centros donde la población de los alrededores se reunía para participar de los mercados semanales y las fiestas religiosas importantes, realizadas en las bien pavimentadas plazas, como lo hacen hoy en Sololá y Chichicastenango. (...) Esta teoría está sostenida por dos hechos incontrovertibles: primero, los grupos de pirámides, montículos y templos alrededor de las plazas que forman las ruinas del Viejo Imperio, no ofrecen comodidades para la gente común; asimismo los edificios con varias cámaras al norte del Yucatán son totalmente inadecuados para la población baja”.

De aquí surge que se asume en forma mecánica la analogía entre los sitios actuales en las tierras altas de Guatemala, como Chichicastenango en 1930, y la población en las tierras bajas antiguas como Uaxactún. Con el sistema de cultivos sucedió algo similar al trasladar hacia atrás el rudimentario sistema utilizado en esa época, el cual, según evidencias más modernas no era igual –o por lo menos no era el único- al que se utilizaba antes. En realidad algunos simples errores teóricos distorsionaban la visión del pasado.

Pero el punto que podía haber echado luz sobre el tema fue soslayado por los autores quizás porque no pudieron explicarlo o sencillamente porque no revestía importancia dentro de su modelo: la presencia de montículos habitacionales por doquier, sin interrupción, a lo largo de enormes superficies del territorio y las evidencias materiales de canales, terrazas de cultivo, camellones, árboles foráneos y otras evidencias que indicaban un uso intenso del espacio rural. Y si bien algunos lo notaban y lo destacaban en un par de líneas, no observaron la importancia que esto tenía al permitir visualizar lo complejo del sistema de uso de la tierra y la concepción misma de los asentamientos mayas.

La hipótesis de las ciudades interpretadas como centros de ceremonias vacíos, en lugar de enfrentarse con la realidad arqueológica se vio consolidada por los trabajos etnográficos. Los estudios de Robert Redfield, Alfonso Villa Rojas, F. W. McBryde, Charles Wisdom, Sol Tax y varios otros –sobre todo en los altos de Chiapas y Guatemala- ayudaron a extrapolar los fenómenos actuales en esas comunidades, postulando que los mayas de más de mil años atrás vivían de la misma forma que en el presente en algunas comunidades. Robert Redfield llegó a definir un modelo de evolución de la vida rural a la urbana en forma de un continuum que, curiosamente, aún tiene vigencia entre historiadores y urbanistas no adentrados en el tema. Redfield (1930) mismo fue contratado por la Institución Carnegie para suministrar información etnográfica a los arqueólogos de la institución durante más de una década. Redfield fue un caso interesante, ya que su estructura evolutiva de asentamientos fue realizada con pueblos mayas modernos del Yucatán (Redfield 1941), creando un proceso continuo, lineal, “de transición” como lo llamaba él mismo, entre la tribu, la aldea, la villa y la ciudad. Esta visión fue rápidamente criticada por Oscar Lewis en su obra sobre un poblado mexicano, titulada *Tepoztlán reestudiado* (1951), con lo cual se inició en la región la antropología social. Pero el modelo de Redfield fue asumido acríticamente pese a las diferencias que presentaban los asentamientos de tierras bajas y los de tierras altas, y extrapolado hacia la antigüedad, muchas veces con muy poca seriedad científica. Se terminaba de cerrar el círculo, reconfirmando así las hipótesis ya asumidas por Ricketson, Thompson y Morley.

Este estrecho contacto entre estas dos ramas de la antropología –si bien resultó fructífero en cuanto a trabajar interdisciplinariamente- fue lo que la arqueología necesitaba para consolidar su postura teórica, a tal grado que los etnólogos en la década siguiente ya podían definir sin dudar a las ciudades mayas como centros ceremoniales, sin que surgiera crítica alguna.

Pero es interesante revisar la evolución de estos conceptos, ya que como Marshall Becker lo analizara (1971), no hubo en Eric Thompson una idea clara sobre lo que él mismo estaba estableciendo. Thompson, salvo en una oportunidad, nunca mencionó en sus trabajos académicos la hipótesis de centros ceremoniales de ninguna índole y menos aún vacíos. No prestó atención a su división social en sólo dos grandes grupos, de manera que tampoco llegó a conclusiones como la del colapso maya por culpa de una “revolución social”. Utilizó estas ideas solamente en la bibliografía de divulgación, donde dio muchas veces rienda suelta a su imaginación sin tener pruebas

sólidas en qué apoyarse. Lo notable es que fue creando una hipótesis que nunca se comprobó, pero que llegó a institucionalizarse y a transformarse en una verdad absoluta. Aún hoy en día el común de la gente –incluso en ciertos niveles académicos– cree en la existencia de “centros ceremoniales”.

Pasaron así varios años en los que se siguió acumulando información de un tipo e interpretaciones de otro; naturalmente también surgieron críticas hacia ambas posturas, pero si bien la arqueología siguió creciendo, en la cuestión del urbanismo nada cambaba salvo para unos pocos. Entre ellos podemos destacar a A. Ledyard Smith, quien hizo un largo reconocimiento en las tierras altas de Guatemala el que publicó en 1955. En él notaba con asombro la envergadura de los asentamientos, que como en Chuitinamit tenían basamentos de vivienda sobre las más de 400 terrazas, sin que por ello se descartara que las construcciones de piedra existentes en la parte superior correspondieran a una élite especial. Este magnífico estudio de Smith permitió conocer un número considerable de sitios mayas en una sola región, muchos de los cuales demostraron ser contemporáneos, probando una larga e intensa ocupación, lo que la conectaba con las tierras bajas del Yucatán.

En cuanto al levantamiento de planos de los sitios, la difusión de la arqueología científica tendió a irlos limpiando de cualquier agregado no arqueológico, es decir a sacar los dibujos de árboles, casas o caminos para dejar únicamente montículos o construcciones antiguas. Esta tradición fue la que retomó la Institución Carnegie cuyos planos fueron tan asépticos que se llegó a casos en que los edificios antiguos quedaban a un lado o incluso dentro de poblados modernos, no se lo indicaba en absoluto, marcando exclusivamente la zona de ruinas. Los montículos fueron poco a poco desdibujando sus límites reales para irse perfilando en cuadrados, rectángulos o círculos. A menudo la orientación de estos montículos ahora reticulados no importaba, lo que causó muchos errores cuando se trató de interpretar su orientación o forma. Se trataba de una manera de representar los numerosos restos informes que se observaban antes de excavar, y esa técnica sólo pudo ser superada muchos años después. Ver el volumen V de *The Inscriptions of Peten* de Sylvanus Morley (1937/8) significa encontrarse con una obra monumental pero que presenta arduas dificultades de lectura cartográfica.

La manera de mapear un sitio siguió siendo igual a la del siglo XIX: se procedía a limpiar la mayor cantidad posible de terreno alrededor de la zona de edificios más grandes o en los grupos menores que contaran con estelas o monumentos y luego se triangulaba con el teodolito ubicando los edificios. En casos excepcionales se utilizaron

técnicas más complejas, como en Uaxactún, donde se limpiaron brechas en dirección a los cuatro puntos cardinales tratando de mapear luego los montículos encontrados. Aun no se entendía que era importante tomar en cuenta hasta qué punto se efectuaba el deshierbe, ya que incluso en el caso de Uaxactún, al realizarse muchos años más tarde el mismo trabajo en el mismo lugar, se ubicó casi un 60% de montículos no observados en el primer reconocimiento.

Tal vez el trabajo sistemático más notable de esos años fue el de Karl Ruppert y John Denisonn en el sur de Campeche (1945), y aunque los planos no son completos, conformaron un modelo de trabajo pocas veces superado en calidad y cantidad. En el caso de Becán, por ejemplo, planos posteriores hechos por David Webster y por Prentice Thomas permitieron agregar información al plano de Ruppert y Denisonn y luego incluirlo dentro de un mapeo más amplio de la región. En cambio el trabajo también sistemático de Edwin Shook para reconocer el Valle de Guatemala y sus alrededores, una tarea notable que le llevó muchos años de su vida, se hizo con esquemas muy simples de cada sitio pero con una excelente coartografía de ubicación regional (Shook 1962). Las diversas calidades y técnicas de trabajo de la época pueden notarse en el plano de Chichen Itza, donde el sector mapeado por O'Neill muestra muchísimas construcciones más que la parte mapeada por Kilmartin, lo que se corroboró cuando Shook, Ruppert y otros regresaron veinte años después a la zona central de ese sitio y descubrieron otros montículos y edificios – incluyendo algunos de gran tamaño- que no habían sido notados en el mapeo inicial de la Carnegie. Los problemas de este tipo han causado innumerables dificultades en los estudios sobre patrones de asentamiento, densidades o usos del suelo, por las dudas que surgen en cuanto al grado de exactitud de cada plano, debido en su mayor parte a lo difícil que es relevar montículos en zonas selváticas.

En 1946 apareció el libro más difundido en el mundo sobre los mayas, el ya citado *La civilización maya* de Sylvanus Morley, editado originalmente en inglés y un año después en español (ya hay seis ediciones en México). El libro de Morley, escrito poco antes de su muerte y después de haber dirigido los trabajos de la Carnegie por más de treinta años, fue la primera síntesis general y por mucho tiempo la única sobre los mayas que cubrió todos sus aspectos: arte, lengua, jeroglíficos, arquitectura, tradiciones, religión y vestimenta, entre otros, superando ampliamente el similar de Thompson también ya citado. Como obra de síntesis innegablemente fue estupenda; pero el

problema residía en las posiciones teóricas que Morley asumía para interpretar el mundo maya. Según otro especialista, Alberto Ruiz (1978):

“su esquema histórico (...) es totalmente inaceptable. Ya cuando escribió su obra sus ideas fundamentales sobre el desarrollo histórico de los mayas habían sido de hecho invalidadas (...) por tal razón, después de su muerte se publicó una versión revisada por George Brainerd, en la que eliminaron todos los conceptos de Morley sobre la historia maya (...) Morley con gran ligereza hacía afirmaciones enfáticas sobre puntos insuficientemente conocidos en ese entonces, y se aferraba a sus ideas aún cuando nuevos hallazgos las volvían insostenibles”.

En general Morley creía que lo más importante en el mundo maya había sido la religión, y conectado con ella el calendario y el estudio minucioso del paso del tiempo. Coincidiendo en eso con Thompson, Morley decía que a alrededor de lo espiritual había girado todo el mundo prehispánico, y que la organización social, económica y política podía reducirse a una teocracia en la que reinaba la felicidad y el amor en una estructura social estática, inmutable, inmersos todos en la metafísica del tiempo y los valores inconmensurables del estudio de la eternidad universal. Entender el funcionamiento del calendario era, paradójicamente, entender la sociedad de los mayas. Ambos asentaron en diferentes formas que las estelas, altares y otros monumentos con inscripciones jeroglíficas eran únicamente un canto y glorificación al tiempo, a los dioses y a la religión, y que jamás se había escrito una sola frase de carácter pedestre. Hoy sabemos que esa interpretación se basaba solamente en que en esa época en los monumentos sólo se podía leer las fechas y casi nada se comprendía de los otros glifos. Ahora que la lectura ha avanzado sabemos que por el contrario, la gran mayoría de las inscripciones hablan de la vida y de la muerte, de la historia de hombres y mujeres que reinaron y conquistaron, por la fuerza y violentamente, a otros pueblos también mayas o más lejanos aún.

La sociedad ideal de campesinos tranquilos y gobernantes bondadosos, de los *griegos de América*, nunca existió más allá de la imaginación de estos notables investigadores, que no supieron hacer compatible su calidad académica con sus intenciones divulgativas. Todo esto vino a reforzar aún más la idea de los centros ceremoniales a los que ahora podía sumárseles toda una visión reconstructiva de la

sociedad maya, llegándose a postular que los grandes edificios de las ciudades habían sido construidos con el esfuerzo mancomunado y voluntario de campesinos que, dichosos de poder hacerlo, sacrificaban su esfuerzo a los dioses y a sus buenos dirigentes.

Vale la pena volver a lo que dice Morley en su libro en el capítulo titulado *Arquitectura*. Comienza refiriéndose al trabajo de los Ricketson en donde se establecía para Uaxactún una población de 104,5 habitantes por km² de tierra habitable. Si bien aceptó estas cifras, por un lado citó a Fray Diego de Landa quien habló de ciudades densamente pobladas y asentadas en forma diferencial según clases sociales – claro que en el siglo XVI- y por otro planteó que esas cifras de Uaxactún debían ser tomadas como excepcionalmente altas, toda vez que fueron de una zona encerrada entre dos grandes ciudades, dando un promedio más alto que otras regiones del territorio. Incluso postuló que cada familia tenía simultáneamente dos viviendas en vez de una para reducir así las cifras, y que el 30 % de los montículos fueron encontrados formando grupos, no unidades independientes; era como si él quisiera que el territorio maya estuviera menos densamente poblado en el pasado que lo que los datos de campo indicaban. Fue más lejos aún, ya que partiendo de la idea preconcebida, aunque con cierta razón, que los mayas antiguos utilizaban únicamente una agricultura de milpa y coa, la densidad promedio que la producción de la tierra permitía sostener –en el siglo XX lógicamente- era de 20 personas por km², esto reducía en mucho las cifras de los Ricketson. Consecuentemente Morley se asombraba al comparar ese dato con la información que se tenía del Valle de México la que era quince veces mayor. En términos generales, Morley veía extrañado y hasta confuso la información que él manejaba y si bien los *centros de población* como los Ila, pudieron haber tenido una población densa (había algunas evidencias contundentes), eso no quitaba que considerara que en la Época Clásica las ciudades no eran más que centros religiosos. La única salvedad era que, en el caso de Mayapán, las evidencias abrumadoras mostraban que “las ceremonias religiosas habían dejado de ser la única ocasión en que los mayas se reunían”; pero todo quedaba allí, reducido a un único caso aislado y supuestamente excepcional.

Para terminar con esto Morley hizo una muy discutible clasificación de las ciudades mayas en algo así como rangos de importancia, basada casi por completo en el número de estelas existentes en cada una de ellas. Más adelante efectuó un suscito análisis de lo que él llamó *centros cívicos-ceremoniales* de cada una de las ciudades

principales. Al terminar, el lector tanto de la versión original como de la más tardía revisada por George Brainerd, queda verdaderamente sumido en el desconcierto. Si Morley estaba confundido, el lector no se quedará atrás.

En ese rumbo de pensamiento, en 1945 se había publicado en México un artículo largo de Thompson titulado *Un vistazo a las “ciudades” mayas: su aspecto y función*. En el primer párrafo expresaba con toda claridad que:

“la palabra ciudad se aplica con frecuencia a las ruinas mayas aunque a nuestro juicio no es la más adecuada. Hay razones suficientes para creer que nunca fueron poblaciones habitadas sino centros religiosos a los que acudía la población que vivía en pequeños grupos dispersos en los campos circundantes, para las ceremonias religiosas, ciertas funciones civiles” y otras actividades similares. Y casi al terminar escribía “el conjunto del área central (...) puede describirse (...) como un sembrado de ciudades innumerables, o mejor de centros religiosos que varían en tamaño desde los que consisten en cuatro plataformas simples con templos en forma de choza (...) que estaban contruidos alrededor de patios (...) a las vastas masas de plataformas y pirámides, palacios y templos ascendiendo dentadas como un concierto de Gershwin, o agrupadas con una arquitectura armoniosa comparable a Brahms (...) podemos repetir que estos grandes centros estuvieron probablemente inhabitados salvo por unos pocos sacerdotes, novicios y ayudantes”.

Este panorama cierra una época en la interpretación de los asentamientos mayas pero a su vez abre otra nueva. Desde 1950 la arqueología mayista continuó su curso a pesar de la retirada de la Institución Carnegie tras los trabajos de Mayapán, con la entrada al campo de nuevos investigadores con nuevas ideas. Por otra parte, el mundo también estaba cambiando, y la estructura tanto cultural como económica y política en México como en otros países después de la posguerra ya no iba a ser la misma. Para los inicios de la década de 1950 la situación se había tornado confusa: por un lado muchos investigadores serios habían asumido la postura de Morley y Thompson pero otros tenían actitudes dubitativas, las que muchas veces se dejaban de asumir, incluso solucionando el problema de la forma más natural: ignorándolo. Todo esto, que pudo haber sido una polémica positiva para la arqueología y la historia del territorio maya, no

fue asumido con seriedad y como además las ideas eran de utilidad para un estado interesado en dar una visión idealizada de lo prehispánico –como era el caso de México–, sólo sirvieron para institucionalizar los errores.

Un libro que muestra el estado del problema en 1951 es la reedición ampliada de la obra monumental de Ignacio Marquina, *Arquitectura Prehispánica*, libro que a través de cuatro ediciones (1928, 1951, 1962 y 1981) sirvió para la formación de la actual generación de investigadores mexicanos. No existe a la fecha otra obra que la reemplace pese a los muchos errores ya conocidos y a todo lo que ha evolucionado el tema. Marquina encaró el problema desde las primeras páginas, es verdad, pero sólo dedicando a las ciudades mayas y su territorio un par de hojas, trabajando fundamentalmente con la arquitectura. En la sección titulada *Las ciudades arqueológicas* escribió lo siguiente:

“En general las ciudades prehispánicas se componen de un centro ceremonial que adquiere gran importancia en relación al tamaño de la ciudad, de una zona de palacios o residencias importantes (...) y por las habitaciones de menor importancia que se extienden en una gran superficie en sitios más alejados del centro; (...) según parece, los centros ceremoniales estaban habitados por pocas personas, pues se reducían a los jefes, sacerdotes y empleados al servicio de los templos”.

Cuatro renglones después el centro ceremonial se reducía a simples “recintos religiosos” contradiciendo sus palabras previas; siempre primando la visión teocrática. Poco más es lo que Marquina le dedicó al problema del uso del espacio y si bien hay algunos párrafos referidos al ordenamiento y distribución de los edificios (es decir a su trazado y orientación y a la de los grupos que conforman), no se va más allá de proponer una tipología que en realidad no es otra cosa que un ordenamiento en función de rasgos comunes en áreas geográficas determinadas.

El último gran trabajo arqueológico realizado por la Institución Carnegie fue el de Mayapán. Como el tiempo no había pasado en vano, se encaró desde el principio un estudio de características diferentes a las del proyecto en Chichén Itza, donde si bien se restauraron y excavaron muchos de los edificios en el transcurso de treinta años de trabajo, poco se había sacado en limpio sobre la vida en ciudad misma, o si siquiera era eso. En Mayapán se decidió mapear todo el lugar con muvcho detenimiento desde un

principio, lo que mostró la existencia de cuatro mil estructuras en una superficie de 4 km² (Pollock, Roys, Proskouriakoff y Smith 1962).

Estas cifras recordaban demasiado las palabras de Fray Diego de Landa respecto a la forma de vida urbana de los mayas y su peculiar modo de uso del suelo, caracterizado por una división en clases sociales que se asentaban en forma de círculos concéntricos. De estas cuatro mil estructuras, la gran mayoría se encontraba dentro de un extenso recinto amurallado y los grandes templos al igual que los edificios residenciales y de élite se hallaban agrupados en el centro de la ciudad. El resto eran grupos de construcciones menores rodeando patios cuadrangulares; por lo general un muro rústico de piedra encerraba al grupo, dejando un terreno dentro de él que no se diferenciaba mucho de lo que pasaba en los poblados del Yucatán moderno. Es decir que los arqueólogos se enfrentaron con la evidencia de que Mayapán había sido una ciudad muy densa, de unos once a doce mil habitantes (calculados a un promedio de 5,6 habitantes por vivienda), y que por fuera de las murallas también había muchos otros montículos organizados en forma similar. Pese a ello, prácticamente durante toda la década de 1950 se tuvo por consigna que Mayapán no había sido sino un caso excepcional, tardío y casi contemporáneo a la conquista, que había funcionado como un ciudad feudal amurallada donde los campesinos vivían afuera en sus milpas y sólo que en caso de guerra se refugiaban dentro de las murallas. La idea del agrupamiento urbano fue explicado como una tradición importada del altiplano mexicano. Es decir la realidad se amoldaba al modelo teórico.

Hasta tal punto se creyó en esta hipótesis que los arqueólogos no continuaron el mapeo fuera de las murallas, aunque las cuadrículas de la cartografía así lo exigían. Se podría suponer que el modelo teórico estaba tan fuertemente arraigado que si hubieran mapeado afuera podrían haber surgido dudas acerca de sus ideas, por lo que directamente se abstuvieron de hacerlo. Incluso en un primer momento no se dio ninguna importancia a los muros que delimitaban solares; fue A. Ledyard Smith quien en 1962 publicó un artículo demostrando que eran posibles delimitaciones de terrenos privados, rompiendo con otra vieja creencia: que los mayas vivían en comunidad total y que no existía la propiedad privada de la tierra. Por lo menos, esto planteaba la posibilidad de que la explotación y usufructo de la tierra urbana estuviera en manos de particulares.

Otro aspecto importante de Mayapán fue que se trabajó detenidamente en unidades habitacionales completas, demostrando que éstas contaban con instrumental,

objetos y cerámicas diferentes a los provenientes de las residencias de clases más altas, y a la vez distintos de los objetos que se hallaron en palacios y templos. Esto permitió empezar a definir cuándo se estaba frente a un tipo u otro de arquitectura y el probable uso de los edificios. El impacto producido por lo que este sitio dejaba entrever fue sentido por muchos investigadores, incluso varios de los que trabajaban para las instituciones que habían sostenido las hipótesis más tradicionales. En base a ello y a la constante insistencia de Robert Wauchope en las viviendas y a sus evidencias arqueológicas, es que Karl Ruppert, Edwin Shook y A. Ledyard Smith regresaron a excavar pequeños montículos y encontraron valiosa información, pero por desgracia no las incluyeron en el plano ya existente, lo que hubiera ayudado a cambiar más rápidamente la imagen del ese sitio (Smith 1962); hoy manejamos habitualmente el plano grande y no el área reestudiada.

Otro estudio que se debe recordar antes de dejar esta etapa es el de Linton Satterthwaite en Piedras Negras. Este conjunto de ruinas ubicadas a un lado del río Usumacinta representó uno de los esfuerzos cartográficos más notables de la época (fue hecho por el University Museum de Pennsylvania, con ayuda de la Carnegie). El plano del sitio mostraba la complejidad de una ciudad maya –por lo menos en su centro- y las dimensiones que podía haber tenido. Pero Satterthwaite aprovechó la información obtenida en el sitio para publicar una serie de seis tomos sobre la arquitectura el lugar. Dedicó uno a los templos y los demás a los baños de vapor, juegos de pelota, viviendas y las diversas tipologías de arquitectura que logró clasificar en base a información puramente arqueológica (Satterthwaite 1943/52). Tras los intentos tempranos de William Holmes a fin del siglo XIX y los de Ignacio Marquina en 1928, fue la más completa clasificación arquitectónica maya que se había realizado y sirvió de base para todo estudio ulterior. Los tomos aparecieron entre 1943 y 1952 aunque los estudios del autor en este tema se habían iniciado en 1937. Algo parecido sucedió con los trabajos de Harry Pollock, quien desde 1930 recorrió exhaustivamente el Yucatán central publicando una gran cantidad de artículos, aunque su gran obra monumental sobre la arquitectura Puuc debió esperar hasta 1980 para ser publicada.

V. Los estudios de patrones de asentamiento y sus resultados (1950-1970)

Hacia 1954 y 1955 se sintieron vientos de cambio en la investigación arqueológica del territorio mesoamericano, por lo menos en lo que tenía que ver con la arquitectura y las ciudades. Por una parte las ideas surgidas en épocas anteriores habían llegado a institucionalizarse a través de una reedición de *La civilización maya*, revisada por George Brainerd, y por el trabajo de Thompson llamado *Grandeza y decadencia de los mayas*, ambos de 1954. Por otra parte, algunos proyectos que hubieran podido dar información alternativa a estas ideas prevalecientes, como fueron los de Mayapán y Kaminaljújú, tuvieron muchos problemas: de Kaminaljújú nunca se publicó siquiera el plano completo (Schavelzon y Rivera 1988), y el de Mayapán fue mal interpretado tal como ya vimos. Lo que sucedía entre sitio y sitio seguía siendo un enorme misterio del que ni siquiera se hablaba.

Hacia 1953 se publicó por primera vez un libro que atacó frontalmente el problema de lo que se llamó los *patrones de asentamiento* de la época prehispánica: fue el trabajo de Gordon Willey (1953) sobre el Valle del Virú, en la costa peruana. Esa obra causó un profundo impacto en los círculos académicos, ya que mostraba una diferente manera de estudiar las sociedades arqueológicas a partir de su forma de distribuirse y utilizar el territorio. Muy poco después, Willey inició un estudio similar en Belice, tratando de aplicar el mismo sistema de investigación. Los trabajos duraron de 1955 a 1965 y permitieron analizar un sitio completo (Barton Ramie) y su evolución histórica. Para ello se excavaron 65 montículos, pudiéndose averiguar cuál de los muchos basamentos habitacionales estuvieron en uso en cada época, realizándose planos por época para ese pequeño poblado. Fue el primer estudio llevado a cabo para conocer la forma en que un pueblo maya se asentó y utilizó su terreno circundante.

El problema que este estudio presenta al análisis actual es que al parecer los investigadores, impulsados por las ideas de Willey sobre el funcionamiento de la ciudad maya –que analizaremos más adelante en detalle–, llegaron a utilizar de forma discutible la metodología propuesta por ellos mismos. En consecuencia, se estudiaron los sitios de la región como si fueran aislados unos de otros, cuando en realidad formaban un continuo a lo largo de ambas márgenes del río (Willey, Bullard, Glass y Glifford 1965). Para los planos se pusieron límites arbitrarios, según dicen los mismos autores, porque no les fue posible distinguir diferencias entre los montículos de un sitio y los

pertenecientes a otro. Es decir que trabajaron un asentamiento lineal cortado en sectores independientes, lo que hace pensar en que los autores sólo corroboraron hipótesis establecidas a priori. Pese a ello, el trabajo en Belice llamó la atención y mostró la posibilidad de llevar adelante esos proyectos en Mesoamérica.

En 1956 y nuevamente gracias al impulso dado por Gordon Willey, se realizó una reunión en torno a este tema, que resultó en un libro muy interesante: *Prehistoric Settlement Patterns in the New-World* (Willey 1953) en el cual se resumieron las diferentes posturas vigentes hasta ese momento y se mostró la información disponible. En ese libro se observaban dos posturas enfrentadas: la tradicional, que negaba los asentamientos complejos y densos, y la que apoyaba la idea de ciudades complejas; otra vez el *centro ceremonial* versus *ciudad*. Por una parte, los principales defensores del concepto de ciudad fueron Edwin Shook y Tatiana Proskouriakoff (1956), quienes ya habían tenido experiencias muy valiosas en este sentido. Shook desde 1940 se dedicaba a hacer un catálogo de los sitios arqueológicos de Guatemala, resultado del cual son las miles de fichas que aún tiene y que sólo se han publicado parcialmente; también había hecho un plano de Kaminaljuyú, donde había visto las evidencias de una sociedad compleja y densa para el período Formativo. Proskouriakoff (1946) había dirigido el trabajo de Piedras Negras del que ya hemos hablado, y luego había realizado para la Carnegie Institution, una serie de perspectivas muy conocidas con lo que ambos eran conscientes de la enorme cantidad de asentamientos mayas que existían. Incluso decían que lo que se llamaba habitualmente *centro ceremonial* no era más que la zona central de ciudades más grandes de las que solamente se había estudiado ese sector más llamativo.

Por el otro lado Willey sostenía la hipótesis del centro ceremonial, postulando que si bien existían complejos centros que agrupaban los edificios más destacados, por su alrededor sólo había una población dispersa y de características rurales, y que los asentamientos densos sólo habían existido en el Yucatán en tiempos tardíos por influencia del altiplano mexicano. Aclaraba también que la discusión no estaba cerrada, al igual que el problema de la agricultura –intensiva o extensiva- y otros tantos puntos que todavía estaban tratándose (1956). Pero la idea central de Willey se basaba en la información etnográfica recabada durante esos años por Evon Vogt en Chiapas respecto a los sistemas de cargos rotativos; así llegó a postular una variante del *centro ceremonial vacío* de Thompson al plantear que la élite maya era también rotativa, que estaba formada por campesinos, quienes en forma alternada y democrática asumían el

papel de sacerdotes y dirigentes para luego regresar a sus aldeas. Era la utopía llevada a sus últimas consecuencias. De los tres tipos de asentamientos que planteó en este estudio, el tercero coincidiría con la situación del Valle de Belice que él ya había estudiado.

En 1960 Mayer-Oakes resumió las críticas aplicables al modelo diciendo que el tipo tres no era más que una forma de asentamiento más grande y, regionalmente, igual al tipo uno; que los otros dos eran en realidad modelos ideales ya que lo que se conocía arqueológicamente de los mayas mostraba variaciones distintas de ambos modelos o uniendo total o parcialmente a los dos. Para 1962 Willey, contraponiendo a los mayas con la civilización egipcia, decía que Palenque y Tikal habían tenido bajo su control sólo a pequeñas regiones de sus alrededores.

En esos años los investigadores tenían actitudes muy contrapuestas y confusas, y aquellos que los seguían tenían problemas más graves aún. Podemos recordar un trabajo muy interesante desde la perspectiva teórica, como fue el de Eric Wolf y Angel Palerm sobre sistemas de cultivo y desarrollo de la civilización mesoamericana publicado en 1957. Ambos autores, siguiendo los trabajos anteriores de Palerm, trataron de hallar una correlación directa entre urbanismo y tipos de agricultura, notando que en grupos étnicos actuales dichas correlaciones eran bastante claras. De allí que postularon que si los mayas habían tenido una agricultura simple de milpa y roza, debieron sostener un modelo de asentamiento tipo *centro ceremonial*, aunque dejaron abierta la duda respecto a la posibilidad –evidente para ellos- de que los mayas hubiesen tenido otros sistemas agrícolas, con lo cual la deducción no era de por sí tan simple. De todas formas, dadas las posturas sostenidas por investigadores muy serios de esa época, ellos se acercaban más a la idea institucionalizada.

En 1960 se publicó un nuevo trabajo, esta vez de un discípulo de Willey en Harvard, William R. Bullard; universidad en donde la idea de los centros ceremoniales es aún parcialmente sostenida. En ese trabajo se presentaban los resultados de un reconocimiento practicado en el noreste del Petén, cuyo objetivo era buscar patrones de asentamiento – sobre todo de los grupos habitacionales pequeños tan comunes en la región-, y su correlación con los grupos más grandes. Bullard desarrolló entonces un esquema evolutivo con clara influencia de Robert Redfield y su *continuo rural-urbano*, que puede ser sintetizado en 1) viviendas, 2) centros ceremoniales pequeños, y 3) centros ceremoniales grandes. Los tres estaban formados por grupos de diferentes tamaños que constaban de una vivienda o una *unidad de vivienda*, es decir una

plataforma o varias ubicadas alrededor de un patio o plaza pequeña; luego un *grupo* formado por 5 a 12 unidades como las anteriores, que serían la definición de una aldea, y un tercer nivel denominado *zona*, esto es un área que contenía de 50 a 100 unidades de vivienda asociadas a un centro ceremonial pequeño. La categoría más alta es la de *distrito*, formado por varias zonas organizadas alrededor de un centro ceremonial pequeño. La categoría más alta es la de *distrito*, formado por varias zonas organizadas alrededor de un centro ceremonial más grande. Pero el mismo Bullard aceptó que los límites impuestos son necesariamente arbitrarios y que por lo general estas categorías se dan dentro de una misma región. En esa misma época Bullard también estudió Topoxté, sitio de cronología posclásica, y llegó a la conclusión de que sí era una verdadera ciudad, aunque por su época de construcción quizás tuviera influencia yucateca tardía, es decir un caso similar al de Mayapán, cerrando así el círculo. Lo que nos interesa más ahora de Bullard es que empezaba a articular varios sitios entre sí creando zonas y ya no solamente sitios aislados.

También a partir de 1960 comenzaron a publicarse y difundirse los trabajos de William Sanders, quien desde 1955 venía interesándose por el tema de los patrones de asentamiento. Entre sus estudios pioneros hizo un recorrido muy interesante del Yucatán, en cuyo transcurso analizó varios sitios menores y otros más grandes, tales como Tulum (1955), donde postuló una densidad habitacional que podía alcanzar la cifra de 7000 a 8000 habitantes por kilómetro cuadrado en ciertas zonas. Asimismo le hizo adiciones al viejo plano de el sitio el que había sido levantado al inicio de la década de 1920 por Samuel Lothrop. Destacó la posibilidad de que hubieran existido cuatro tipos de asentamientos: el primero formado por un núcleo de una o más plazas rodeadas por edificios ceremoniales; próximo a ellos se hallarían otras estructuras religiosas o grupos de ellas y probables montículos habitacionales por los alrededores. El tipo número dos lo formaban los santuarios aislados –muy comunes en Quintana Roo–; el tercero, una docena de plataformas bajas y una pirámide pequeña en lo que podía haber sido una aldea rural. Y el último tipo estaría compuesto por restos de viviendas ubicadas en lotes delimitados por bardas de piedra, igual que en las poblaciones actuales, lo que hacía suponer a Sanders (1960) que se trataba de poblados poscoloniales.

Poco más tarde nuevamente Sanders hizo un estudio detenido en la Chontalpa (1961), tomando una extensión de terreno de 10 por 30 km a un lado del río Grijalva, que mostraba variantes ecológicas muy marcadas. En esa zona se encontraron casi 60 sitios de los cuales seis fueron excavados parcialmente y dos con mayor detenimiento.

El estudio permitió desarrollar una nueva tipología de los asentamientos, organizada en cinco tipos particulares:

1. Compuesto por una o dos pirámides aisladas.
2. Grupos de 3 a 12 viviendas.
3. Idem, más una o dos pirámides y una plataforma elevada.
4. Centros de gran tamaño, con edificios cívico-religiosos y más de 200 pobladores,
5. Grandes centros con unos 21 edificios cívico-religiosos y una población residente de entre 400 y 500 personas.

Es de destacar que las densidades se deducían de la cantidad de cerámica recogida superficialmente para cada época y de la extensión del sitio en las mismas etapas. Esta técnica, que se había comenzado a poner en práctica en el centro de México –específicamente en Teotihuacan-, le dio excelentes resultados. En un solo sitio se practicaron 157 pozos estratigráficos para confirmar la contemporaneidad de los diferentes montículos del lugar.

Hacia fines de 1964 apareció un nuevo libro que sintetizó nuevamente las ideas más arraigadas en la época: fue la compilación editada por Evon Vogt y Alberto Ruz titulada *Desarrollo cultural de los mayas* (1971), que al estar editada en México y escrita parte en español, tuvo una buena recepción. En ese trabajo Vogt planteó una serie de hipótesis respecto a las características socio-culturales mayas, a partir de un “modelo genético” de evolución. Se postulaba que el tipo de asentamiento básico era el de aldeas pequeñas dispersas en los alrededores de los centros ceremoniales, lo que conformaba el patrón normal. Pese a ello el autor notaba que la información de ciertas regiones, como el lago Atitlán, Tikal o la zona norte del Yucatán, mostraba evidencias de lo que consideró excepciones a la regla. Aceptaba el esquema de Bullard del que ya hablamos y aunque dejaba abierta la posibilidad de que las excepciones fueran aún más comunes de lo pensado, la norma estaba claramente definida.

En 1964 se publicó el libro *Ciudades Precolombinas* de Jorge E. Hardoy, primer trabajo sobre ciudades hecho por un urbanista, muchas de cuyas ideas aún no han sido superadas. En su momento representó lo más avanzado y actualizado sobre el tema y la ventaja de haber sido escrito y publicado en español (Hardoy 1973) lo hace todavía hoy un libro irremplazable. Otras obras posteriores del mismo Hardoy continuaron con el tema (1968) tratando de unir arqueología con historia urbana. El trabajo tenía la virtud

de que trataba de establecer por primera vez una definición del término *ciudad* a partir de un esquema de diez puntos de gran flexibilidad en función de la época y el lugar donde se aplicaba. Esto reabrió en América Latina muchas polémicas entre los historiadores del urbanismo lo que fue de beneficio a corto plazo; de allí que pocos años más tarde ese libro fuera reeditado en inglés en una versión ampliada. Entre otras cualidades, el libro introducía en el mundo de habla hispánica la bibliografía actualizada sobre Teotihuacan y Dzibilchaltún, que hasta el momento sólo circulaban en artículos en inglés muy especializados. Fue el inicio del establecimiento de parámetros cuantitativos y cualitativos para acercarse a una escala urbana, o estar fuera de ella, incluyendo también aspectos sociales, políticos, económicos y de hegemonía regional. Ya se hablaba de territorio y no sólo de ciudades.

Hacia 1965 los estudios arqueológicos en Mesoamérica estaban separados en dos corrientes: la tradicional mexicana, interesada más que nada en la reconstrucción de los grandes edificios para el turismo, y la escuela que buscaba más ávidamente patrones de asentamiento, usos del suelo, densidades de población y otros datos que, pese a ser menos llamativos permitían mostrar mejor la realidad de la historia prehispánica. Buena muestra de esto fue la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que se reunió en 1966 y donde ambas corrientes se enfrentaron. El grupo dirigido por Rene Millon (1973) había logrado reconstruir la historia de la población de Teotihuacan a lo largo de casi diez siglos, mientras que el INAH, tras muchos años de excavaciones e inversiones millonarias, sólo había logrado restaurar la Pirámide de la Luna, la plaza que la enfrenta y parte de la Calle de los Muertos, pero sin haber obtenido datos realmente significativos para la arqueología. O al menos para lo que la arqueología de ese momento exigía. El mundo había cambiado, el modelo teórico y los objetivos del trabajo de campo, se mantenían incólumes.

VI. Hacia el reconocimiento de los asentamientos y el territorio maya

Entre los estudios de patrones de asentamiento que se destacaron en los años de la década de 1960 debemos citar primero los de Dzibilchaltún, que si bien fue un sitio que se comenzó a excavar un decenio antes, la información obtenida y los planos detallados no se publicaron completos hasta más tarde, incluso en parte recién en 1981. Lo importante de ese proyecto fue que desde 1960 ya se estaban publicando informes que causaban verdaderos revuelos entre los especialistas: Willys Andrews IV (1965) postuló en base a los montículos habitacionales descubiertos una continuidad de tres mil años en el sitio y por lo menos 15.000 estructuras en uso entre el 300 dC y el 900 dC, permitiendo calcular hasta unas 250.000 personas viviendo en Dzibilchaltún en el apogeo del período Clásico. Esto era revolucionario e impensado y por cierto lo llevó a cuestionar seriamente que el modelo establecido de centros ceremoniales y aldeas dispersas fuera válido, tanto para los tiempos posclásicos como para el Clásico puramente maya. Por cierto, con los años las cifras se fueron reduciendo y el susto inicial se fue mediatizando. Pero lo que sí era cierto es que se ponía en duda la hipótesis de Evon Vogt respecto a que los datos de Tikal, que sugerían también una población densa en el Clásico, se debieran a una influencia del altiplano, aunque más temprana que la también postulada para Mayapán. Se entendían los datos como desviaciones, como sesgadas de un parámetro “normal” arbitrariamente establecido, y no como posibles; el modelo teórico seguía siendo más fuerte que la observación de la realidad.

Con los años ese estudio se transformó en un clásico del mundo maya porque permitió hacer análisis de los tipos arquitectónicos en muestreos lo suficientemente amplios y realizar cálculos de población para cada época y zona de un gran sitio arqueológico. La conclusión lógica fue:

“nosotros debemos abandonar el concepto, ahora aún en boga, que los centros mayas del período clásico eran *centros ceremoniales* relativamente vacíos, a los que se acudía para festividades religiosas, posiblemente combinadas con actividades de mercado”.

Sin embargo, también hubo estudios que lentamente llevaban agua al molino de la hipótesis opuesta: por ejemplo, un nuevo trabajo que dirigió Gordon Willey en Altar de Sacrificios (Willey y Smith 1969) y llevado a cabo durante la mitad de esa década,

permitió conocer un sitio grande con construcciones cívico-religiosas importantes, pero nada más que con cuarenta basamentos que se consideraron habitacionales. Poco más tarde surgieron las críticas contra ese estudio, como las de Marshall Becker (1971), basadas en el mismo planteo que años antes se había hecho con respecto a Mayapán: que los planteos teóricos apriorísticos de los investigadores llevaron a la realización de un estudio en el cual se buscó la confirmación de una hipótesis previa, utilizándose técnicas de relevamiento en función de eso.

El golpe más duro que la arqueología tradicional mayista recibió en esa década fue la excavación de Tikal. Ese sitio había permanecido casi intacto pese a que durante veinte años la Carnegie había excavado Uaxactún, unos 25 km. al norte de allí. Si bien Morley había quedado seducido por la magnitud del sitio optó por Uaxactún por la alta presencia de estelas esculpidas. ¡Qué diferente hubiera sido todo si Morley hubiera hecho su trabajo en Tikal en ese entonces! Pero lo importante es que entre 1959 y 1965 la Universidad de Pennsylvania dirigió trabajos reuniendo a varios arqueólogos que ya tenían una visión amplia del problema de los asentamientos, entre ellos a Edwin Shook –quien venía haciendo el mapeo completo de Guatemala desde hacía veinte años- y a William Havilland (1965, 1966, 1970 y 1972), quien dedicó buena parte de su vida profesional a los problemas urbanos.

Tikal fue mostrando año tras año y en las muchas publicaciones que hizo (por ejemplo, Coe 1965) la importancia que el sitio tenía, así como la de su arquitectura monumental, tanto de pirámides-templos como de complejos-palacios, además de unas 3000 construcciones, en su mayoría unidades habitacionales formadas por pequeños montículos bajos. Los primeros cálculos de población dieron cifras que oscilaron entre los 10.000 y 75.000 habitantes, para luego ir aumentando a medida que se descubrían más y más basamentos. En los siguientes años un nuevo mapeo incrementó sensiblemente la cantidad de construcciones existentes, por lo que es factible calcular la existencia de hasta 80.000 pobladores para el Clásico Tardío de Tikal (Havilland 1970 y 1975), incluyendo su área periférica.

Con el correr del tiempo estas ideas se fueron sedimentando. Más y más evidencias fueron surgiendo, mostrando que los mayas tuvieron patrones de asentamientos diversos, según las épocas y regiones. Que en sus ruinas podían encontrarse evidencias –juntas o dispersas- de sitios que tuvieron una población básicamente residencial, o gran cantidad de talleres de trabajo, o pequeños centros de carácter residencial de élite – con su consecuente equipamiento *ceremonial*-, y muchas

variantes más. Que poseían una estructura urbano-regional sofisticada, resultado de muchos siglos de evolución y cambio, donde los hombres fueron organizándose de maneras distintas para satisfacer sus necesidades físicas, sociales y culturales.

Los cambios no se dieron únicamente en ese aspecto arquitectónico y urbano sino que se comenzó a explorar el entorno lo que permitió los primeros estudios sistemáticos de de la agricultura maya (Harrison y Turner 1978), descubriéndose redes de canales, camellones de cultivo en los pantanos, terrazas en las laderas, pesca, caza y piscicultura desarrolladas junto con otras variantes que permitían sostener una población densa. En cuanto a la organización social y política hubieron grandes cambios en particular con los trabajos que abrieron la discusión sobre los modos de producción, el sistema tributario, las diferencias de clases y otras cuestiones que nos explican –aunque parcialmente- el uso del suelo y la compleja apropiación desigual del espacio urbano. Estos temas de neta influencia del Marxismo en México cubrieron incluso la década de 1980, impulsando así la problemática económica y social por sobre los temas estéticos.

Siguiendo con esto, los estudios realizados en Edzná (Matheny y Gurr 1978) permitieron conocer con cierto detalle un sitio de grandes dimensiones y su territorio circundante, en donde la mayor parte de las obras de canalización, la fortaleza y la plataforma misma de la Acrópolis son muy antiguas, más de lo que se hubiera sospechado, ubicándose dentro del período Formativo. Lo mismo sucedió con Mirador (Matheny 1980), Cuello (Hammond 1972, 1973 y 1975), Nohmul y otros sitios de Belice. Esto ya ha permitido establecer que la región original de la cultura maya pudo haber estado en ese país, y que ésta –la antigüedad- es considerablemente más antigua de lo que habíamos pensado. Hasta se ha podido plantear que hubo un desarrollo importante en los siglos anteriores a nuestra era y que un colapso no identificado cortó y modificó el proceso histórico maya para que surgieran, tras un intermedio relativamente corto, los primeros indicios de la que conocemos como cultura Clásica. A partir de esta hipótesis podemos reconsiderar mucha información dispersa que hablaba de grandes construcciones de la época Formativa tardía y que, como Tikal, tendrían ahora una explicación. Sitios como Mirador y Cerros permitieron en la década de 1980 reconfirmar muchos de esas ideas.

Un intento frustrado, pero que pudo ser importante, fue el de la publicación de tres tomos del *Atlas arqueológico de México*. Ese viejo proyecto del INAH que se remontaba a Manuel Gamio, nunca pudo ser completado, reduciéndose lo editado a los estados de Yucatán, Chiapas y Quintana Roo (Muller 1959 y 1960, Piña Chan 1967). En

realidad incluyeron una lista de sitios ya publicados con información mínima y un mapa de ubicación poco definido. Con los años el programa fue reestablecido y ya se han editado los atlas de algunos estados completos (como Yucatán) y en otras regiones de México.

Un proyecto que de haberse publicado antes hubiera causado un impacto mayor del que llegó a provocar, fue el de Kaminaljuyú. Fue organizado como una nueva etapa del ya anticuado trabajo hecho por la Carnegie medio siglo antes y se trabajó allí a fines de la década de 1960 y principios de la siguiente; fue difundido mucho más tarde a través de los libros de William Sanders y John Michels (1969 y 1977) y R. Wetherington (1978). El estudio de ese sitio, ya destruido en su mayor parte, permitió conocer no sólo el patrón de asentamiento desde el Formativo temprano, sino también la manera en que los diversos grupos de parentesco que lo habitaron fueron ocupando áreas específicas del sitio, a las cuales les correspondía también cerámicas y objetos peculiares a cada uno de ellos. Es uno de los pocos casos en la zona maya en el que ahora podemos reconstruir con bastante detalle la evolución de la sociedad que lo habitó y las formas de utilizar el suelo urbano, suburbano y rural.

Para fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, ya habían muchos sitios estudiados en cuanto al patrón de asentamiento, cálculos de densidad y de población, incluso algunos primeros intentos de analizar territorios y regiones. En Belice, Aventura (Sydris 1983) mostraba una proyección de 3500 a 5200 habitantes en una extensión probable de 4 a 6 km², mientras que Sarteneja mostraba 940 por km², con un total probable de casi 2000 habitantes viviendo en el sitio durante el Clásico tardío. Ramonal mostró en el sector mapeado (Lewenstein 1982) –de ½ km²– unas 72 estructuras y 14 plataformas. Otro lugar importante fue Colhá, con sus 31 talleres para trabajar la piedra, donde en sus 4 km² de extensión se encuentran decenas de montículos alrededor de la plaza y una gran acrópolis; el total de construcciones es de casi 400, habitadas todas entre el 250 aC y el 250 dC (Hester 1981).

Otras regiones, como la del Petén central mostraron cambios sorprendentes en la densidad poblacional del período Posclásico: el sitio clave de este período, Tayasal, que había sido identificado como la última población maya (Guthe 1930), en realidad corresponde en casi su totalidad al período Clásico; por lo tanto el plano que conocíamos quedó como sólo una pequeña parte de un asentamiento muchísimo mayor (Chase 1985), con una alta densidad de pobladores. Al contrario, las islas de Topoxté mostraron ser todas del período tardío, pero lo que en los planos del siglo pasado hechos

por Maler no eran más que unos pocos edificios, ahora pasaron a ser más de un centenar. El mapeo de Jay Jonson (1985) sirvió para identificar en la isla Canté la existencia de 142 estructuras y en la isla Paxté otras 68 (Rice y Rice 1985). En la primera se calculó que 103 de ellas eran residenciales mientras que en la segunda lo eran 53, dando el cálculo de habitantes, respectivamente, 577 y 326 personas; esto significa que en la primera de ellas la densidad podría haber sido de unas 2.200 personas por km², lo que es extremadamente alta. En la misma época en que estaban ocupados esos sitios, Lamanai (Lotten 1985, Pendergast s/f) tenía 718 estructuras en 6 km², lo que coincide una vez más con las cifras que hay para otros sitios, aunque no es factible comparar estas densidades, ya que las islas son asentamientos peculiares. De todas formas, incluso en los sitios de menor población, la densidad era mucho más alta de lo que nunca se había pensado.

Pero volviendo al ya citado sitio de Kaminaljuyú, hoy ya tenemos una visión de su evolución en el uso del espacio nos muestra el proceso completo que sufrió desde sus inicios, hacia el 1500 aC: entre esa fecha y el siglo VI aC tuvo la región completa, de 500 km², unos 25 a 35 sitios, con aldeas de unos 100 habitantes cada una, habiéndose concentrado en el sitio mayor unos 600 a 1200 habitantes. Este número creció hasta llegar a 2000 para finales del siglo III aC, pasando a ser un centro de importancia regional por su envergadura. Tras los grandes cambios sucedidos entre esa fecha y el 200 dC ya hubo posiblemente 26.000 pobladores en la región, siendo hasta el 12 % de ellos del sitio mismo. El crecimiento continuó hasta llegar a la cifra de 5.000 habitantes para el período que va hasta el 400 dC, con unas 38.000 personas para toda la región, arribándose a la máxima concentración entre el 600 y el 1000 dC. Había en ese momento en la región unos 120.000 pobladores, cifra que comenzó a declinar en forma rápida en los siglos siguientes.

De esta manera para los finales de la década de 1980 había regiones enteras que al ser estudiadas intensivamente aportaron información importante sobre sus asentamientos, su región y su territorio. La región de el Quiché, en las tierras altas (Brown 1980 y Fox 1982) mostró una historia continua desde el 9000 aC y sus 72 km² de mapeo existen 624 sitios –probablemente 700-, lo cual es representativo de la población que llegó a existir.

Otro de los casos de grandes concentraciones tempranas ya citado y del que ya hay buena información es Edzná, que además cuenta con una muy buena cartografía. La vida en el sitio se inició hacia el 600 aC y hacia el siglo III dC había ya una densidad

llamativa de población y una notable capacidad colectiva para realizar obras públicas, en especial de irrigación, control ecológico, construcción de grandes montículos, un lago artificial con una fortaleza dentro y varias cisternas entre otras obras. Se conservan 370 montículos y basamentos habitacionales, que se calculan como el 80 % de lo original construido, además de unos 100 montículos de arquitectura pública, 84 cisternas, 31 canales y 18 canteras. Es posible entonces que la población al final del Formativo haya sido de unos 5000 habitantes (Matheny 1980).

Una cifra similar es la que se ha dado para el recién estudiado sitio de Komchén en el Yucatán que fue estudiado en 1980 (Andrews V 1984). Se mapeó un área de 650 por 1.200 metros, más tres sectores de casi 2 km. de largo, lo que dio la cifra de 320 construcciones diversas. Si proyectamos esto al total del terreno que probablemente estuvo ocupado, estamos en una cifra de 1.000 construcciones; entre ellas hubo 15 montículos grandes, 115 plataformas bajas y medianas y posiblemente 176 viviendas. Si pensamos que el sitio estuvo habitado entre el 800 a.C. y el 350 aC y suponiendo que a cada plataforma le corresponden entre 3 y 5 construcciones, tenemos sumándole un estimativo del 60 % para lo no mapeado, 1908 unidades residenciales, que multiplicadas por el coeficiente tradicional de 5,6 habitantes, arroja la cantidad de 10.685 personas. A esta cifra se le puede reducir un 50 % por no contemporaneidad, lo cual lleva a estimar la población en unas 5.500 personas.

Ya existen otros ejemplos en la bibliografía, algunos hechos con mayor ajuste: Altum Ha en Belice (Pendergast 1979) mostró un asentamiento cuyos límites se hallaban en un área de 2,5 a 3,5 km de radio del centro. El área mapeada presentó 516 construcciones, es decir 220 por km², pero sólo una parte del terreno era habitable (de 2.33 km² lo era sólo 1,4 km²), lo cual eleva la cifra a 367 habitantes para esa superficie, siendo esto relativamente alto. Si calculamos la población debió ser de un mínimo de 2733 personas (solo para las 488 estructuras residenciales conocidas) con un promedio de 1952 habitantes por km² de terreno habitable.

En el sur de Campeche se han hecho diversos trabajos que nos siguen dando información sobre el uso del territorio (trabajos iniciados por Ruppert y Denisonn en su publicación de 1945): en primer lugar se logró mapear una franja continua que unió sitios como Becán, Xpuhil y Rio Bec, ahora considerados todos dentro de un patrón de asentamiento continuo. También los trabajos de David Webster en Chicanná (1979 y 1981) y de B. L. Turner (Eaton 1974), permitieron ubicar 1250 estructuras en 1,5 km² de terreno, dando una densidad residencial de 900 personas para esa misma superficie

para el primero de los autores citados, en cambio para Turner la densidad fue menor, de 503 personas, aunque en otras partes de la región bajó a 439. En los sitios periféricos, o entre grandes centros, las densidades promedio de la región oscilan entre 90 y 162 pobladores por km². Este estudio regional dio un panorama interesante sobre la ocupación de una región, mostrando un nivel de población alto incluso para las zonas fuera de las grandes concentraciones.

Muchas ciudades amuralladas pudieron ser identificadas con certeza y mapeadas en esos años (Rubio 1978): Uxmal, con un área intermuralla de 50 ha., Cucá con 30 ha., al igual que Chunchucmil; Aké y Muná tenían una superficie interna de 25 ha., Chacchob y Dzont Aké también tuvieron sectores internos fortificados. Cabe destacar a Chunchucmil, ya que posiblemente llegó a tener una población de 12.500 habitantes en sus 2400 viviendas agrupadas en 6 km² de superficie (Vlcek 1978; Garza y Kurjack 1980).

Entre las muchas publicaciones que permiten tener un panorama general del proceso vivido en la década de 1980 se destaca la editada por Wendy Ashmore (1981) titulada *Lowland Maya Settlement Patterns*, al inicio del período, y es a su vez parte de una excelente serie de libros sobre los mayas publicados por la Universidad de New Mexico. En esa obra se presentaron artículos de los más connotados mayistas, incluidos Gordon Willey y William Sanders, por lo cual figuran posturas distintas que pueden resumirse así: William Haviland hizo un profundo análisis de un grupo residencial de la élite de Tikal, es decir, estableció las funciones y la historia de un grupo periférico al epicentro. Donald Rice y Dennis Puleston hicieron un primer acercamiento al patrón de asentamiento del Petén revisando lo conocido y criticando seriamente el modelo propuesto por Bullard en el decenio anterior; y así los textos de Rice, Willey, Ashmore, Hammond y otros fueron asumiendo posturas distintas. En general hubo coincidencia en tres puntos hasta ahora nunca del todo aceptados: la diferencia de rango existente en las construcciones residenciales, la alta densidad habitacional y la variedad tipológica, funcional y de uso de la arquitectura, interna o externa a los grandes asentamientos. En cuanto a los términos empleados –es decir la vieja idea de *ciudad* y de *centro ceremonial*-, Ashmore dice que:

“si bien es demasiado pronto para decir que la polémica (...) está resuelta finalmente, hay consenso creciente acerca de que los grandes centros mayas

fueron considerablemente más tipo ciudades de los que los oponentes a esta idea habían supuesto”.

Con esto también coincide Willey en su artículo de cierre del volumen. Era factible de pensar que de esa manera el tema quedaba cerrado.

Así, el estudio de Lubaantún (Hammond 1975), los recorridos de Peter Harrison (1973 y 1979) en Quintana Roo, los de Charles Lincoln en Izamal (1979), los detallados estudios de Cozumel y sus más de 30 sitios (Sabloff y Rathje 1975; Freidel y Sabloff 1984), el estudio minucioso de Cobá (Benavides 1981; Folan 1980), la región de Naco en Honduras (Henderson, Sterns, Wenderly y Urban 1979), de la presa del Cajón en El Salvador (Hirth, Urban, Hasemann y Véliz 1981; Hirth 1984) y el nuevo y detallado plano de Palenque (Busch 1982) son parte de este panorama que se tuvo sobre los antiguos mayas al llegar a la década de 1990.

También ese decenio trajo aparejado cambios tanto en las técnicas de mapeo como en la sistematización de las formas de representación cartográfica. Al observarse la importancia del sistema de corte de vegetación en la observación de restos habitacionales, se optó por cortar brechas más anchas y largas, se usó fotografía satelitaria e infrarroja y se comenzó a dibujar juntos los planos topográficos y reconstructivos. Las experiencias de Norman Hammond en ese sentido fueron magníficas y lograron, junto con las técnicas de relevamiento topográfico rápido elaboradas por los técnicos de la New World Archaeological Foundation, iniciar una nueva forma de trabajo en el campo. Paralelamente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia se comenzó a enseñar patrones de asentamientos y algunas nociones de cartografía arqueológica, aunque esporádicamente (Schávelzon 1980, 1981 y 1982) en ese entonces.

Copán no quedó de lado en este proceso de reestudio de tantos sitios ya conocidos: suponiendo correctamente que el área estudiada hasta la fecha se reducía al complejo principal (Stromsvik 1946) y que Morley sólo había incluido algunos otros edificios y monumentos en la periferia (1920), se hizo un relevamiento nuevo. La Acrópolis central (Hohmann y Vogrin 1981) fue minuciosamente estudiada y lo mismo se hizo con el valle completo, encontrándose gran concentración de conjuntos habitacionales a lo largo de una avenida principal (Willey y Leventhal 1979; Leventhal 1981); gracias a esto hoy podemos ver el valle como un área de desarrollo regional más que como una unidad peculiar. Copán, el sitio que la generación de Morley entronizó

como un centro de culto y de sacerdotes con sus estelas orientadas sideralmente, resultaba ser una enorme capital regional, con gran densidad de habitantes, con un territorio amplio también con sitios secundarios y de diversos rangos todo densamente poblado.

Otro aspecto que había tenido importancia en la década de 1970, y que tuvo amplia repercusión, fueron la serie de estudios que trataron de clarificar la estructura interna de las áreas centrales de las ciudades mayas. En realidad desde la época de Ignacio Marquina y su primer libro (1928) en que se había preocupado por el trazado y distribución de las pirámides, poco se había hecho. A partir de los estudios pioneros de Horst Hartung (1971) hubo una serie de publicaciones que permitieron entender algunos aspectos del peculiar trazado maya: orientaciones, ángulos entre edificios, ubicación de juegos de pelota y templos, e incluso al correlacionar esto con las inscripciones que se estaban traduciendo, se lograron entender las secuencias constructivas (Aveni 1975 y 1977). La ubicación de un templo o una pirámide no era casual, respondía a nociones complejas pero con su propia lógica en la estructura de linajes dinásticos, su ceremonial y estructura de funcionamiento.

En la región de las tierras altas de Guatemala los avances no fueron menores que en otras regiones, aunque a partir de 1984 prácticamente los estudios han sido suspendidos por la guerra y llevó un decenio poder retomarlos. En forma simultánea aplicaron allí sus esfuerzos la Misión Científica Francesa y un grupo dirigido por Robert Carmak. Este último, desde 1965, logró para los inicios de esa década una reconstrucción general del proceso histórico y prehistórico tardío de los Quichés, en estudios realmente destacables. La evolución de los asentamientos en cada etapa, la relación con otros grupos culturales lejanos y cercanos, e incluso la estructura interna de algunas ciudades, fue discutido con toda meticulosidad (Carmak 1973 y 1981; Carmak, Fox y Steward 1975; Carmak y Weeks 1981). La forma en que fue trabajada la arqueología y la etnohistoria fue ejemplar y pocos lugares del continente tuvieron en ese momento estudios de tal categoría.

Regresando a los estudios intra-sitios, hay dos regiones que han sido estudiadas a través de largas brechas en la selva, sin que se hallaran grandes concentraciones en su recorrido: el terreno entre Tikal y Yaxhá por una parte y los alrededores de los lagos Yaxhá-Sascnab por la otra (Rice y Rice 1979 y 1980). En el primero hubo 125 estructuras por cada km² de terreno para el total del tiempo de existencia; y del Formativo hubo 29, lo que da una densidad muy alta e inesperada. Lo mismo sucedió

con las 586 estructuras halladas entre Tikal y Yaxhá, de las cuales se excavaron 148, teniendo así un muestreo cronológico seguro. El 33 % de ellas son del período Formativo, el número total de pobladores dio en orden de 203 a 486 por km²; según las épocas y la densidad de las construcciones hubo de un mínimo de 15 personas por km² en las zonas poco habitadas y un máximo de 48.7 en las más pobladas. Estos datos entroncan así con El Mirador, quizás el sitio maya más espectacular de nuevo descubrimiento (Matheny 1980; Demarest 1984), ciudad que con sus cuatro grandes acrópolis, siete de tamaño medio y dos grandes sacbés, pertenecen en su casi totalidad monumental y residencial al período Formativo.

Al rehacer Dennis Puleston (1974) el mapeo de la brecha sur de Uaxactún en 1966, se reinició la polémica de los asentamientos mayas, el uso del terriotiro y su densidad ocupacional desde una nueva perspectiva: los datos manejados hasta ese entonces no habían sido exactos en muchos casos o directamente no habían ni siquiera sido tomados en cuenta o estudiados. Las críticas desde la perspectiva teórica las planteó Marshall Becker (1971) en un estudio clásico, presentando las posturas que subyacían tras la discusión de la *ciudad* prehispánica. Para Puleston, la región Uaxactún-Tikal tiene 197 montículos de vivienda por kilómetro cuadrado en las zonas centrales y 88 en las intermedias. Así, las densidades oscilan entre las 222 personas por kilómetro cuadrado en Dos Aguadas, 439 para la zona de Becán, 700 para Tikal central y 1100 para Seibal (Willey, Smith, Tourtellot y Graham 1965). Este último fue otro de los conjuntos que arrojó datos de alta densidad en las excavaciones de 1964-1968, en las cuales se mapearon 25 km² (Tourtellot 1970).

La profundidad cronológica de la ocupación humana en la zona también fue rápidamente modificada, y lo que sabemos indica que la historia de los mayas puede retrotraerse mucho más de lo esperado, y si los datos que se han publicado en los trabajos de Belice (Mac Neish, Wilkerson y Nelken-Terner 1980) se completan, se llegaría hasta el 9500 a.C, habiéndose ya detectado 230 sitios arcaicos, todos ellos poblados cercanos a las costas o ríos antes de la llegada de la primera cerámica a la región –la Fase Swazey-, en el 2600 a.C. Entonces Cerros, con su gran concentración y sus murallas-diques de protección y su acrópolis fechada para el Formativo del siglo IV aC al II dC, sería una parte coherente de este esquema; lo mismo es para su antecesor Cuello, que presenta restos de arquitectura cubierta con estuco en las plataformas desde el 2500 aC y una construcción con evidencias de uso más sofisticado para el 1500 aC.

Quizás en base a toda esta evidencia fue que Gordon Willey escribió, reconsiderando sus posturas anteriores, que:

“los centros mayas fueron focos de concentración de población. La densidad variaba, acorde al tamaño del centro, probablemente por región; de todas formas los datos de los centros mayas más grandes (...) indican densidades por encima de 500 personas durante el período Clásico tardío” (Willey 1981).

Otro tema que fue de gran ayuda a los estudios sobre las ciudades mayas, fue el gran avance en la traducción de la escritura. La epigrafía tuvo, a partir de los trabajos iniciales de Enrique Berlin y Tatiana Proskouriamas, es decir los nombres o identificaciones de cada ciudad, un desarrollo increíble. Al lograr traducir inscripciones cada vez más largas se pudo ir comprendiendo, aunque lentamente, la forma de vida, de organización de los linajes dirigentes, las guerras y conquistas y muchos aspectos de la cotidianidad de los grupos dirigentes. En forma paralela, al entender que los monumentos no retrataban a dioses sino a personas determinadas y a sus eventos significativos, la desacralización de la vida maya fue ya imposible de evitar. Las ideas imperantes acerca de una teocracia estricta, de una sociedad estática y sin divisiones sociales –los griegos de América de Morley- o de posibles áreas ceremoniales no urbanas, quedaron en la nada. Al lograrse identificar el nombre y fecha asociado a cada edificio importante, o por lo menos a muchos de ellos, se pudo estudiar la construcción de la ciudad a partir de cronologías exactas, y más aún, saber los motivos por los cuales fue construido o destruido un templo, un palacio u otra obra cualquiera. Las cosas empezaban a tener referentes humanos concretos, y eso no era poca cosa.

En otro orden de cosas el trabajo constante de la New World Archaeological Foundation en Chiapas, desde finales de la década de 1950, permitió establecer las grandes líneas de desarrollo histórico regional. A partir de los recorridos pioneros hechos por Gareth Lowe (Lowe 1959; Lowe y Mason 1960), más tarde los de Pierre Agrimier, Román Piña Chan, William Sanders, Tom Lee y otros, y sus estudios en sitios como Izapa, Miramar, Mirador, Chiapa de Corzo, Tzutzuculli, la región y sus subregiones han mostrado la profundidad y complejidad de su desarrollo cultural. Y si bien aún hacen falta libros que permitan una reconstrucción general de la región en donde se vuelque la monumental cantidad de información ya existente, cosa en la que

ha avanzado Thomas Lee en los últimos años, los más de 50 volúmenes publicados son únicos en la zona maya y de las culturas conexas.

Lo interesante de este largo proceso de cambio en las ideas acerca de los patrones de asentamiento maya, es que desde el libro de Jorge Hardoy ya citado (1964) no habían textos actualizados que dieran un panorama general que plantee hipótesis serias. Fue en 1975 en que el libro de George Andrews titulado *Maya cities, placemaking and urbanization* salió a la luz, para mostrar un panorama completo para su tiempo sobre el nivel de conocimientos existentes en la materia. Resumía los avances sobre cada ciudad importante además de mostrar una buena serie de planos, que sumados al análisis general sobre las ciudades permitía por fin una visión global; pero el terriotiro como un todo no existía, siempre se estaba centrado en las ciudades. Hubiera sido de desear que se hubieran incluido sitios menos importantes y mayor información sobre la estructura regional, pero quizás no sea justo pedir tanto a una obra de esa envergadura. Trabajos posteriores del mismo autor han avanzado en otros temas de la arquitectura maya, en especial en las zonas Puuc, Río Bec y El Petén (Andrews 1984 y 1986).

Sólo un año después del libro de Andrews se publicó un texto que unió la epigrafía, la estructura regional y la posible hegemonía de algunas ciudades sobre otras. Se trataba del libro de Joyce Marcus titulado *Emblem and State in the Classic Maya Lowlands* (1976); este libro presentó una reconstrucción histórica de los rangos o posibles niveles de importancia de un grupo de ciudades de las tierras bajas mayas, interpretados a través de los “glifos emblemas” de cada una de ellas. A partir del número de veces que el símbolo representativo de cada ciudad aparece en otras, y según el período y otros rasgos arqueológicos, se desarrolló un modelo de correlación tanto en el interior de cada región de las Tierras Bajas como entre ellas. Se trataba de otro paso adelante para entender la complejidad del funcionamiento regional.

Otro libro de su momento fue el ya citado *Atlas arqueológico del Estado del Yucatán*, de Silvia Garza y Eduard Kurjack (1981). Fue el resultado del reconocimiento del norte de la península e incluía los planos detallados de ubicación de muchos sitios. En realidad no aportaba más que la ubicación exacta de muchos lugares conocidos o nuevos y fue la puerta para relevar y estudiar muchos de ellos que luego se fueron dando a conocer.

Para terminar con esta etapa, el libro titulado *El pueblo maya* escrito por Alberto Ruz (1982) y editado tras su muerte, fue en su momento el texto más actualizado escrito

en México por muchos años, y quizás el más moderno escrito sobre el tema en español con un cariz de divulgación general hasta muchos años más tarde. Es diferente a su similar en inglés, de Norman Hammond (1981), ya que si bien este último presenta información arqueológica mucho más actualizada, la posición histórica, ideológica y social del primero ya es difícil de encontrar en una arqueología cada vez más comprometida con una visión científicista a ultranza, y cada vez más alejada de una postura más humana y más social para con los pobladores mismos de la región.

VII. El territorio y los asentamientos mayas en la actualidad

En el año 1990 publiqué un pequeño libro, que en cierta medida fue el origen de éste tal como se explica en el último capítulo, titulado *Las ciudades mayas*, en el cual se hacían una puesta al día del problema y se resumían algunos conceptos que, ahora entendemos, marcaba bien un cambio entre una etapa y otra del pensamiento y del quehacer arqueológico sobre los mayas. El primer punto al que arribábamos como conclusión casi de un siglo de investigación era que los mayas era un conjunto de pueblos, lenguas y tradiciones culturales heterogéneos aunque con rasgos culturales comunes –cosa que todos sabíamos-, y que por lo tanto muestra una enorme variedad de asentamientos a lo largo del tiempo; no hay un *modelo* universal para el urbanismo maya, hay muchos y éstos deben ajustarse a la región y la época que está analizando. Incluso en una misma región había formas de usar el espacio diferenciadas en una misma época en función de factores políticos, agrícolas, geológicos, sociales, de prestigio, de herencia cultural o de simple poder. Es cada vez más clara la no existencia de un modelo general que permita interpretar todo el fenómeno de los asentamientos mayas, ni con la vieja idea de los centros ceremoniales, ni con ninguna otra que sea mecánica, rígida o que quiera englobar la heterogeneidad en la homogeneidad.

El segundo punto que se destacaba era que la ruptura final del *modelo del centro ceremonial* (Becker 1979) ha permitido un avance notable, liberando a la investigación de ataduras historiográficas. Esto puede parecer fácil en un contexto académico respecto a ideas impuestas en la década de 1940 y surgidas incluso antes; pero si vemos la bibliografía de divulgación en México, Guatemala o en el mundo entero sobre este tipo de asentamientos, veremos que la idea sigue muy vigente. A esto debe sumarse el final de la concepción tocrática del mundo prehispánico, ya que la lectura de los glifos ha mostrado que lo expresado en la mayor parte de las inscripciones y monumentos hace referencia, directa o indirecta, a personas concretas que reinaron, organizaron guerras o fueron cautivos en momentos históricos determinados. De esa manera los palacios y a no fueron templos.

Si tuviéramos que concretar en una sola idea otra de las transformaciones sufridas para el fin del siglo XX, no hay duda que es el haberse entendido que los asentamientos, en su diversidad, se insertan en estructuras regionales y, a mayor escala,

en las redes complejas de toda la civilización mesoamericana. Si bien esto siempre se lo había entendido así, durante los años en que imperó la New Archaeology hubo una tendencia marcada a reducir en lo posible los contactos y relaciones inter-culturales tratando de explicar los desarrollos desde dentro de sí mismos. Esto no terminaba de explicar muchas cosas y la presencia evidente de rasgos culturales, y de objetos concretos, de una cultura en otra, llevó a la necesidad de revisar lo que sabíamos sobre esto. Valga de ejemplo la presencia en forma de un barrio completo de artesanos de Oaxaca en plena ciudad de Teotihuacan, o los personajes, arquitectura, cerámica e ideas de esta última ciudad presentes en todo el territorio maya. Cada época y región ha creado redes interconectadas con propósitos diferentes por las cuales circulaban no sólo mercaderías, sino también tributos, ciencia, ejércitos, arte, artistas, ideas, prestigio, poder y dominio. La estructura de comercio e intercambio de bienes, suntuarios o no, operó en corta, mediana y larga distancia, e implicó la presencia constante de esos mercaderes en regiones muy alejadas de las de origen; esto significó un movimiento también cultural, de prestigio e incluso político a grandes distancias; Teotihuacan o los murales de Cacaxtla así lo probarían con los mayas.

Otro importante cambio operado es el conocimiento que la profundidad temporal del fenómeno maya es grande, remontándose la población local en algunas zonas a varios miles de años antes de la era cristiana, y el consenso actual es que estamos frente a un pueblo culturalmente “maya” hacia el 1000 aC. La presencia de arquitectura tanto para viviendas simples como otras más importantes en Cuello en el 2500 aC y una ocupación comprobada en Belice desde el 9500 aC, permiten abrir nuevas hipótesis para las épocas tempranas.

Este fenómeno, la mayor extensión en el tiempo, está asociado con la confirmación, para las ciudades, que la gran arquitectura es de origen Formativo tardío y no del Clásico Temprano; la agrupación de El Mirador y su monumentalidad ha servido para reconsiderar el fechamiento para muchos de los grandes basamentos de El Petén y las tierras bajas en general. Lo mismo para el arte y los maravillosos estudios hallados bajo la acrópolis de Copán, por dar un ejemplo solamente entre tantos, ya no permite aseverar que el Clásico es el período del “gran” desarrollo. Quizás incluso los términos mismos de Formativo y Clásico cambien algún día ya que tienen en sí mismo connotaciones que no ayudan por cierto a entender el proceso histórico de estos pueblos. Lo que pudo haber sucedido es que tenemos mucha más información sobre el Clásico porque lo anterior quedó subsumido bajo esta última etapa, disfrazando u ocultando al

primer período, cuyos logros son a veces tan impactantes como lo que lo precedió. Esto, sumado al pequeño hiatus producido al final del Formativo, muestra que hay otra cultura maya, más antigua, que surge con fuerza en el Formartivo tardío aunque tiene un fuerte tropiezo, del que va a salir finalmente airosa para entrar en el gran desarrollo del período Clásico.

El ingreso al siglo XXI permitió asumir con certeza que ya está comprobada la alta, e incluso muy alta, densidad habitacional en muchos de los centros mayas, con total independencia del volumen de arquitectura templaria o palaciega, o de la función que haya cumplido intra o extra urbana. Asimismo la construcción de esas ciudades y su arquitectura implicó un tremendo esfuerzo social, dirigido por especialistas y con un alto costo de injusticia, desigualdad y explotación del hombre por el hombre. La antropología física ha mostrado la desigualdad de la dieta en los grupos sociales (Haviland 1967). El mundo paradisíaco de sacerdotes y campesinos felices que circuló hace medio siglo sólo fue una expresión más del *American Way of Life* de la posguerra de 1945.

Las arquitecturas de cada sitio son de una gran variedad, la que se amplía a medida en que la investigación continua: además de viviendas, templos, altares y palacios, existen muelles, depósitos, talleres, puentes, caminos, fortificaciones, plataformas para secar sal, represas, canales, plazas, patios, baños de vapor, mercados, edificios para actividades cívico-políticas, torres, defensas, sistemas de riego, camellones de cultivo, estructuras para sostener panales de abejas y una larga variedad más.

Las obras de infraestructura urbana han empezado a ser analizadas: deposición de basura, canales, acceso al agua, plantaciones internas, circulaciones entre edificios, barrios especializados cuando los hubo. De todas formas grandes preguntas aún subsisten: los talleres de piedra en el norte de Belice, como Nohmul y Colhá están permitiendo aclarar el tema de los basurales, los estudios apenas iniciados pero ya presentes en muchas excavaciones sobre el uso de la basura y escombros para rellenos de pirámides se hace cada día más evidente, al igual que la nivelación de los terrenos – tierra y piedra incluida- que a la vez también servían para las obras construidas. Pero estos trabajos hoy están dando sorpresas interesantes: los estudios de la microlítica en Copán –valgo de ejemplo- muestran que en un centro de tan alto rango y en los palacios más distinguidos del sitio, la talla de la obsidiana era una tarea interna y posiblemente hecha a medio tiempo por los mismos ocupantes, y no un trabajo de artesanos

especializados como tanto se creyó (Aoyama 1999). Y además se logró obtener información sobre el uso de estos artefactos en carpintería y tratamiento de cueros en especial entre los sitios de bajo nivel residencial. Esto, además de hablar de variabilidad social, nos acerca la mirada hacia lo que realmente significó el rango social entre los mayas, al menos en ese sitio tan destacado.

La arquitectura en general, no sólo la llamada ceremonial o religiosa, tuvo una función que iba más allá de su misma función: sirvió para legitimar el poder de los grupos dirigentes y la iconografía y las inscripciones que la decoran así lo muestra; valgan para ellos los ejemplos de Bonampak, Yashchilán, Piedras Negras, Tikal, Toniná y Palenque en los cuales la lectura de los glifos ha avanzado rápidamente en este sentido. Esto ha permitido entender fenómenos tan peculiares como las alianzas o las guerras entre ciudades, no sólo porque ha explicado la presencia de sitios amurallados y defendidos, aunque tampoco es posible olvidar la gran muralla que rodea en parte a Tikal y a Chichen Itza, sino también las relaciones, influencias o incluso rechazo a estilos de arte o de arquitectura.

Y para seguir con la arquitectura el análisis iniciado en Tikal por William Havilland sobre unidades habitacionales de alto y medio rango social y su funcionamiento, han resultado ser una asidua línea de investigación. En sitios como Quiriguá, Copán o Sayil, por citar algunos muy conocidos, estos estudios permiten ahora otorgarles nivel social a sus ocupantes y entender de qué manera se usó cada parte de estas estructuras tan complejas a primera vista; es así que las estructuras internas a los asentamientos se han ido clarificando y cobran sentido. Imaginar que se ha logrado esto, es decir de pasar de imaginar centros ceremoniales vacíos, como lo hacía Gordon Willey aún en la década de 1960, a definir la ocupación y uso de cada construcción en cada unidad habitacional, es un paso formidable. Obviamente aun hay mucho por discutir, pero el avance es notable al ser observado históricamente.

Otro cambio en la lectura de la estructura interna de las ciudades y de los asentamientos en general es que las plazas no han sido sólo sitios de grandes reuniones ceremoniales; el estudio iniciado pero aún no extendido de la liberación de grandes superficies de pisos mostraría usos diversificados. Lo poco hecho en Cerros y en Tikal, indica la existencia de lo que puede interpretarse como un gran mercado al aire libre con tiendas de materiales perecederos.

El uso del espacio a nivel territorial ha cambiado ya en forma definitiva y es aceptado que pueda ser leído de muchas maneras: en función de la difusión de los glifos

emblemas, o de la iconografía arquitectónica (como hizo tantas veces Paul Gendrop), por la cerámica (el método más habitual en el siglo XX) e incluso con la reinterpretación del papel de los *sacbé*s –para el caso del Yucatán tardío–, tradicionalmente entendidos como caminos, que está mostrando mucho más: quizás límites de territorios, quizás símbolos de dominación de linajes dinásticos, muestra de poder, interrelación entre grupos diversos. Incluso creo que me tienta más la idea de una expresión física del territorio bajo el control de un linaje dinástico y de su expansión. Los estudios hechos en Cobá mostraron su poca funcionalidad como circulación y la necesidad de redefinirlos; ya han habido avances al respecto.

En cada asentamiento hay procesos de continuidad y cambio por motivos internos o externos, que pueden darse con independencia de otros sitios cercanos o lejanos. Así, sitios cercanos y contemporáneos pueden tener grandes monumentos mientras otros no; presentar ejemplos de arquitecturas o decoraciones de otros sitios durante cortos períodos –las fachadas zoomorfas por ejemplo–, usar artistas provenientes de otras ciudades y modificar abruptamente sus tradiciones plásticas, o establecer estrechas simbiosis esculturales como Quiriguá y Copán durante el corto tiempo en que sus linajes dirigentes estuvieron unidos por matrimonios políticos o mientras estuvieron en guerra al parecer en el año 737 dC. Dentro de la generalidad regional, cada caso implica análisis específicos.

Respecto al territorio y los asentamientos dispersos en él han avanzado notablemente los estudios sobre la ecología tanto actual como prehispánica, lo que permite hacer suposiciones posiblemente bastante certeras sobre el pasado. Valga un ejemplo: los estudios de la región de El Cajón en Honduras de la década de 1980 permitieron que para el final de esos años se arribara a una serie de conclusiones sobre la relación entre la ubicación de los sitios y las características productivas, geológicas y geográficas (Hirth, Lara Pinto y Hasemann 1989). Lo aprendido es que el estudio de la capacidad de producción y las características del lugar permiten predecir con cierta razonabilidad la ubicación de los asentamientos, aunque no con certeza ya que ocurren otros factores no determinables (sociales, culturales, políticos y de otros órdenes); en este sentido la zona de El Cajón mostraría una postura diferente a lo sucedido en Oaxaca en donde los sitios responden, al parecer, a otras lógicas territoriales. Esto, como conclusión, no es poca cosa, ya que tras treinta años de interés en la ecología cultural, al menos desde que William Sanders la difundió metódicamente, los resultados a gran escala están a la vista.

Agradecimientos

Este trabajo, en una versión reducida formó parte del volumen de introducción a la *Cartografía arqueológica de Mesoamérica*, obra auspiciada por la Graham Foundation de Chicago y que compiló en varios volúmenes los planos de los sitios arqueológicos con arquitectura de varias regiones y culturas en Mesoamérica hasta 1984; ese material se encuentra en calidad de donación en la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies (FAMSI). Esa introducción fue luego publicada en una edición de corto tiraje bajo el nombre *de Ciudades Mayas: historia de las teorías sobre su estructura urbana*, Editorial Rescate, Buenos Aires, 1990. Pero dadas las características de esa edición el libro no tuvo circulación real. Agradezco de manera especial a Jorge Tomasi quien se tomó la molestia de reescribir el texto original de los primeros capítulos, hechos en la era pre-computadora, a la versión necesaria para actualizarla

Bibliografía

Adams, R.E.W.

1964 Seibal, Petén: una secuencia cerámica preliminar y un nuevo mapa, *Antropología e Historia*, vol. 16, nos. 1-2, pp. 3-12, Guatemala.
s/f. *Report on an archaeological reconnaissance in the central highlands of Chiapas, México*, manuscrito.

Agrimier, Pierre

1983 Tenam-Rosario: una posible relocalización del Clásico Maya terminal desde el Usumacinta, *Antropología e Historia de los Mixe-Zoque y Mayas*, pp. 241-254, UNAM, México.

Argucia Fasquelle, Ricardo

1980 Asentamientos del Clásico tardío en el Valle de Comayagua, *Yaxkin* vol. III, N° 4, pp. 249-264, Tegucigalpa.

Alcina Franch, José

1995 *Arqueólogos o anticuarios, historia antigua de la arqueología en la América española*, Ediciones del Serbal, Barcelona.

Andrews, Anthony

1977 Reconocimiento arqueológico de la costa norte del estado de Campeche, *Boletín Eucady*, vol. 4, N° 24, pp. 64-77, Mérida.

1978 Puertos costeros del postclásico temprano en el norte del Yucatán, *Estudios de cultura maya*, vol. XI, pp. 75-93, México.

1983 Reconocimiento arqueológico de Tulum a Punta Allen, Quintana Roo, *Boletín Eucady*, N° 61, pp. 15-31, Mérida.

Andrews, Edward Wyllis

1943 *The archaeology of Southwestern Campeche*, Carnegie Institution, Contribution N° 40, Washington.

1960 Excavations at Dzibilchaltun, Northwestem Yucatan, Mexico, *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 104, N° 3, Philadelphia.

1961 *Preliminary report on the 1959-60 field season*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1962 Excavaciones en Dzibilchaltún, Yucatán, 1956-1962, *Estudios de cultura maya*, vol. II, pp. 149-183, México.

1965 *Progress report on the 1960-4 field seasons*, National Geographic Society, Tulane University Dzibilchaltun Program, publ. 31, pp. 23-67, New Orleans.

Andrews V, Edward W

1976 *The archaeology of Quelepa, El Salvador*, Middle America Research Institute, New Orleans.

1981 Dzibilchaltun, *Supplement of the Handbook of Middle American Indians*, vol. I, pp. 313-341, University of Texas Press, Austin.

Andrews, E.W. y Anthony Andrews

1975 *A preliminary study of the ruins of Xcaret, Quintana Roo, Mexico, with notes on other archaeological remains on the East coast of Yucatán Peninsula*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1980 *Excavations at Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico*, Middle American Research Institute, New Orleans.

Andrews, E. W., W. Ringle, P. Bames, A. Barrera, T. Gallareta
1984 Komchen: an early Maya community in Northwest Yucatan, *XVII Mesa Redonda*, vol I, pp. 73-92 Sociedad Mexicana de Antropología, México.

Andrews, George F.
1975 *Maya Cities: Placemaking and Urbanization*, University of Oklahoma Press, Norman.

Arnaud, Marie Ch.
1981 Hábitat y sociedad en Alta Verapaz occidental: estudio arqueológico y etnohistórico, *Anales de la Academia de Geografía e Historia*, vol. LV, pp. 51-68, Guatemala.

Ashmore, Wendy (editora)
1981 *Lowland maya settlement patterns*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Ashmore, Wendy y Robert Sharer
1978 Excavations at Quirigua, Guatemala: the ascent of an elite Maya center, *Archaeology*, vol. 31, N° 6, pp. 10-19.

Aveni, Anthony (editor)
1975 *Archaeoastronomy in Precolumbian America*, University of Texas Press, Austin.
1977 *Native American Astronomy*, University of Texas Press, Austin.

Ball, Joseph
1977 The rise of the Northern Maya chiefdoms: a socio processual analysis, *The origins of Maya civilization*, pp. 101-132, University of New Mexico Press, Austin.

Ball, Joseph y Andrews, Edward W.
1978 *Preclassic architecture at Becan, Campeche, México*, Middle American Research Institute, New Orleans.

Baradere, Henri (editor)
1833/4 *Antiquités Méxicaines*, 2 vols., Paris.

Barrera Rubio, Alfredo
1977 Exploraciones arqueológicas en Tulum, Quintana Roo, *Boletín Eucady* vol. 4, N° 24, pp. 23-63, Mérida.
1978 *Settlement patterns in the Uxmal area, Yucatán, México*, artículo presentado en la 43 Reunión Anual de la Society for American Archaeology, Tucson.

Baudez, Claude y Becquelin, Pierre
1973 *Archeologie de Los Naranjos, Honduras*, Misión Archeologique et Ethnographique au Mexique, México.

Becker, Marshall
1971 *The identifications of a Second Plaza plan at Tikal, Guatemala and its implications for ancient Maya Social Complexity*, Tesis Doctoral, University of Pennsylvania, Ann Arbor.
1979 Priests, peasants and ceremonial centers: the intellectual history of a model, *Maya Archaeology and Ethnohistory*, pp. 3-20, University of Texas Press, Austin.

Becquelin, Pierre y Baudez, Claude
1982 *Toniná, une cité Maya de Chiapas*, vol. III, Misión Archeologique et Ethnologique Francaise, México.

- Benavides, Antonio
 1981 *Los caminos de Coba y sus implicaciones sociales*, INAH, México.
 1981 La distribución del asentamiento prehispánico de Cobá, Quintana Roo: observaciones generales, *Memoria del Congreso Interno*, pp. 83-98, INAH, México.
 1981 Cobá, Tulum: adaptación al medio ambiente y control del medio social, *Estudios de cultura maya*, vol. 13, pp. 205-222, México.
- Berlin, Enrique
 1946 Archaeological excavations in Chiapas, *American Antiquity*, vol. 12, N° 1, pp. 19-28
 1953 Archaeological reconnaissance in Tabasco, *Current Reports*, vol. 1, N° 7, pp. 102-135, Carnegie Institution, Washington.
- Bernal, Ignacio
 1962 *Bibliografía de Arqueología y Etnografía*, Memorias del INAH, México.
 1979 *Historia de la Arqueología en México*, Editorial Porrúa, México.
- Blom, Frans
 1930 Index of Maya ruins, *American Anthropologist*, vol XXXII, pp. 572-574.
- Blom, Frans y Oliver La Farge
 1926/7 *Tribe and temples: a record of the expedition to Middle America conducted by...*, Tulane University, 2 vols., New Orleans.
- Borhegyi, Stephen de
 1956 Settlement patterns in Guatemala Highlands, past and present, *Prehistoric settlement patterns in the New World*, pp. 101-106, Viking Fund, New York.
 1965 Archaeological síntesis of the Guatemala Highlands, *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, pp. 3-58, Austin.
- Brainerd, George
 1958 *The archaeological ceramics of Yucatan*, University of California, Anthropological Records 19, Berkeley.
- Brown, Kenneth
 1980 A brief report on paleoindian archaic occupation in the Quiche Basin, Guatemala, *American Antiquity*, vol. 45, N°2, pp. 313-324.
 1982 Prehistoric demography within the central Quiche area, Guatemala, *The historical demography of Highland Guatemala*, pp. 35-47, Institute for Mesoamerican Studies, New York.
- Bryant, D. y J. Clark
 1983 Los primeros mayas precolombinos de la cuenca superior del río Grijalva, *Antropología e Historia de los Mixe-Zoque y Mayas*, pp. 223-239, UNAM, México.
- Bullard, William
 1954 Boundary walls and house lots at Mayapan, *Current Reports* N° 13, Carnegie Institution, Washington.
 1960 The Maya settlement pattern in Northeastern Peten, Guatemala, *American Antiquity*, vol. 25, N° 3, pp. 355-372.
 1965 Ruinas ceremoniales mayas en el curso inferior del río Lacantún, *Estudios de cultura maya*, vol. V, pp. 41-51, México.
 1970 Topoxte: a postclassic Maya site in Peten, Guatemala, *Monographs and Papers in Maya Archaeology*, pp. 245-308, Harvard University, Cambridge.

- Busby, Colin y Mark Johnson
1978 The Abaj Takalik site map, *Contribution of the UCARF* N° 36, Berkeley,
- Busch, Alfred (editor)
1982 *The archaeological map of Palenque*, plano.
- Carmack, Robert
1973 *Quichean civilization*, University of California Press, Berkeley.
1981 *The Quiches Mayas of Utatlan*, University of Oklahoma Press, Norman.
- Carmack, Robert; R. Fox y R. Stewart
1975 *La formación del reino Quiché*, Instituto de Antropología e Historia, Guatemala.
- Carr, R.F. y J. E. Hazard
1961 Map of the ruins of Tikal, El Peten, Guatemala, *Tikal Reports* N° 11, pp. 1-26, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- Cassier, Jacques y Ichon, Alain
1981 The archaeology and ethnology of Utatlan: a conjunctive approach, *American Antiquity*, vol. 46, pp. 323-341.
- Castañeda Paganini, Ricardo
1946 *Las ruinas de Palenque*, Edición del autor, Guatemala.
- Charnay, Désiré
1863 *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itzá, Uxmal*, 2 vols. Paris.
1888 *The ancient cities of the New World, being voyages and explorations in Mexico and Central America from 1857 to 1888*, New York.
- Chase, Arlen
1985 Postclassic Peten interaction spheres: the view from Tayasal, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 184-205, University of Texas Press, Austin.
- Chase, Diane
1985 Gauned but not forgotten: late postclassic archaeology and ritual of Santa Rita Corozal, Belize, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 104-125, University of Texas Press, Austin.
1990 The invisible maya, population history and archaeology at Santa Rita Corozal, *Pre Columbian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Christie, Jessica J.
2003 *Maya palaces and elite residences: an interdisciplinary approach*, University of Texas, Austin.
- Clark, John y Thomas Lee
1984 Formative obsidian exchange and the emergence of public economics in Chiapas, Mexico, *Trade and Exchange in Early Mesoamerica*, University of New Mexico, Albuquerque.
- Clavijero, Francisco Javier
1945 *Historia antigua de México*, 4 vol., Editorial Porrúa, México.
- Coe, Michael
1961 *La Victoria: an early site on the Pacific coast of Guatemala*, Papers of the Peabody Museum, vol. 53, Cambridge.

1965 Archaeological synthesis of Southern Veracruz and Tabasco, *Handbook of Middle American Indians*, vol. III, N°2, Austin.

Coe, William

1965 Tikal: ten years of study of a Maya ruin in the Lowlands of Guatemala, *Expedition*, vol. 8, N° 1, pp. 5-56, Philadelphia.

1967 *Tikal, a handbook of the Ancient Maya Ruins*, University Museum, Philadelphia.

1975 *Tikal: guía de las antiguas ruinas mayas*, The University Museum y Asociación Tikal, Guatemala.

Culbert, T. Patrick y Don Rice (editores)

1990 *Precolumbian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Culbert, T. Patrick; L. J. Kosakowsky, R. Fry y W. Haviland

1990 The population of Tikal, Guatemala, *Precolumbian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

De Bloois, Evan

1970 *Archaeological researches in Northern Campeche*, Department of Sociology and Anthropology, Weber State College, Ogden, Ms.

Demarest, Arthur

1984 Introducción al Proyecto El Mirador de la Harvard University (1982-1983), *Mesoamérica* N°7, pp. 1-13, Antigua.

Fauvet, Marie-France

1981 El Talpetate: site strategique du Gran Cauinal, *Cahiers de la RCP-5000*, N° 3, pp. 103-141, París.

Ferdon, Edwin

1953 *Tonala, México: an archaeological survey*, School for American Research, Monographs XVI.

Fletcher, Laraine y James Gann

1995 Calakmul, Campeche: patrón de asentamientos y demografía, *Seis ensayos sobre antiguos patrones de asentamientos en el área maya*, pp. 53-67, UNAM, México.

Folan, William; E. R. Kintz y L. Fletcher

1983 *Coba, a classic maya metropolis*, Academic Press, New York.

Forsyth, Donald

1980 Report on some ceramics from the Peten, Guatemala, *El Mirador, Peten, Guatemala, an interim report*, New World Archaeological Foundation, pp. 59-82, Provo.

1982 Archaeological investigations at Xcalumkin, Campeche, Mexico, *Cerámica de cultura maya*, vol. 12.

Fox, John

1978 *Quiche conquest: centralism and regionalism in Highland Guatemala state formation*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1981 The late Postclassic Eastern frontier of Mesoamerica: cultural innovation among the periphery, *Current Anthropology*, vol.22, N°4, pp. 321-346, Chicago.

1982 Patterns of demographic change in the late postclassic borderland of Highland Guatemala, *The Historical Demography on Highland Guatemala*, pp. 49-64, Institute for Mesoamerican Studies, Albany.

- Freidel, David
1978 Maritime adaptation and the rise of the Maya civilisation: the view from Cerros, Belize, *Prehistoric Coastal Adaptations*, pp. 239-273, Academic Press, New York.
- Freidel, David y Jeremy Sabloff
1983 *Cozumel: late Maya settlement patterns*, Academic Press, New York.
- Freidel, David y Vincent Scarborough
1982 Subsistence, trade and development of the coastal Maya, *Maya subsistence: studies in the memory of Dennis Puleston*, pp. 131-151, Academic Press, New York.
- Fuentes y Guzmán, F. A.
1932-3 *Recordación Florida*, 3 vols, Biblioteca Goathemala, vols. 6-8, Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala.
- Galindo, Juan
1836 The ruins of Copan in Central America, *Transactions of the American Antiquarian Society*, vol. II.
- Gamio, Manuel (editor)
1922 *La población del Valle de Teotihuacan*, 3 vols., Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México.
- Gann, Thomas
1894/5 On explorations of two mounds in British Honduras, *Proceedings of the Society of antiquarians*, vol. 15, pp. 430-434, London.
1900 Mounds in Northern Honduras, *Bureau of American Ethnology, Report 1897/8, Part 2*, Washington.
- Gann, Thomas y Mary
1939 *Archaeological investigations in the Corozal District*, British Honduras, Bulletin 123, Smithsonian Institution, pp. 1-66, Washington.
- Gann, Thomas y J. Eric S. Thompson
1931 *History of the Maya: from the earliest times to the present day*, New York.
- Garduño, Jaime
1979 *Introducción al patrón de asentamiento del sitio de Coba, Quintana Roo*, Tesis Profesional, ENAH, México.
- García Moll, Roberto
1975 Primera temporada arqueológica en Yaxchilan, Chiapas, *Boletín del INAH*, N°12, pp. 3-12, México.
- Garza, Silvia y Edward Kurjak
1978 El proyecto de Atlas Arqueológico de Yucatán, *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, vol. II, pp. 163-173, Guanajuato.
1980 *Atlas Arqueológico del Estado de Yucatán*, 2 vols., INAH, México.
- Geen, Dee y Gareth Lowe
1967 *Altamira y Padre Piedra, early preclassic sites in Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation N°20, Provo.
- Gendrop, Paul
1983 *Los estilos Río Bec, Chenes y Puuc en la arquitectura maya*, UNAM, México.

Gendrop, Paul y Doris Heyden

1975 *Arquitectura Mesoamericana*, Aguilar, Madrid

Gerbi, Antonello

1978 *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fondo de Cultura Económica, México.

González Licón, Ernesto

1984 El uso de los cenotes en la época prehispánica: Xtimcul, Yucatán, un ejemplo, *XVII Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, vol. I, pp. 105-115, México.

Gordon, George B.

1896 *Prehistoric ruins of Copan, Honduras*, Memoirs of the Peabody Museum, vol. I, N° 1, Cambridge.

1898 *Researches in the Uluu Valley, Honduras*, Memoirs of the Peabody Museum, vol. I, N° 4, Cambridge.

Graham, Elizabeth

1985 Facets of terminal to postclassic activity in the Stam Creek district, Belize, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 215-229, Austin.

Graham, Ian

1967 *Archaeological explorations in El Peten, Guatemala*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1970 The ruins of La Florida, Peten, Guatemala, *Monographs and papers on maya archaeology*, Peabody Museum, Cambridge.

1975 *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions*, vol. 1, Introduction, Peabody Museum, Harvard University, Cambridge.

Graham, J. A., R. F. Heizer y E. Shook

1978 Abaj Takalik 1976: exploratory investigations, *Contributions of the University of California Archaeological Research Facilities* N° 36, Berkeley.

Grunning E.L.

1930 Report on the British Museum expedition to British Honduras 1930, *Journal of the Royal Anthropological Institution*, vol. 60, pp. 477-482, London.

Guthe, Carl

1930 Report on the excavations at Tayasal, *Yearbook* N° 21, pp. 318-319, Carnegie Institution, Washington.

Hammond, Norman

1973 *British Museum-Cambridge University Corozal Project, Interim Report*, Centre for Latin American Studies, Cambridge.

1974 The distribution of late classic major ceremonial center in the central areas, *Mesoamerican Archaeology: new approaches*, University of Texas Press, Austin.

1975 *Lubaantun, a classic Maya realm*, Peabody Museum Monographs 2, Cambridge.

1977 The earliest Maya, *Scientific American* vol. 263, N° 3, pp. 116-132.

1977 Ex oriente Lux: a view from Belize, *The origins of maya civilisation*, pp. 157-186, University of New Mexico Press, Austin.

1978 The myth of the milpa: agricultural expansion in the mayas lowlands, *Prehispanic maya agriculture* pp. 23-34, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1981 Settlement patterns in Belize, *Lowland Maya Settlement Patterns*, pp. 157-186, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1982 *Ancient Maya Civilisation*, Rutgers University, New Brunswick.

Hammond, N., D. Pring, R. Wilk, S. Donaghey, F. Saul, E. Wing, A. Miller y L. Feldman.
1979 The earliest lowland Maya: definition of the Swasey phase, *American Antiquity*, vol. 44,
Nº 1, pp. 92-110.

Hardoy, Jorge Enrique

1964 *Ciudades precolombinas*, Ediciones Infinito, Buenos Aires.

1968 *Urban planning in Precolumbian America*, Brazillier, New York.

1975 *Precolumbian cities*, Walker and Co., New York.

Harrison, Peter

1972 Precolumbian settlement distribution and external relationship in Southern Quintana Roo: architecture, *XL Congresso Internazionale degli Americanisti*, pp. 371-386, Roma.

1974 Archaeology in Southwestern Quintana Roo, Interim Report, trabajo presentado al XLI Congreso Internacional de Americanistas, Mexico.

1977 The rise of the bajos and the fall of the Maya, *Social Process in Maya Prehistory*, Academic Press, New York.

1978 The Lobil postclassic phase in the Southern interior of the Yucatan Peninsula, *Maya Archaeology and Ethnohistory*, University of Texas Press, Austin.

1981 Some aspects of preconquest settlement in Southeastern Quintana Roo, *Lowland Maya Settlement Patterns*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1983 The Pulltrouser settlement survey and mapping of Kokeal, *Pulltrouser Swamp*, pp. 140-157, University of Texas Press, Austin.

Harrison, Peter y B.L. Turner (editores)

1978 *Prehispanic maya agriculture*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Hartung, Horst

1971 *Die Zeremonialzentren der Maya*, Akademische Druck-u, Verlagsanstalt.

Haseman, G., B. Dixon y J. Yonk

1982 El rescate arqueológico en la zona de embalse de El Cajón: reconocimiento general y regional, 1980-1981, *Yaxkin*, vol. V, Nos. ½, pp. 22-36, Tegucigalpa.

Havilland, William

1965 Prehistoric settlements at Tikal, Guatemala, *Expedition*, vol. 7, Nº3, pp. 15-23, Philadelphia.

1966 *Maya settlement patterns, a critical review*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1967 Stature at Tikal, Guatemala: implications for ancient demography and social organization, *American Antiquity* vol. 32, pp. 316-325.

1969 A new population estimate for Tikal, Guatemala, *American Antiquity*, vol. 34, pp. 429-433.

1970 Tikal, Guatemala, and Mesoamerican Urbanism, *World Archaeology*, vol. 2, Nº2, pp. 186-198, Londres.

1972 Family size, prehistoric population and the ancient Maya, *American Antiquity*, vol. 37, pp. 186-198, Londres.

Hayden, Brian y Aubrey Cannon

1984 *The structure of material systems: ethnoarchaeology in the Maya highlands*, Society of American Archaeology Papers no. 3, Washington.

Hirth, Kenneth; Gloria Lara Pinto y George Hasemann
1989 *Archaeological research in the El Cajon region, vol. 1: prehistoric cultural ecology*, Department of Anthropology, University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology no. 1, Pittsburgh.

Hellmuth, Nicholas

1970 *The FLAAR Yaxha Project Report on the first season*, Guatemala, manuscrito.
1971 *Yaxha Project preliminary report on the second season*, FLAAR manuscrito, Guatemala.
1974 *Mapa de las islas de Topoxté y Yaxhá*, Información inédita en el FLAAR, Guatemala.

Henderson, John y Ricardo Agurcia

1982 El proyecto arqueológico Sula: metas, estrategias y resultados preliminares, *Yaxkin*, vol. V, Nos. 1-2, pp. 82/88, Tegucigalpa.

Hester, Thomas

1981 A preliminary report of the field season at Colha, Belice, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. XXVII, N° 2, pp. 183-192, México.

Hewett, Edgar

1912 The excavations at Quirguá en 1912, *Bulletin of the Archaeological Institute of America*, vol. 3, pp. 163-171.
1936 *Ancient life in Mexico and Central America*, Bobbs-Merrill Co, Indianapolis.

Hirth, Kenneth (editor)

1984 *Proyecto de investigación y salvamento arqueológico El Cajón*, INAH, Tegucigalpa.

Hirth, Kenneth; Gloria Lara Pinto y George Hasemann

1989 *Archaeological research in the El Cajon region, vol. 1: prehistoric cultural ecology*, Department of Anthropology, University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology no. 1, Pittsburgh.

Hohmann, Hasso y Annegrete Vogrin

1981 *Die architecture von Copan*, Akademische Druck-U, 2 vols., Graz.

Holmes, William

1895/7 *Archaeological studies among the ancient cities of Mexico*, Field Columbian Museum, 2 vols., Chicago.

Humboldt, Alexander von

1810 *Vues des cordilleras et monuments des peuples indigenes de l'Amerique*, Paris.

Ichon, P. P. Uselmann, N. Percheron, M. Bertrand, A. Breton y D. Douzant.

1979 Rabinal et le valle moyenne du rio Chixoy, *Cahiers de la RCP-500*, vol. 1, Paris.
1981 *Rescate arqueológico en la cuenca del río Chixoy: 2, Cauinal*, CNRS-RCP 500, Guatemala.

Johnson, Jay

1985 Postclassic maya structure at Topoxte, El Peten, Guatemala, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 151-165, University of Texas Press, Austin.

Jones, Grant y Prudence Rice

1981 The location of Tayasal: a reconsideration in light of Peten Maya ethnohistory and archaeology, *American Antiquity*, vol. 46, N°3, pp. 530-547.

Jones, Morris

1950 Survey and base map of Mayapan, Yucatan, Mexico, *Yearbook*, vol. XLIX, pp. 194-197, Carnegie Institution, Washington.

1951 Survey and base map of Mayapan, Yucatan, Mexico, *Yearbook*, vol. L, pp. 229-230, Carnegie Institution, Washington.

1952 Map of the ruins of Mayapan, Yucatan, Mexico, *Current Reports* N° 1, pp. 2-6, Carnegie Institution, Washington.

Joyce, Thomas

1926 Report on the investigations at Lubaantun, British Honduras in 1926, *Royal Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 56, pp. 207-230, London.

1928 Report of the British Museum expedition to British Honduras (1928), *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 58, pp. 323-350, London.

1929 Report on the British Museum expedition to British Honduras, 1929, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 57, pp. 295-323, London.

Kidder, Alfred

1973 Notes on the ruins of San Agustín Acasaguastlan, Guatemala, *Contributions to American Archaeology*, N° 15, pp. 107-120, Carnegie Institution, Washington.

Kilmartin, John O.

1924 Report on the surveyed base map at Chichen Itza, Mexico, *Carnegie Institution Year Book* N° 23, pp. 213-217, Washington.

1929 Report on information, *Carnegie Institution Year Book* N° 28, pp. 312-316, Washington.

Kurjak, E.B. y E.W. Andrews V.

1976 Early boundary maintenance in Northwest Yucatan, Mexico, *American Antiquity*, vol. 41, pp. 318-325.

Lee, Thomas

1969 The artifacts of Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico, *Papers of The New World Archaeological Foundation*, N° 26, Provo.

1984 El asentamiento humano precolombino del Valle de Hueyzacatlán, *San Cristóbal las Casas y sus alrededores*, vol. II, pp. 153-159, Tuxtla.

Leventhal, Richard

1981 Settlement patterns in the Southeast Maya area, *Lowland Maya Settlement Patterns*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Lewis, Oscar

1951 *Life in a Mexican village: Tepoztlán*, University of Illinois Press, Urbana.

Liendo Stuardo, Rodrigo

2002 *La organización de la producción agrícola en un centro maya clásico, patrón de asentamiento en la región de Palenque, Chiapas, México*, Serie Arqueología de México, INAH-University of Pittsburgh.

Lincoln, Charles

1979 Izamal, Yucatán, México: un reconocimiento breve, descripción preliminar y discusión, *Boletín Eucady*, N° 80, pp. 112-134, Mérida.

Lizardi Ramos, César

1939 Exploraciones arqueológicas en Quintana Roo, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. III, pp. 46-53, México.

- Longyear, John
1944 *Archaeological investigations in El Salvador*, Memoirs of the Peabody Museum, vol. IX, N° 2, Cambridge.
- Loten Stanley
1985 Lamanai Postclassic, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 85-90, University of Texas Press, Austin.
- Lothrop Samuel
1924 *Tulum: a study of the East coast of Yucatan*, Carnegie Institution, Washington.
1933 *Atilán: an archaeological study of ancient remains on the borders of lake Atilán, Guatemala*, Carnegie Institution, Washington.
- Lowe, Gareth
1959 *Archaeological exploration of the upper Grijalva river, Chiapas, Mexico*, New World Archaeological Foundation, Orinda.
1975 *The early preclassic Barra phase of Altamira, Chiapas*, New World Archaeological Foundation, Provo.
1977 The Mixe-Zoque as competing neighbours of the early classic Maya art, *The Origins of Maya Civilization*, pp. 197-248, University of Texas Press, Austin.
- Lowe, Gareth y J. Alden Mason
1965 Archaeological survey of the Chiapas coast, highlands and upper Grijalva basin, *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, pp. 195-236, University of Texas Press, Austin.
- Mac Neish, R., J. Wilkerson y A. Nelken-Terner
1980 *First annual report of the Belize archaic archaeological reconnaissance*, Peabody Foundation for Archaeology, Andover.
- McBryde, Felix Webster
1947 *Cultural and historical geography of southwest Guatemala*, Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology publ. No. 4, Washington.
- Maler, Teobert
1901/3 *Researches in centrl portion of the Usumacinta Valley*, Memoirs of the Peabody Museum II, 1/2, Cambridge.
1908 *Explorations in the Department of Peten, Guatemala and adjacent region: Topoxte, Yaxha, Benque Viejo, Naranjo*, Peabody Museum Memoirs IV-2, pp. 50-127, Cambridge.
- Manzanilla, Linda y Luis Barba
1990 The study of activities in classic households, *Ancient Mesoamerica* vol. 1, pp. 41-49.
- Marcus, Joyce
1976 *Emblem and state in the classic Maya lowlands*, Dumbarton Oaks, Washington.
- Mariscal, Federico
1928 *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas, Yucatán y Campeche*, Secretaría de Educación Pública, México.
- Marquina, Ignacio
1928 *Estudio arquitectónico de los monumentos arqueológicos de México*, SEP, México.
1939 *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Publicación 41, México.
1951 *Arquitectura prehispánica*, Memorias N° 1, INAH, México.

- Matheny, Ray (editor)
1980 *El Mirador, Peten, Guatemala, an interim report*, New World Archaeological Foundation, Provo.
- Matheny, R. T. y D. L. Berger
1971 Investigations in Campeche, México, *Cerámica de cultura maya*, N° 7, pp. 1-15, Temple University, Department of Anthropology, Philadelphia.
- Matheny, R. y Deanne Gurr
1980 Preliminary field report, El Mirador, 1979 season, *El Mirador, El Peten, Guatemala, an interim report*, pp. 1-24, New World Archaeological Foundation, Provo.
- Maudslay, Alfred P.
1886 Explorations of the ruins of the site of Copan, Central America, *Proceedings of the Royal Geographical Society* VIII, pp. 568-595, London.
1889/02 *Biología Centrali-Americana: Archaeology*, 4 vols. London.
1899 *A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America*, London.
- Matos, Eduardo
1997 *Las piedras negadas, de la Coatlicue al Templo Mayor*, Conaculta, México.
- Merwin, R.E y G. Vaillant
1932 *The ruins of Holmul, Guatemala*, Peabody Museum Memoirs, vol. 3, N° 2, Cambridge.
- Michels, J.W. y W.T. Sanders
1973 *The Pennsylvania State University Kaminaljuyu Project: 1969-1970 Seasons*, Occasional Papers in Anthropology N° 9, Pennsylvania State University Press, University Park.
- Middle American Research Institute
1940 *Archaeological sites in the Maya area*, Middle American Research Institute, 6 mapas, Tulane University, New Orleans.
- Miles, Susan W.
1957 Maya settlement patterns: a problem for archaeology and ethnology, *Southern Journal of Anthropology*, vol. 13, pp. 239-248, Albuquerque.
- Miller, Arthur
1985 The postclassic sequence of Tancah and Tulum, Quintana Roo, Mexico, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 31-49, University of Texas Press, Austin.
- Millet, Luis
1981 Los canales de la costa de Campeche y su relación con la industria de palo de tinte, Ponencia presentada en la XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, San Cristóbal las Casas.
- Millon, Rene
1973 *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, vol. I, The Teotihuacan Map, University of Texas Press, Austin.
- Montmollin, Oliver de
1984 Patrón de asentamiento y de comunidad en el sitio El Rosario, Chiapas, México, *XVII Mesa Redonda*, vol. I, pp. 415-422, Sociedad Mexicana de Antropología, México.

Moore, William

1965 Excavation at structure 601-606, *Progress Report on the 1960-4 field seasons*, NGS-Tulane University Dzibilchaltún Program, pp. 29-32, New Orleans.

Moreno de los Arcos, Roberto

1975 La ciencia de la Ilustración mexicana, *Anuario de estudios americanos*, tomo XXXII, pp. 25-41, México.

1981 La Historia Antigua de México de Antonio de Leon y Gama, *Estudios de Historia Novohispana* vol. II, 50-78, México.

Morgan, L. Henry

1880 A study of the houses of the American aborigenes, *Archaeological Institute of North America Annual Report* N°1, pp. 29-80.

Morley, Sylvanus

1920 *The inscriptions at Copan*, Carnegie Institution of Washington, Publ. 219, Washington.

1937/8 *The Inscriptions of Peten*, Carnegie Institution of Washington, Publ. 437, 5 vols., Washington.

1946 *The ancient Mayas*, Stanford University Press, Stanford.

1947 *Los antiguos mayas*, Fondo de Cultura Económica, México.

Muller, Florencia

1959 *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Quintana Roo*, INAH, México.

1960 *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Campeche*, INAH, México.

Navarrete, Carlos

1959 *A brief reconnaissance in the region at Tonala, Chiapas*, New World Archaeological Foundation, Orinda.

1960 *Archaeological explorations in the region of the Frailesca, Chiapas, México*, New World Archaeological Foundation, Provo.

1966 *The Chiapanec history and culture*, New World Archaeological Foundation Papers, N° 21, Provo.

2000 *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya*, UNAM, México.

Nelson, Fred

1973 *Archaeological investigations at Dzibilnocac, Campeche, Mexico*, New World Archaeological Foundation, Provo.

Palacios, Enrique Juan

1928 *En los confines de la selva lacandona: exploraciones en el estado de Chiapas*, Secretaría de Educación Pública, México.

Palem, Angel y Eric Wolf

1972 *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, Sepsetentas, México.

Parsons, Lee

1967/9 *Bilbao, Guatemala*, Milwaukee Public Museum, 2 vols., Milwaukee Public Museum, 2 vols., Milwaukee.

Pendergast, David

1979 *Excavations at Altun Ha, Belize, 1964-1970*, vol. I, Royal Ontario Museum, Toronto.

1985 Lamanai, Belice: up to date view, *The Lowland Maya Postclassic*, pp. 91-103, University of Texas Press, Austin.

Perigny, Maurice de

1908 Yucatán inconnu, *Journal de la Société des Américanistes*, vol. V, N° 1, Paris.

1911 *Mission dans l'Amérique Centrale –les ruines de Nancum*, Nouvelles archéologiques des Missions Scientifiques et Littéraires, vol. IV, pp. 1-15, Paris.

Piña Chan, Román

1967 *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Chiapas*, INAH, México.

Pollock, Harry E.D.

1936 *Round Structures of aboriginal Middle America*, Carnegie Institution, Publ. 471, Washington.

1970 Architectural notes on some Chenes ruins, *Monographs and Papers in Maya Archaeology*, pp. 1-35, Peabody Museum, Cambridge.

1980 *The Puuc: an architectural survey of the hill country of Yucatan and Northern Campeche, Mexico*, Peabody Museum, Cambridge.

Pollock, H.E.D. y Gustav Stromsvik

1953 Chacchob, Yucatan, *Current Reports I-6*: 82-101, Carnegie Institution, Washington.

Puleston, Dennis

1974 Intersite areas in the vicinity of Tikal and Uaxactun, *Mesoamerican Archaeology, New Approaches*, University of Texas Press, Austin.

1983 *The Settlement survey of Tikal*, University Museum Monographs N° 48, University of Pennsylvania, Philadelphia.

Rands, Robert

1977 The rise of Maya civilization in the Northwest zone: isolation and integration, *The Origins of Maya Civilization*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Redfield, Robert

1941 *The folk culture of Yucatan*, University of Chicago Press, Chicago.

1944 *Yucatán: una cultura de transición*, Fondo de Cultura Económica, México.

Redfield, R. y Alfonso Villa Rojas

1935 *Chan Kom, a Maya village*, Carnegie Institution, Washington.

Rice, Donald

1974 The archaeology of British Honduras: a review and synthesis, *Occasional Papers in Mesoamerican Anthropology*, N° 6, Museum of Anthropology, Greeley.

1976 Middle preclassic settlement in the central Maya Lowland, *Journal of Field Archaeology*, vol. 3, pp. 425-445.

Rice, Donald y Prudence

1979 Introductory archaeological survey of the central Peten savanna, Guatemala, *Contributions of the UCARF*, vol. 41, pp. 231-277, Berkeley.

1980 The northeastern Peten revisited, *American Antiquity*, vol. 45, N° 3, pp. 432-454.

Rice, Donald y Dennis Puleston

1981 Ancient Maya settlement patterns in the Peten, Guatemala, *Lowland Maya Settlement Patterns*, pp. 121-156, Albuquerque.

Ricketson, O. G. y Franz Blom

1924 *Index of ruins in the Maya area*, Manuscrito en el Peabody Museum, Harvard University, Cambridge.

- Ricketson, O. G. y E. B. Ricketson
1937 *Uaxactun, Guatemala, Group E-1926-1931*, Carnegie Institution, Washington.
- Ringle, William M. y Wyllis Andrews V
1990 The demography of Komchen, an early maya on in northern yucatan, *Precolombian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Romero Rivera, José Luis
1995 Un estudio del patrón de asentamiento de Comalcalco, Tabasco, *Seis estudios sobre antiguos patrones de asentamiento en el área maya*, pp. 15-26, UNAM, México.
- Roys, Lawrence y Edwin Shook
1966 *Preliminary report on the ruins of Ake, Yucatan*, Memoirs of the Society for American Archaeology N° 20, Washington.
- Ruppert K, J. E. S. Thompson y T. Proskouriakoff
1955 *Bonampak, Chiapas, Mexico*, Carnegie Institution, Publ. 602, Washington.
- Ruppert, Karl y A. Ledyard Smith
1952 Excavations in house mounds at Mayapan, *Current Reports N°4*, Carnegie Institution, Washington.
1957 House types in the environs of Mayapan and Uxmal, Kabah, Sayil, Chichen Itza and Chacchob, *Current Reports* vol. 2, N° 39, Carnegie Institution, Washington.
- Ruz Lhuiller, Alberto
1945 *Campeche en la arqueología maya*, *Acta Antropológica* vol. 1, Nos. 2/3, México.
1969 *La costa de Campeche en los tiempos prehispánicos*, INAH, México.
1981 *El pueblo maya*, Salvat-Fundación Cultural San Jerónimo, México.
- Sabloff, Jeremy y William Rathje
1975 *A study of changing pre-columbian commercial systems, The 1972-1973 Seasons at Cozumel, Mexico*, Peabody Museum, monographs N° 3, Harvard University, Cambridge.
- Sanders, Williams
1955 An archaeological reconnaissance of northern Quintana Roo, *Current Reports*, vol. II, N° 24, pp. 179-222, Carnegie Institution, pp. 155-164, Washington.
1960 *Prehistoric ceramics and settlement patterns in Quintana Roo, Mexico*, Contributions to American Anthropology and History N° 60, Carnegie Institution, pp. 155-164, Washington.
- Sanders, William y John Michels
1977 *Teotihuacan and Kaminaljuyu: a study in culture contact*, University of Pennsylvania Press, University Park.
- Sanders, William y Carson Murdy
1982 *Population and agricultural adaptation in the humid highlands of Guatemala*, pp. 23-34, Institute for Mesoamerican Studies, Albany.
- Sanders, William y Barbara Price
1968 *Mesoamerica: The evolution of a civilization*, Random House, New York.
- Satterthwaite, Linton
1943/54 *Piedras Negras Archaeology: architecture*, University Museum, Philadelphia.

Scarborough, Vernon

1981 *Settlement system in a late preclassic Maya community: Cerros, northern Belize*, Ph.D. Dissertation, University Microfilms, Ann Arbor.

1983 A preclassic Maya water system, *American Antiquity*, vol. 48, N° 4, pp. 720-744.

Schávelzon, Daniel

1979 La urbanización prehispánica, *Vivienda*, vol. I, N° 6, pp. 420-455, México.

1980 La urbanización en América Prehispánica: Análisis de la obra de Gideon Sjöberg, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, N° 24, pp. 114-147, Caracas.

1980 Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica: informe preliminar, *XVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, San Cristóbal las Casas, vol. IV, pp. 327-334, México.

1981 *Planimetría arqueológica de Teotihuacan*, Catálogo de la Exposición, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

1982 Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica, *Síposium sobre enseñanza de la geografía en México*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, pp. 141-150, México.

1982 Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica: informe preliminar, *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas*, vol. 8/9, N° 48/49, pp. 62-69, Mérida.

1990 *Las ciudades mayas: historia de las teorías sobre su espacio urbano*, Editorial Rescate, Buenos Aires.

1991 *La conservación del patrimonio cultural en América Latina: restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica*, Instituto de Arte Americano, Universidad de Buenos Aires.

2003 La Comisión Científica Francesa a México (1864-1867) y el inicio de la arqueología en América, *Pacarina* vol. 3, no. 3, pp. 313-322, Jujuy.

Schávelzon, Daniel y Victor Rivera Grijalva

1988 La destrucción de Kaminaluyú, Guatemala, *Mesoamérica* vol. 14, pp. 535-551, South Woodstock.

Schele, Linda y Peter Mathews

1998 *The Code of Kings: the language of seven sacred maya temples and tombs*, Scribner's, New York.

Schnapps, Alan

1997 *The discovery of the past*, Abrams and Co, New York.

Sharer, Robert (editor)

1978 *The prehistory of Chalchuapa, El Salvador*, 2 vols., University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Sharer, Robert, Ch. Jones, W. Ashmore y E. Schortman

1979 The Quirigua project: 1976 season, *Quirigua Reports*, vol. I, N° 5, The University Museum, Philadelphia.

Sheets, Payson D. y colaboradores

1990 Household archaeology at Ceren, El Salvador, *Ancient Mesoamerica* vol. 1, pp. 81-90.

Sheptak, Russell

1982 Fotos aéreas y el patrón de asentamiento de la zona central del Valle de Sula, *Yaxkin*, vol. V, Nos. 1-2, pp. 89-94, Tegucigalpa.

Shook, Edwin

1952 Lugares arqueológicos del altiplano meridional central de Guatemala, *Antropología e Historia*, vol. IV, N° 2, pp. 3-40, Guatemala.

1965 Archaeological survey of the Pacific coast of Guatemala, *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, pp. 180-194, University of Texas Press, Austin.
1971 Inventory of some preclassic traits in the highlands and Pacific Guatemala and adjacent areas, *Contributions*, N° 11, pp. 70-77, University of California, Berkeley.

Sook, Edwin y William Irving

1955 Colonnaded buildings at Mayapan, *Yearbook*, II-22, pp. 127-167, Carnegie Institution, Washington.

Shook, Edwin y Tatiana Proskouriakoff

1956 Settlement patterns in Mesoamerica and the sequence in the Guatemala highlands, *Prehistoric settlements patterns in the New World*, pp. 93-100, Viking Found, New York.

Shortman, Eduard M.

1980 Archaeological investigations in the lower Motagua valley, *Expedition*, vol. 23, N° 1, pp. 28-34, Philadelphia.

Sidrys, Raymond

1983 *Archaeological excavations in Northern Belize, Central America*, Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Sidrys, Raymond (editor)

1978 *Papers on the economy and architecture of the ancient Maya*, Monograph VIII, Institute for Archaeology, University of California, Berkeley.

Siemens, Alfred y Dennis Puleston

1972 Ridged fields and associated features in Southern Campeche: new perspectives on the lowland Maya, *American Antiquity*, vol. 37, N° 2, pp. 228/239.

Smith, A. Leyard

1929 Report on the Map of Environs of Uaxactún, Carnegie Institution of Washington, *Year Book* 28, pp. 325-327, Washington.

1950 *Uaxactun, Guatemala: excavations of 1931-1937*, Carnegie Institution of Washington, Publ. 588, Washington.

1955 *Archaeological reconnaissance in Central Guatemala*, Carnegie Institution, Washington.

1962 Residential and associated structures at Mayapan, en *Mayapan, Yucatan, Mexico*, Carnegie Institution, Washington.

1965 Architecture of the Guatemala highlands, *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, pp. 26-94, Austin.

Smith, A.L. y A.V. Kidder

1943 Explorations in the Motagua valley, Guatemala, *Contributions to American Anthropology and History* N° 51, Carnegie Institution, Washington.

Smith, A.L. y Karl Ruppert

1956 Excavation in house mound at Mayapan, *Current Report* N° 36, Carnegie Institution, Washington.

Smith, Robert E.

1937 A study of structure A-I complex at Uaxactun, Peten, Guatemala, *Contribution to American Archaeology* 19, Carnegie Institution, Washington.

1950 *Uaxactun, Guatemala: excavations of 1931-1937*, Carnegie Institution, Washington.

1954 Explorations on the outskirts of Mayapan, *Current Reports* II-18, pp 53-69, Carnegie Institution, Washington

- Smith, Michael
1991 *Modern maya storage behavior: ethnohistoric case examples from the Puuc region of Yucatan*, University of Pittsburgh Memoirs in Latin America vol. 3, Pittsburgh.
- Spinden, Herbert
1913 *A study of Maya art, its subject matter and historical development*, Peabody Museum Memoirs vol. VI, Cambridge.
- Squier, George E.
1855 *Notes on Central America: particularly the states of Honduras and El Salvador*, New York.
1858 *The states of Central America, their geography, climate, population, etc.*, New York.
- Stark, Barbara y Lynette Heller
1981 Economía preclásica en El Bálsamo, Guatemala: ideas y evidencias, *Mesoamérica* vol. 2, pp. 189-219, Antigua.
- Stephens, John
1839 *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 vols, Harper and Brothers, New York.
1843 *Incidents of travels in Yucatan*, 2 vols, Harper and Brothers, New York.
- Stone, Doris
1941 *Archaeology of the North Coast of Honduras*, Memoirs, vol. IX, N° 1, Peabody Museum, Cambridge.
1957 *The archaeology of Central and Southern Honduras*, Papers of the Peabody Museum, vol. 49, N° 3, Harvard university, Cambridge.
1972 *Precolumbian man finds Central America*, Peabody Museum Papers, Cambridge.
- Stromsvik, Gustav
1946 *Guía de las ruinas de Copán*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Tegucigalpa.
- Stromsvik, Gustav; H. E. D. Pollock y H. Berlin
1955 Explorations in Quintana Roo, *Current Reports* N° 23, pp. 169-178, Carnegie Institution, Washington.
- Strong, W. A., A. Kidder y A. J. Paul
1938 *Preliminary report on the Smithsonian Institution-Harvard University Archaeological Expedition to Northwestern Honduras*, Smithsonian Institution, Washington.
- Stuart, G., J. Scheffler, E. Kurjak y J. Cottier
1979 *Map of ruins of Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico*, Middle American Research Institute, New Orleans.
- Taschek, Jennifer y Joseph W. Ball
2003 Nohoch Ek revisited: the minor center as a manor, *Latin American Antiquity* vol. 14. no. 4, pp. 371-388.
- Termer, Franz
1951 Zur archaeologie von Guatemala, *Baessler-Archiv* vol. 14, pp. 167-191, Berlin.
1959 Geografische-archaeologische bemerkungen uber die gegend von Ixpaco in Sudost Guatemala, *Miscelánea Paul rivet*, vol. I, pp. 681-700, UNAM, México.

Thomas, Cyrus

1898 *Introduction to the study of North American Archaeology*, Cincinnati.

Thomas, Prentice

1981 *Prehistoric settlement patterns at Becan, Campeche, Mexico*, Middle American Research Institute, New Orleans.

Thompson, Edward H.

1888 Explorations in Yucatan, *Proceedings of the American Antiquarian Society*, new serial vol. 4, pp. 379-385, Worcester.

1889 *The ruins of Labna*. Manuscrito en el Peabody Museum, Harvard University, Cambridge.

1897 *The Chultunes of Labna*, Peabody Museum, Memoirs vol. 1, N° 3, Cambridge.

1898 *Ruins of Xkichmook, Yucatan*, Field Columbian Museum, Anthropological Series vol. 2, N° 3, Chicago.

1904 *Archaeological researches in Yucatan*, Memoirs of the Peabody Museum vol. III, N° 1, Cambridge.

1915 Recent excavations in Northern Yucatán, *XIX International Congress of Americanists*, pp. 202-205, Washington.

Thompson, Eric

1931 Archaeological investigations in the Southern Cayo District, British Honduras, Field Museum of Natural History, *Anthropological Series*, vol. 17, N° 3, pp. 217-362, Chicago.

1939 *Excavations at San Jose, British Honduras*, Carnegie Institution, Washington.

1940 *Late ceramic horizons at Benque Viejo, British Honduras*, Carnegie institution, Washington.

1945 Un vistazo a las ciudades mayas, *Cuadernos Americanos* vol IV, N° 2, pp. 136-149. México.

1948 *An archaeological reconnaissance in the Cotzumalguapa region, Escuintla, Guatemala*, Contribution 44, Carnegie Institution, Washington.

1954 *The rise and fall of Maya civilization*, University of Oklahoma Press, Norman.

1957 Tentativa de reconocimiento en el área maya meridional, *Arqueología Guatemalteca*, IDAEH, Guatemala.

Thompson, J. Eric, Harry E. D. Pollock y J. Charlott

1932 *A preliminary study of the ruins of Coba, Quintana Roo, Mexico*, Carnegie Institution, Publication 424, Washington.

Tourtellot, Gair

1970 The peripheries of Seibal: an interim report, *Maya Archaeology*, pp. 405-415, Peabody Museum, Cambridge.

Tozzer, Alfred M.

1911 *A preliminary study of the prehistoric ruins of Tikal, Guatemala, a report of the Peabody Museum Expedition 1909-1911*, Memoirs of the Peabody Museum, vol. V, N° 2, pp. 93-135, Cambridge.

1913 *A preliminary study of the ruins of Nakum, Guatemala*, Memoirs N° 5, Peabody Museum, Harvard University, Cambridge.

1957 *Chichen Itza and its cenote of sacrifices: a comparative study of contemporaneous Maya and Toltec*, Memoirs of the Peabody Museum, vol. 11 y 12, Cambridge.

Tozzer, Alfred y George Vaillant

1931 *The ruins of Holmul, Guatemala*, Memoirs vol. III, N° 2, Peabody Museum, Cambridge.

Tumer, B. L.

1978 The development and demise of the swidden thesis of maya agriculture, *Pre-hispanic Maya Agriculture* pp. 13-21, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1990 Population reconstruction for the central maya lowlands 1000 bC to aD 1500, *Precolumbian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Vaillant, George y R. E. Merwin

1932 *The ruins of Holmul, Guatemala*, Memoirs vol. III, N° 2, Peabody Museum, Cambridge.

Vargas, Ernesto

1978 Los asentamientos prehispánicos y la arquitectura en la isla de Cancún, Quintana Roo, *Estudios de cultura maya* vol. XI, pp. 95-112, México.

Villacorta, Antonio

1930 *Arqueología guatemalteca*, Tipografía Nacional, Guatemala.

Villa Rojas, A.

1934 *The Yaxuna-Coba causeway*, Carnegie Institution, Publ. 436, Contribution 9, Washington.

Vlcek, David

1978 Muros de delimitación residencial en Chunchucmil, *Boletín Eucady* N° 28, pp. 55-64, Mérida.

Voorhies, Barbara

1972 Settlement patterns on two regions of the Southern Maya Lowlands, *American Antiquity*, vol. 37, N° 1, pp. 115-125.

Waldeck, Frederick de

1838 *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan (Amérique Centrale)*, pendant les années 1834 et 1836, Paris.

Wauchope, Robert

1934 *House mounds at Uaxactun*, Guatemala, Carnegie Institution, Washington.

1938 *modern Maya house: a study of their archaeological significance*, Carnegie Institution, Washington.

1948 *Excavations at Zacualpa*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1964 Southern Mesoamerica, *Prehistoric Man in the New World*, pp. 331-386, University of Chicago Press, Chicago.

Webster, David

1974 The fortifications of Becan, Campeche, Mexico, *Middle American Research Records*, N° 31, pp. 123-127, New Orleans.

1976 *Defensive earthworks at Becan, Campeche, Mexico: implications for Maya warfare*, Middle American Research Institute, New Orleans.

1979 *Cuca, Chacchob, Dzonot Ake: three walled northern Maya centers*, Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology N° 1, Philadelphia.

Webster, David y Annncorine Freter

1990 The demography of late classic Copan, *Precolumbian population history in the maya lowlands*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

West, R; N. Psuty y B. Thom

1976 La colonización aborigen anterior a la conquista, *Las tierras bajas de Tabasco en el sureste de México*, pp. 103-109, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa.

Wetherington, Ronald (editor)

1978 *The ceramics of Kaminaljuyu, Guatemala*, Pennsylvania State University Press, University Press, University Park.

Willey, Gordon

1956 Problems concerning prehistoric settlement patterns in the Maya lowlands, *Prehistoric settlement patterns in the New World*, pp. 107-114, Viking Fund, New York.

1966 Postlude to the village agriculture: the rise of towns and temples and the beginnings of the great traditions, *XXVI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I, pp. 267-277, Sevilla.

1973 *The Altar de Sacrificios excavations: general summary and conclusions*, Peabody Museum, Cambridge.

1977 The rise of classic Maya civilization: a Pasion Valley perspective, *The origins of Maya civilization*, pp. 133-157, University of New Mexico Press, Albuquerque.

1981 Recent researches and perspectives in Mesoamerican archaeology: an introductory commentary, *Supplement to the H.M.A.I.*, pp. 3-27, University of California Press, Austin.

1981 Maya lowland settlement patterns: a critical summary review, *Lowland Maya settlement patterns*, pp. 385-415, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Willey, Gordon y William Bullard

1965 Prehistoric settlement patterns in the Maya lowlands, *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, Austin.

Willey, Gordon; W. Bullard, J. Glass y J. Gifford

1965 *Prehistoric settlements in the Belize Valley*, Papers of the Peabody Museum, vol. 54, Harvard University, Cambridge.

Willey, Gordon y Richard Leventhal

1979 Prehispanic settlement patterns at Copan, *Maya Archaeology and Ethnohistory*, pp. 76-102, University of Texas Press, Austin.

Willey, Gordon y Jeremy Sabloff

1974 *A history of American archaeology*, Freeman and Company, San Francisco.

Willey, Gordon y A. Ledyard Smith

1969 *The ruins of Altar de Sacrificios, Dept. of Peten, Guatemala: introduction; the site and its settings*, Memoirs of the Peabody Museum N° 13-1, Cambridge.

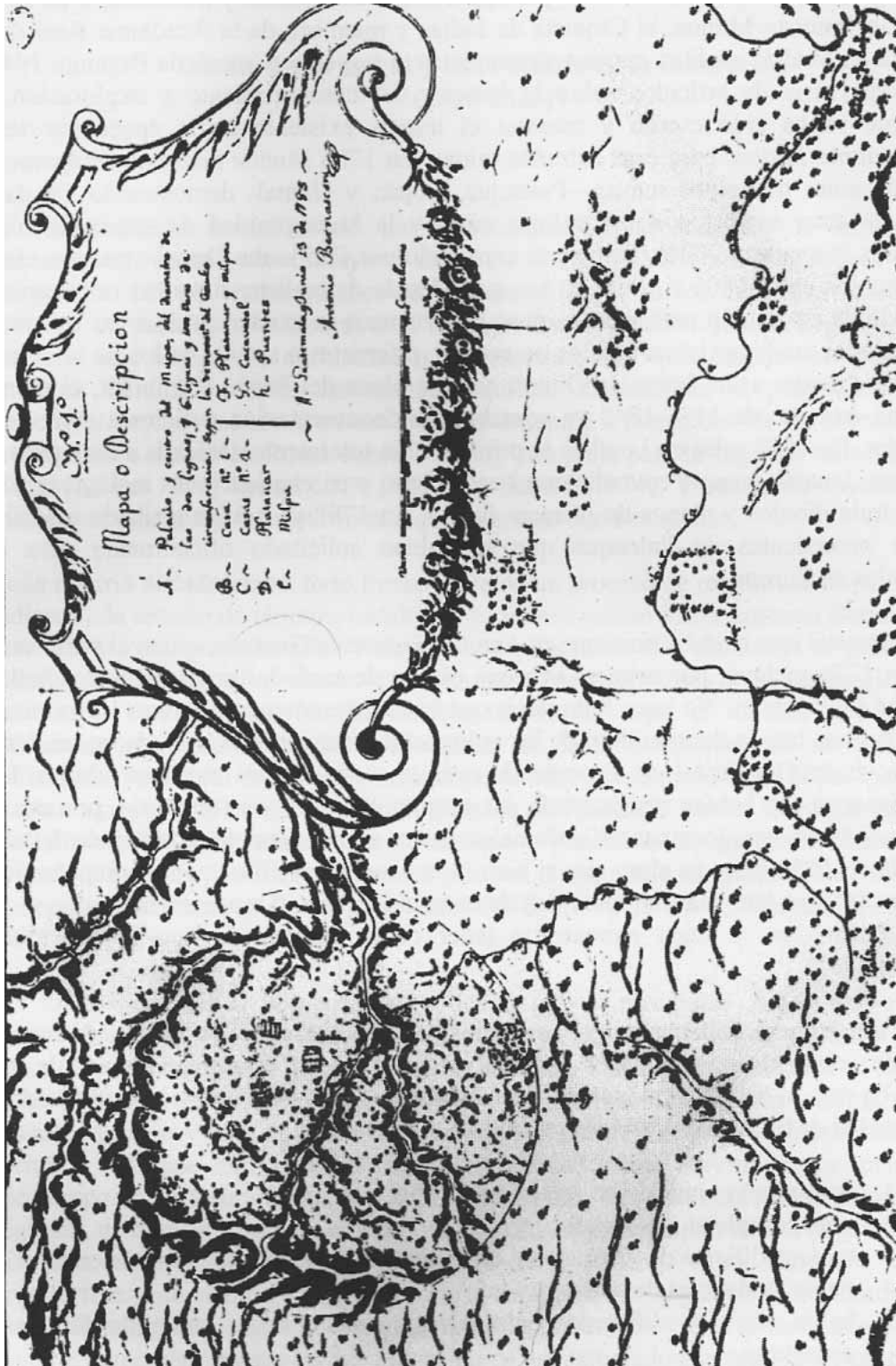
Wurster, Wolfgang

1992 Maya-architektur auf der insel Topoxte in see von Yaxha, Peten, Guatemala, *Beitrage zur allgemeinen und vergleichenden archaologie* vol. 12, pp. 261-302, Bonn.

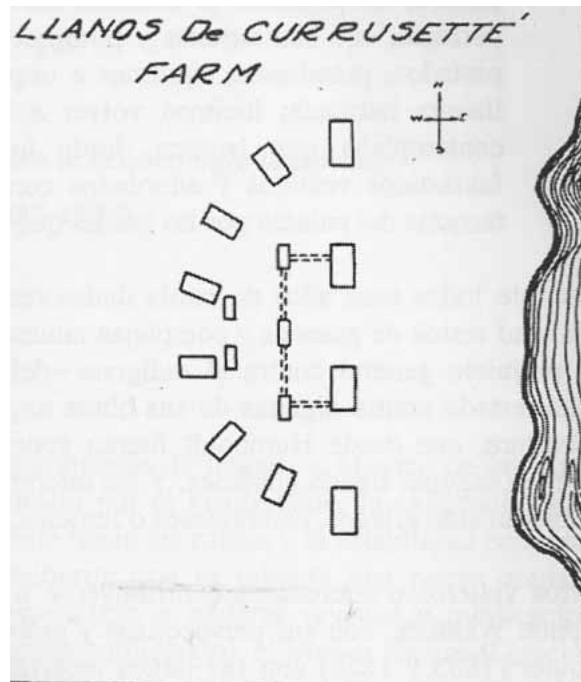
Yde, Jens

1938 *An archaeological reconnaissance of Northwestern Honduras*, Middle American Research Institute, New Orleans.

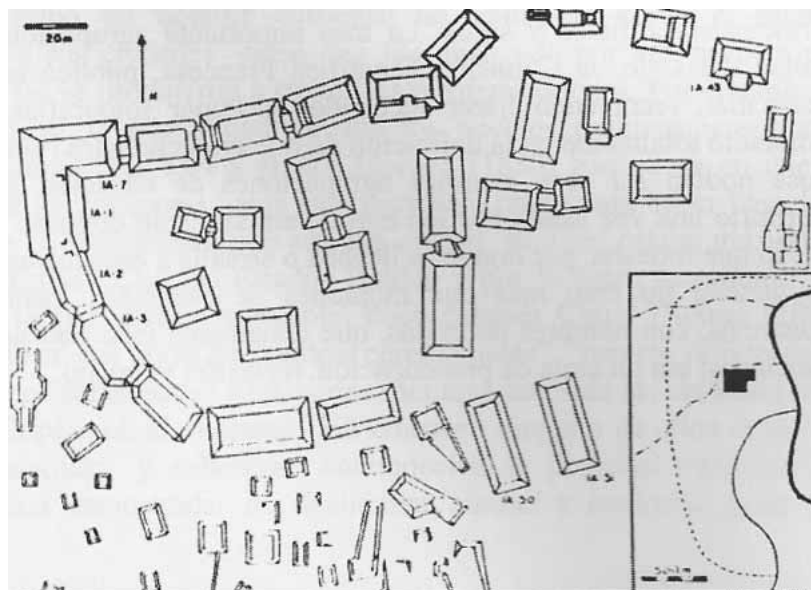
Ilustraciones



1.
Palenque, dibujado en 1785 por Antonio Bernasconi, tomado de: Ricardo Castañeda Paganini, *Las ruinas de Palenque: su descubrimiento y primeras exploraciones en el siglo XVIII*, edición del autor, Guatemala, 1945; pag. 38



2a



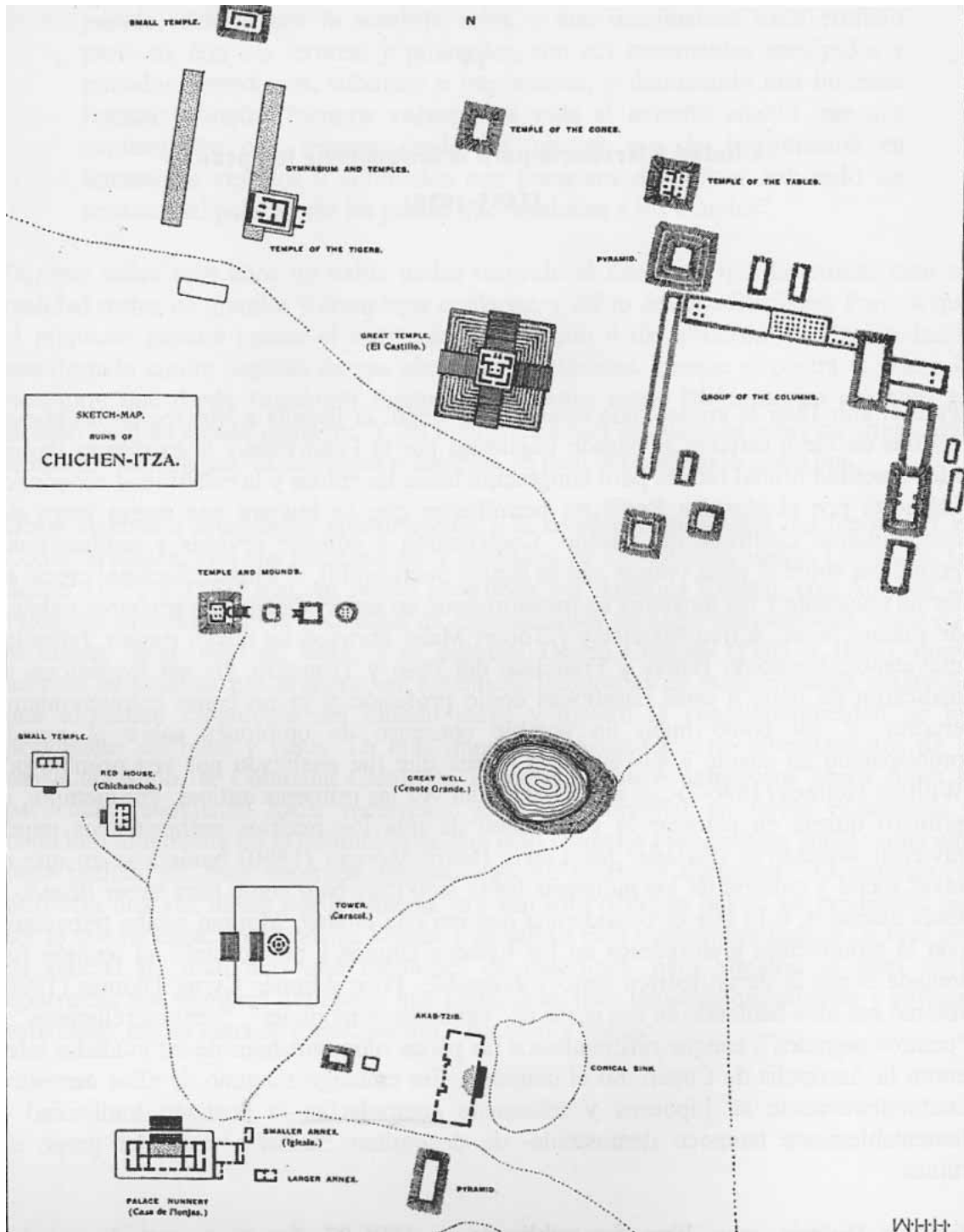
2b

2. a

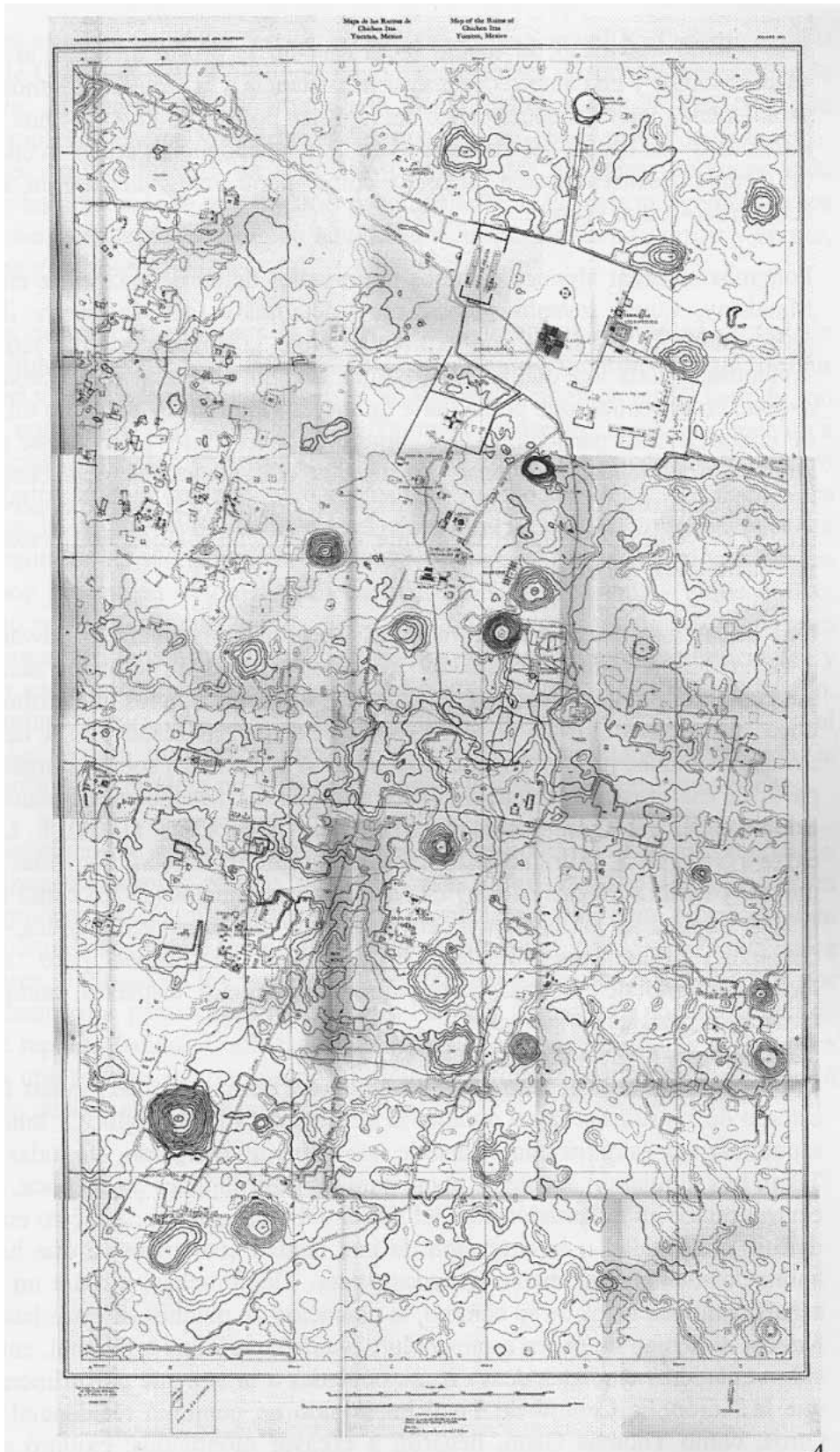
Llanos de Currusetté (La Sierra), tomado de: R. A. Steinmayer, *A reconnaissance of certain mounds and relics in Spanish Honduras*, Department of Middle American Research, Tulane University, New Orleans, 1932; pag. 9

2.b

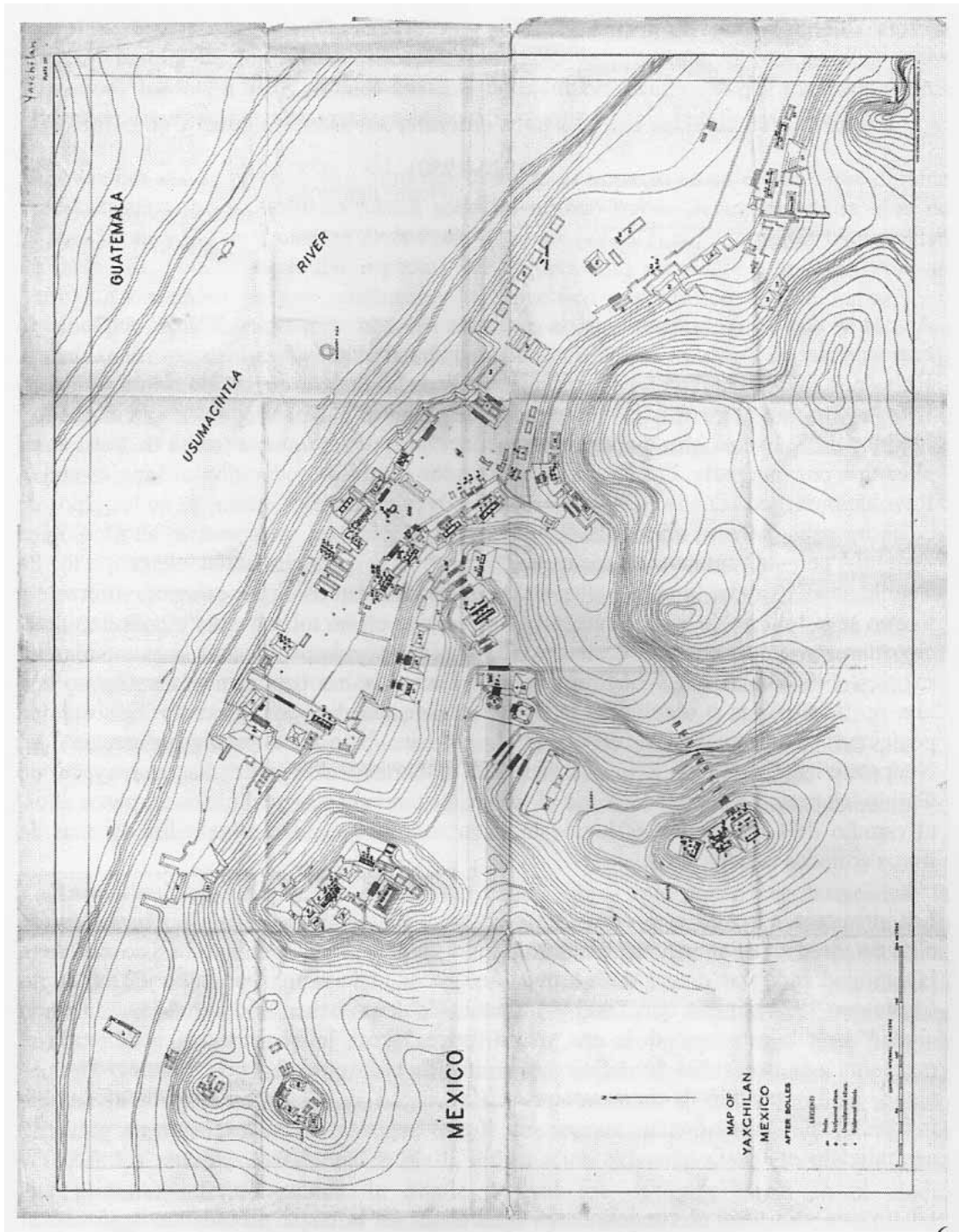
La Sierra, plano publicado por: John Henderson, I. Sterns, A. Wonderly y P. Urban, *Archaeological investigations in the valley of Naco, Honduras*, *Journal of Field Archaeology* vol. 6, pp. 169-192, 1979; fig. 6



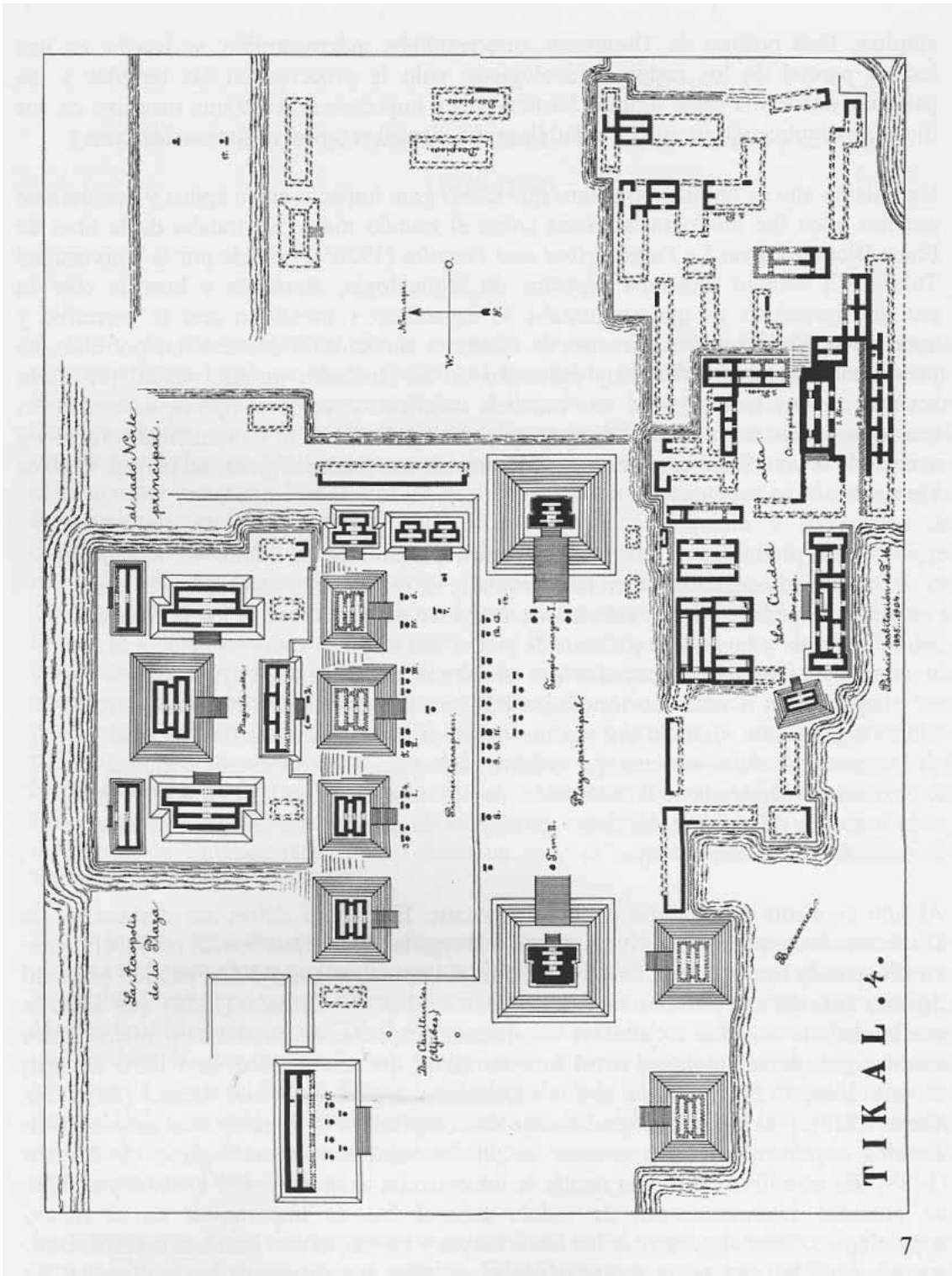
3.
 Chichen Itza, reproducido de: Wiliam Holmes, *Archaeological studies among the ancient cities of Mexico*, Field Columbian Museum, vol.1, Chicago, 1895/97; lam. XVII



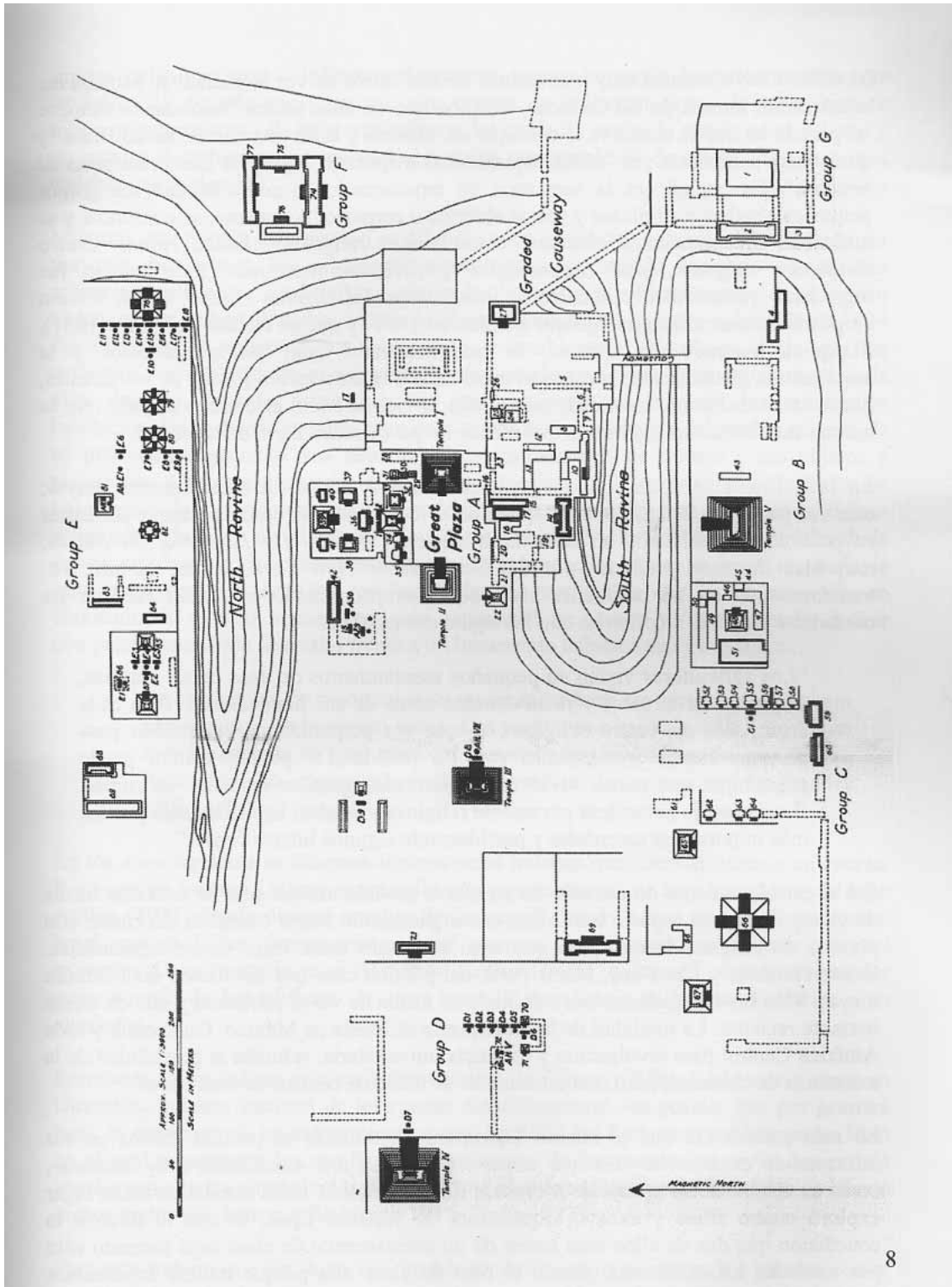
4.
Chichen Itza, mapa impreso en 1942 por la Carnegie Institution of Washington, mapeos de J. P. O'Neill y J. O. Kilmartin; acompaña a su publicación no. 454, figura 350



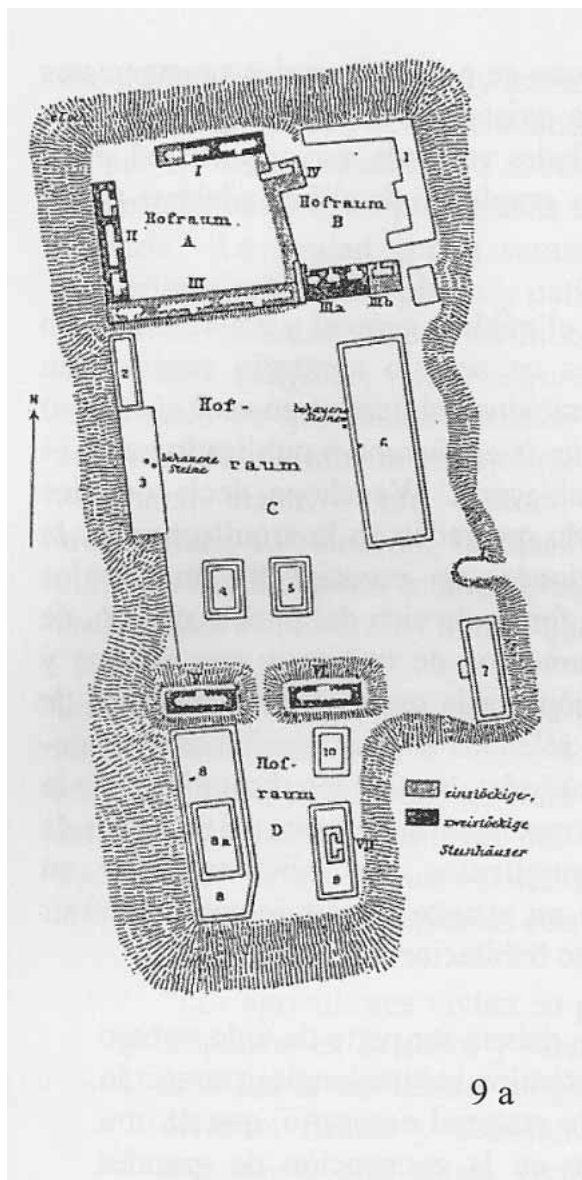
6. Yaxchilán, plano publicado por: Sylvanus Morley, *The inscriptions of Peten*, Carnegie Institution, vol. V, parte 2, lam. 201, Washington, 1937



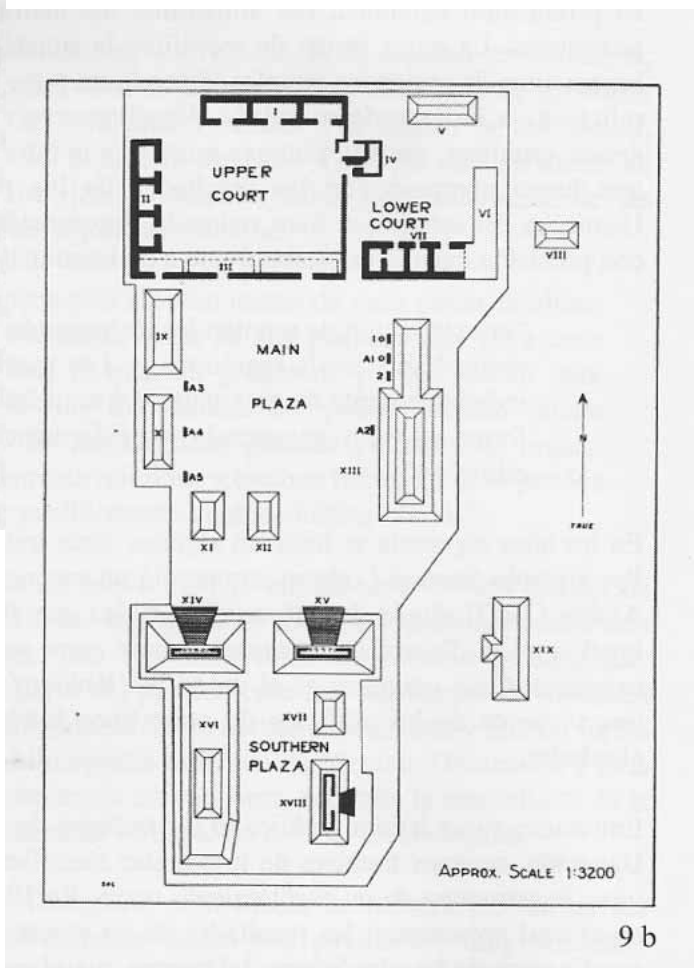
7.
 Tikal, plano del área central hecho por Teobert Maler, publicado por: Gerdt Kutscher, *Bauten der maya*, Monumenta Americana vol. IV, Gebr. Mann Verlag, Berlin, 1971, lámina 36



8. Tikal, área central, plano de Raymond Merwin, publicado por: Sylvanus Morley, *The inscriptions of Peten*, Carnegie Institution, vol. V, parte 2, Washington, 1937; lam. 188



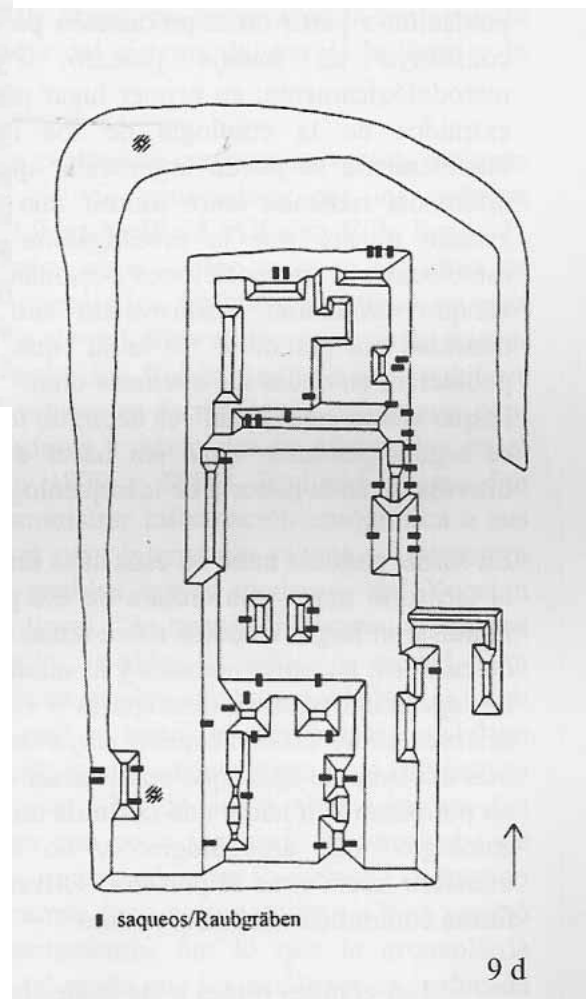
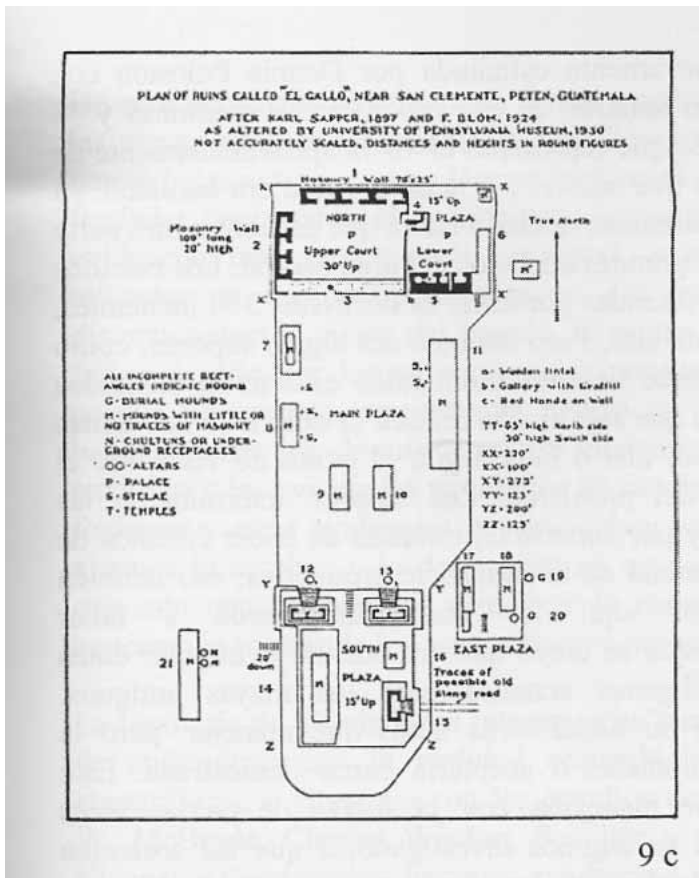
9 a



9 b

9.a
 San Clemente, plano de: Karl Sapper, The old indian settlements and architectural structures in northern Central America, *Smithsonian Institution Annual Report*, pp. 537-555, Washington, 1895

9.b
 San Clemente, plano de Frans Blom (1928) publicado por: Sylvanus Morley, *The inscriptions of Peten*, Carnegie Institution, vol. V, parte 2, Washington, 1937; lam. 207 a

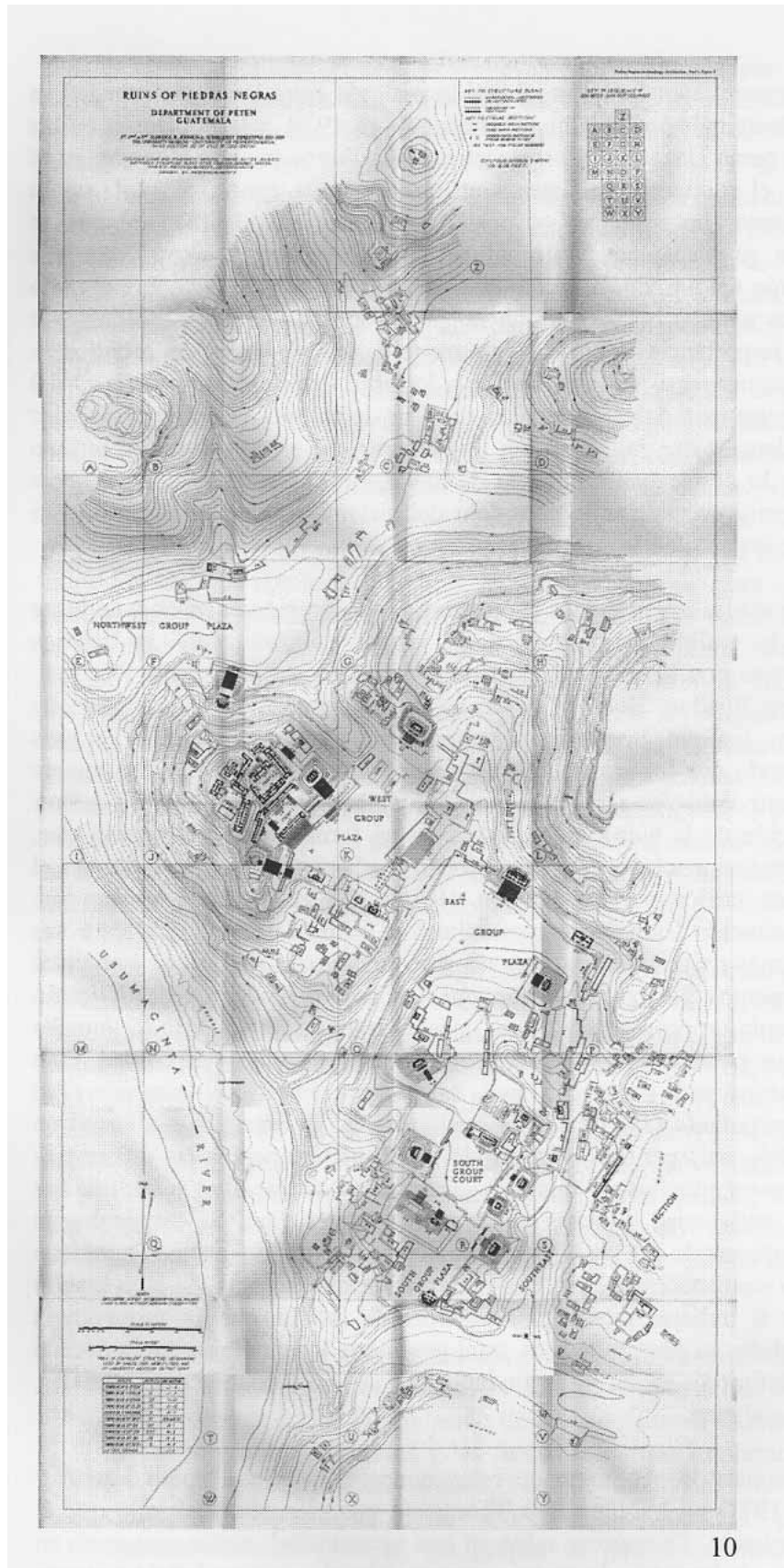


9.c

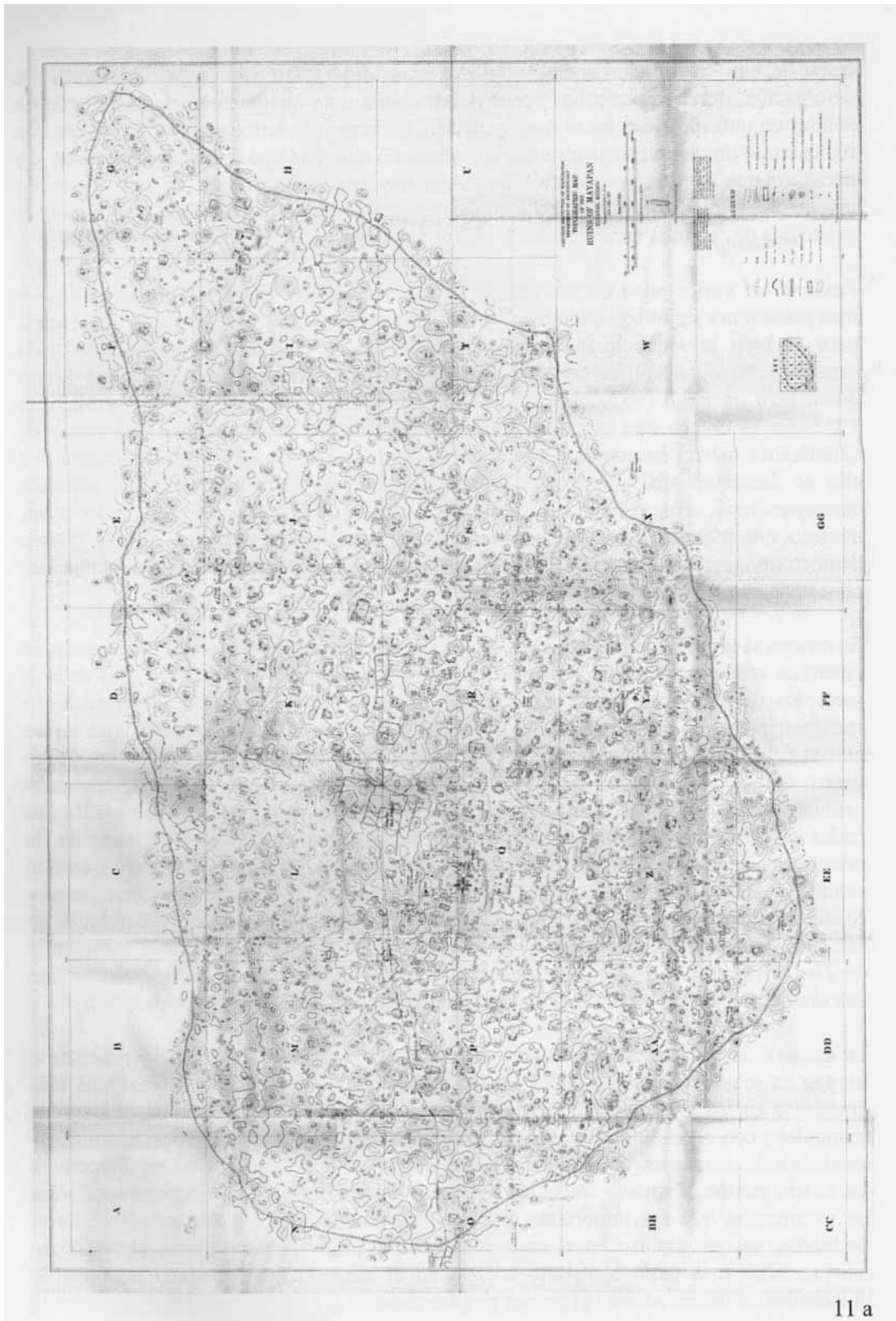
San Clemente, plano reproducido de: Percy Madeira, An aerial expedition to Central America, *University of Pennsylvania Museum Journal* vol. 22, no. 2, pp. 95-153, Philadelphia, 1931

9.d

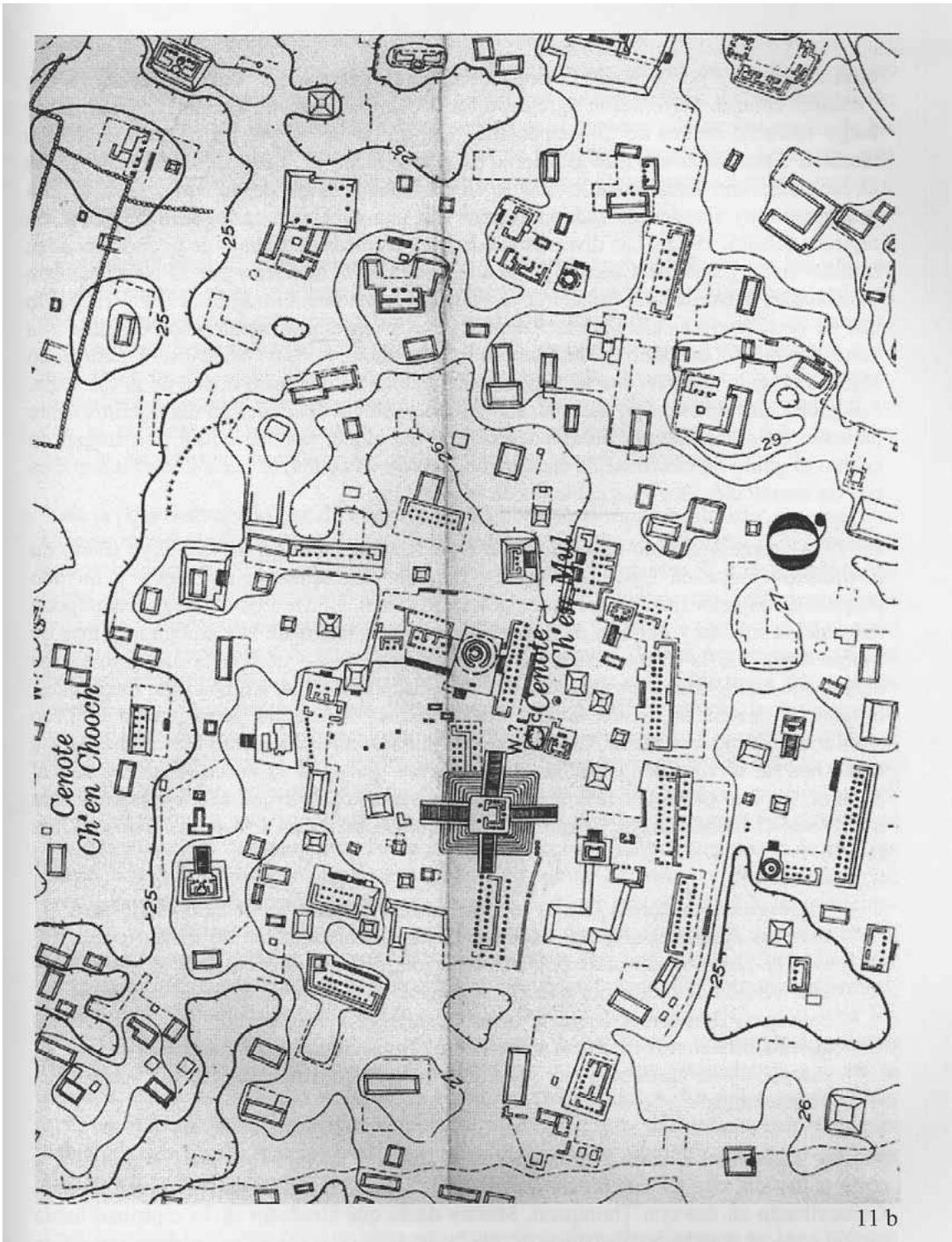
San Clemente, plano reproducido de: Oscar Quintana Samayoa, Sitios mayas menores en el noroeste del Petén, Guatemala; un programa regional de rescate del Proyecto Triángulo Yaxhá, Nakum y Naranjo, *Beitrag zur Allgemeinen un Vergleichenden Archaologie*, tomo 16, pp. 227-262, Mainz, 1996; fig. 260



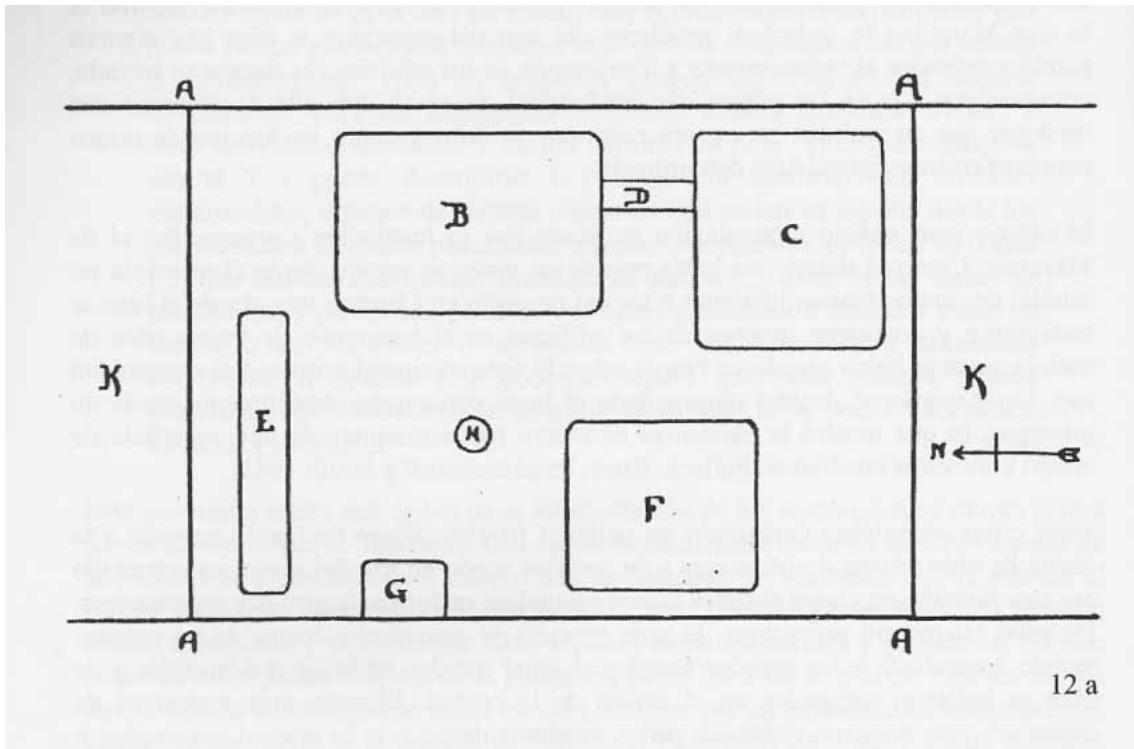
10. Piedras Negras, plano publicado por: Linton Satterthwaite, *Piedras Negras Archaeology: architecture*, parte 1, University Museum, Philadelphia, 1943-54; fig. 3



11. a
 Mayapán, plano publicado por: Morris R. Jones, Map of the ruins of Mayapan, Yucatan, Mexico, *Current Reports* N° 1, pp. 2-6, Carnegie Institution, Washington, 1952

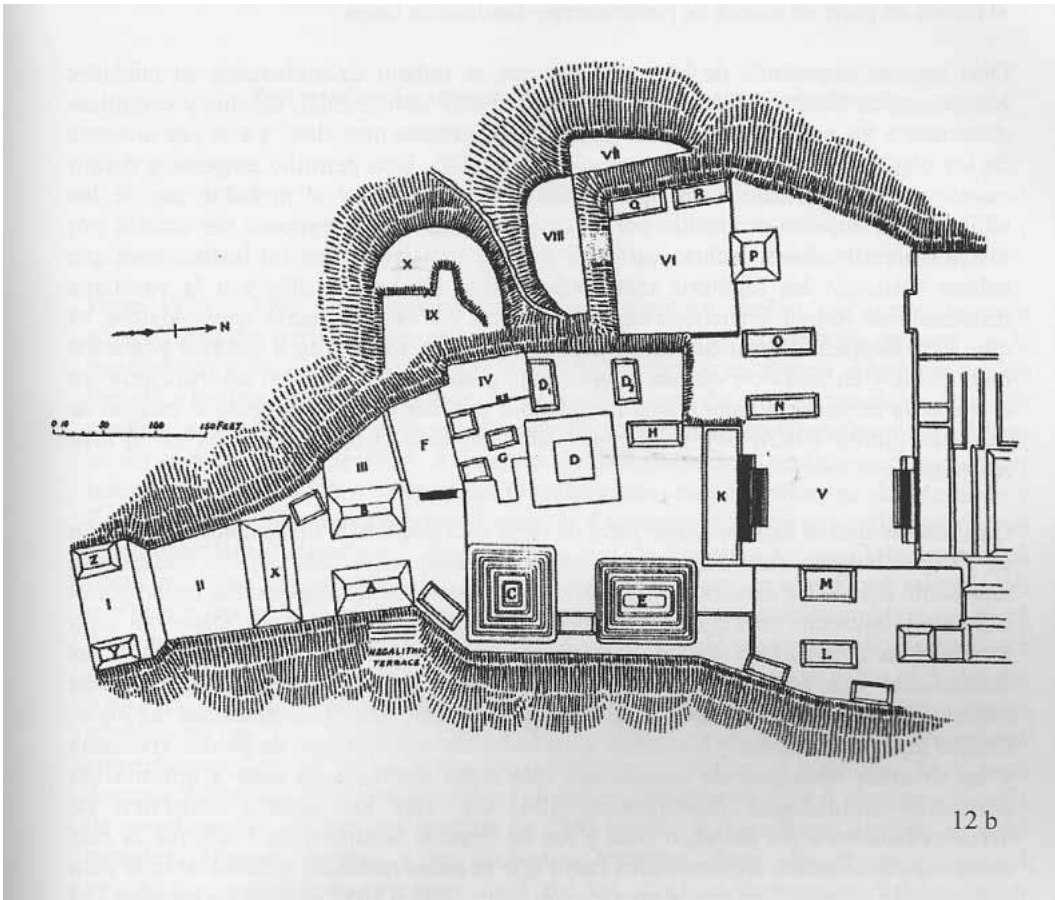


11. b
Mayapán, sector central del plano 11.a

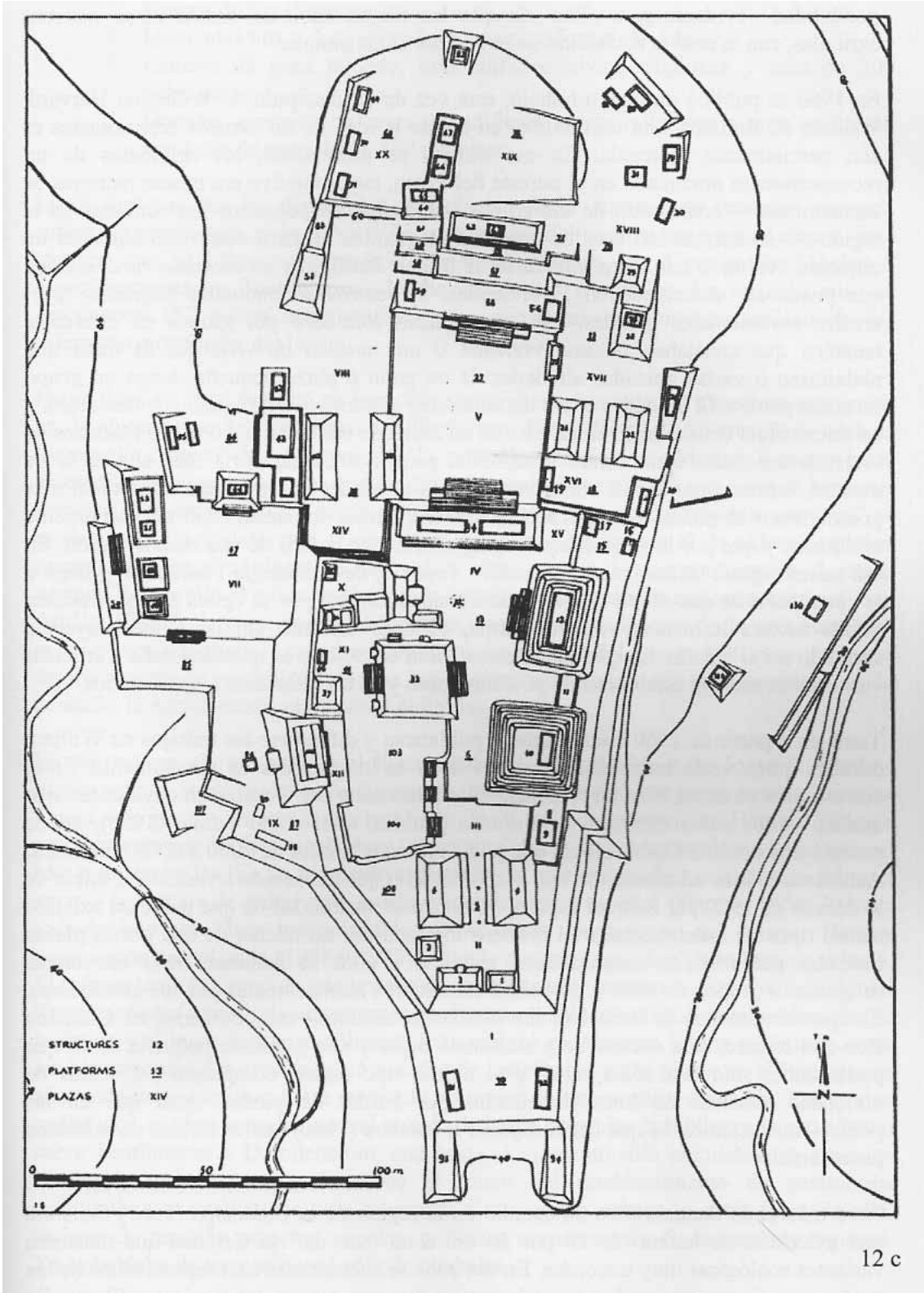


12. a

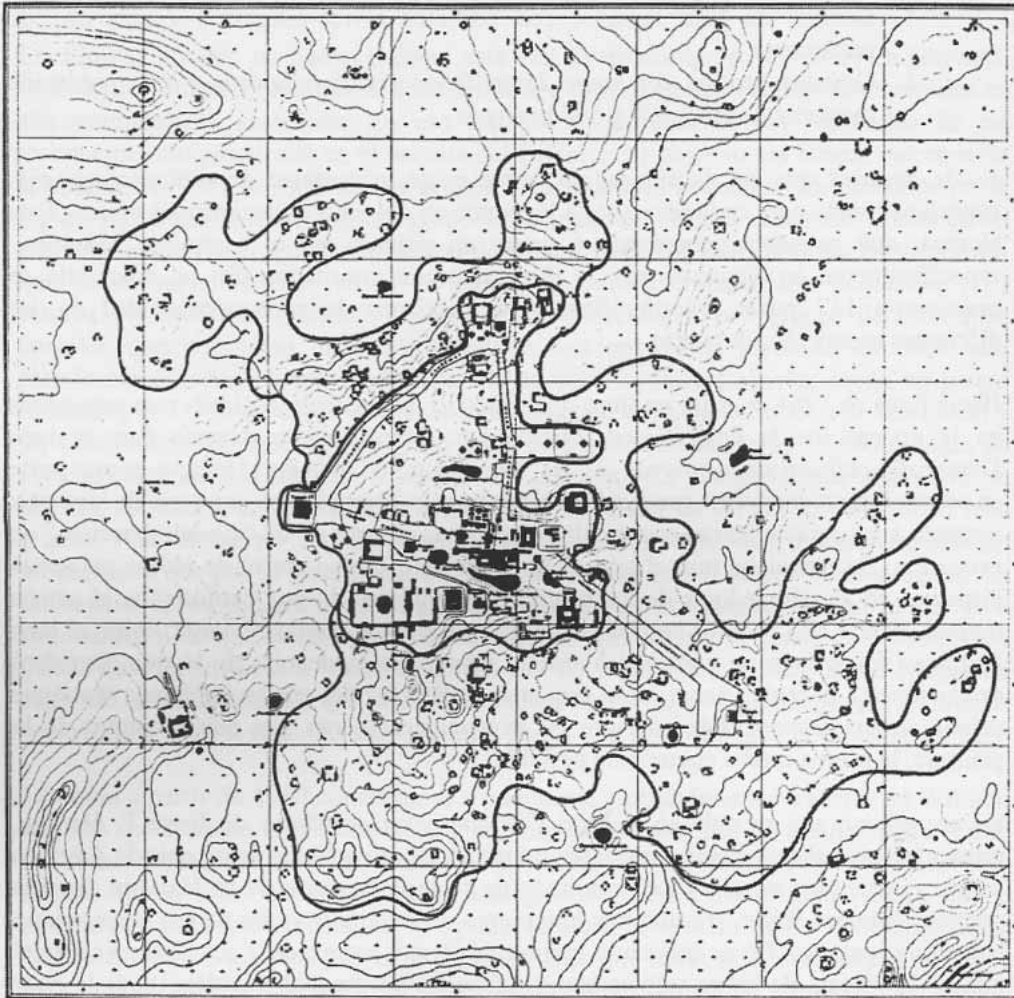
Lubaantun, plano de Thomas Gann, reproducido de: The ancient mounds of northern Honduras and the adjacent parts of Yucatan and Guatemala, *Journal of the Anthropological Institute* vol. 35, pp. 72-87, Londres, 1905; fig. 1



12.b
Lubaantun, plano de Thomas A. Joyce, publicado por él en: Report on the investigations at Lubaantun, British Honduras in 1926, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 56, pp. 207-230, Londres, 1926

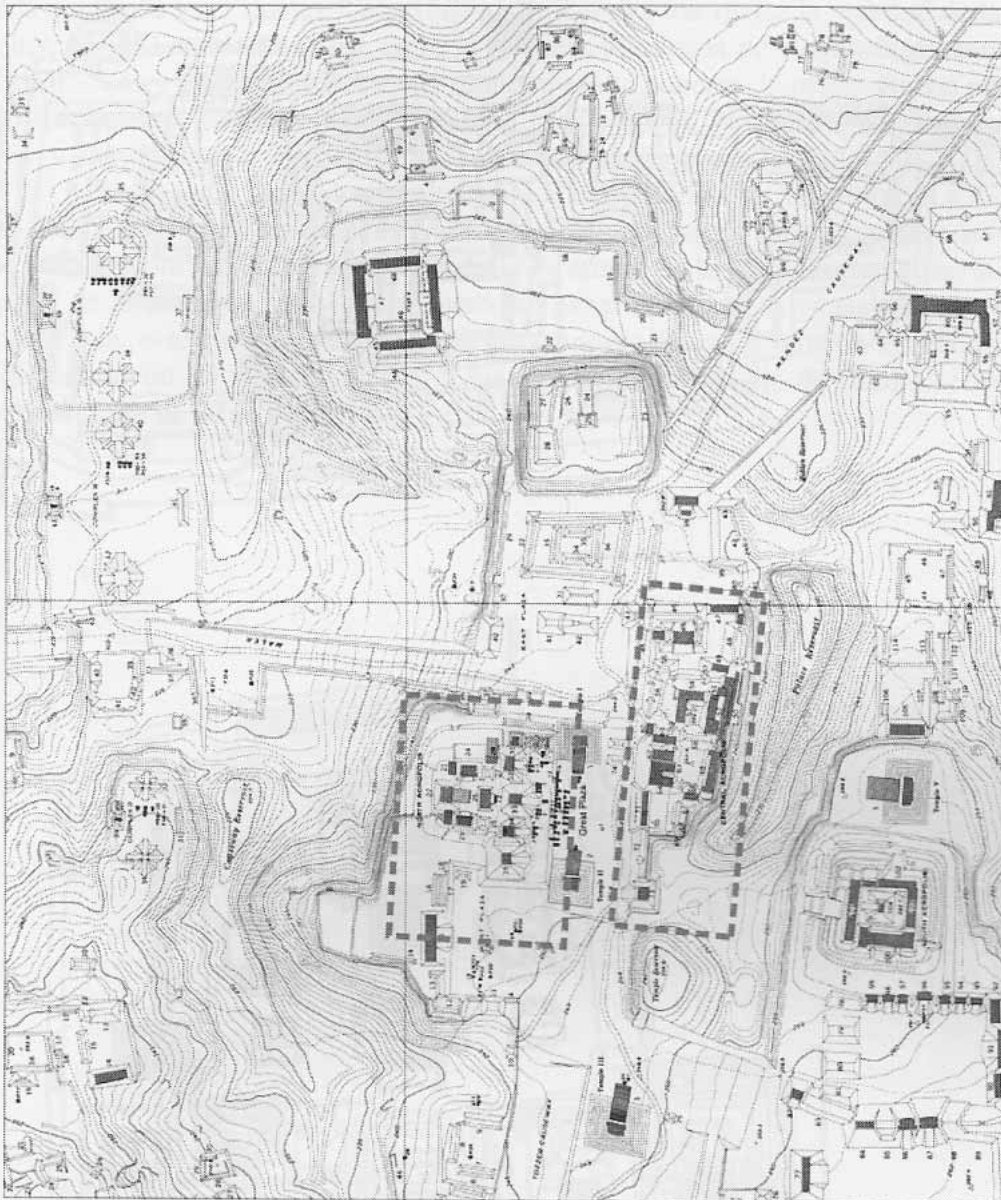


12.c
 Lubaantun, plano publicado por: Norman Hammond, *Lubaantun, a classic maya realm*, Peabody Museum Monographs no. 2, Peabody Museum, Cambridge, 1975; figura 21



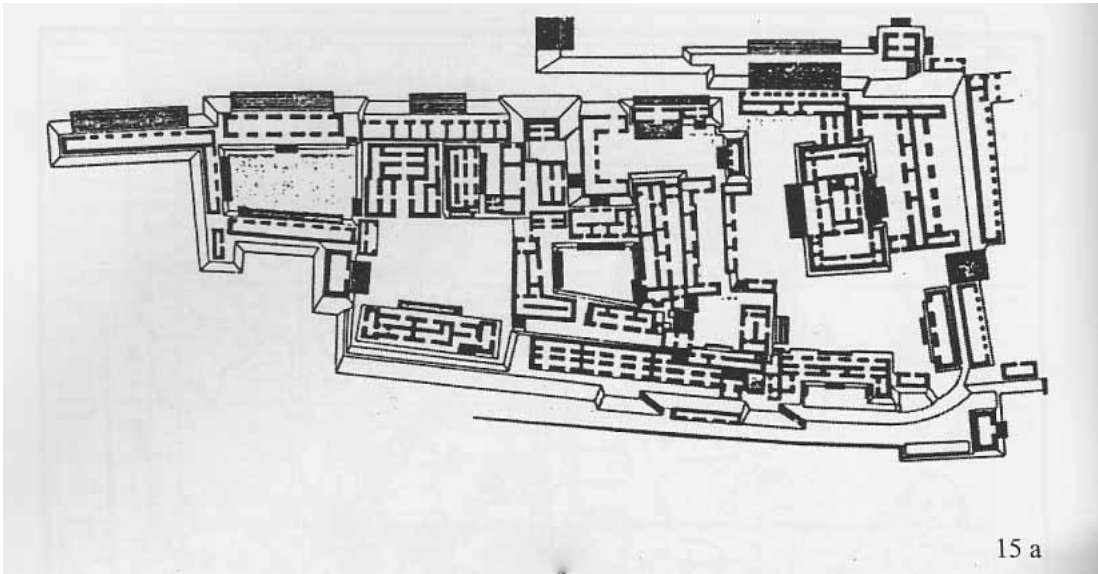
13

13.
Tikal, publicado por: R. F. Carr y J. E. Hazard, *Map of the ruins of Tikal, El Peten, Guatemala*, Tikal Reports N° 11, pp. 1-26, University of Pennsylvania, Philadelphia, 1961

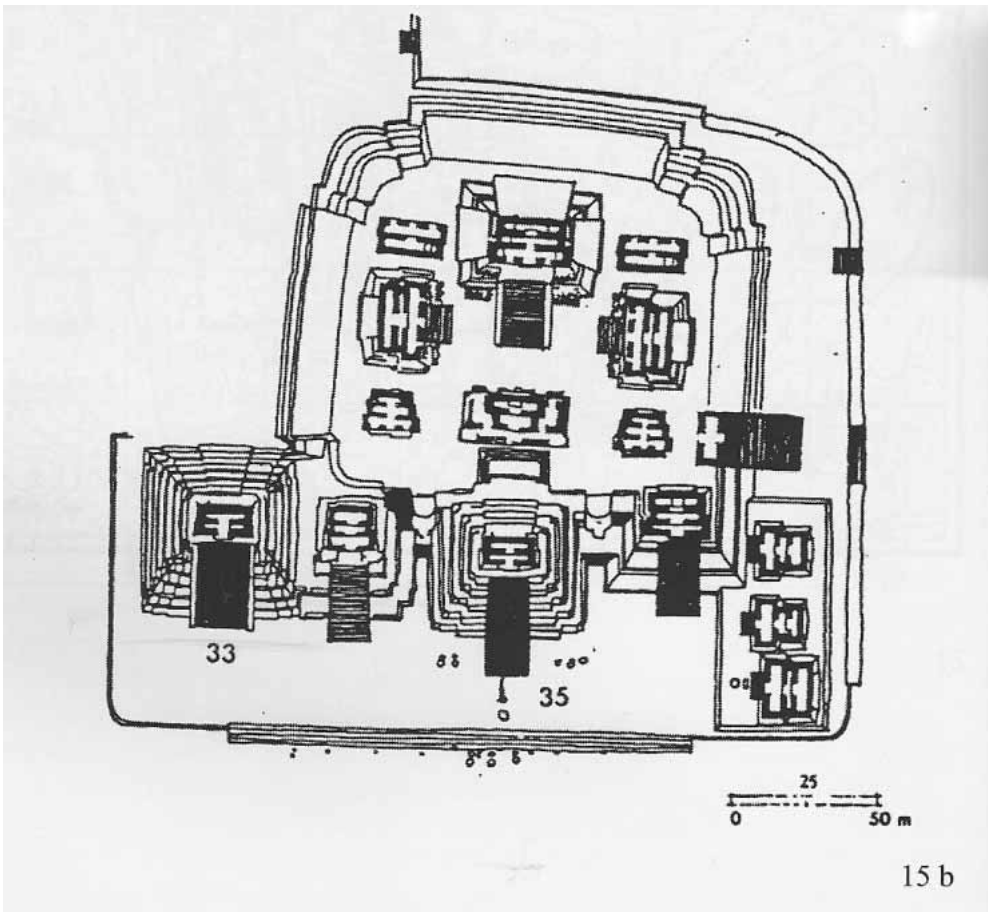


14

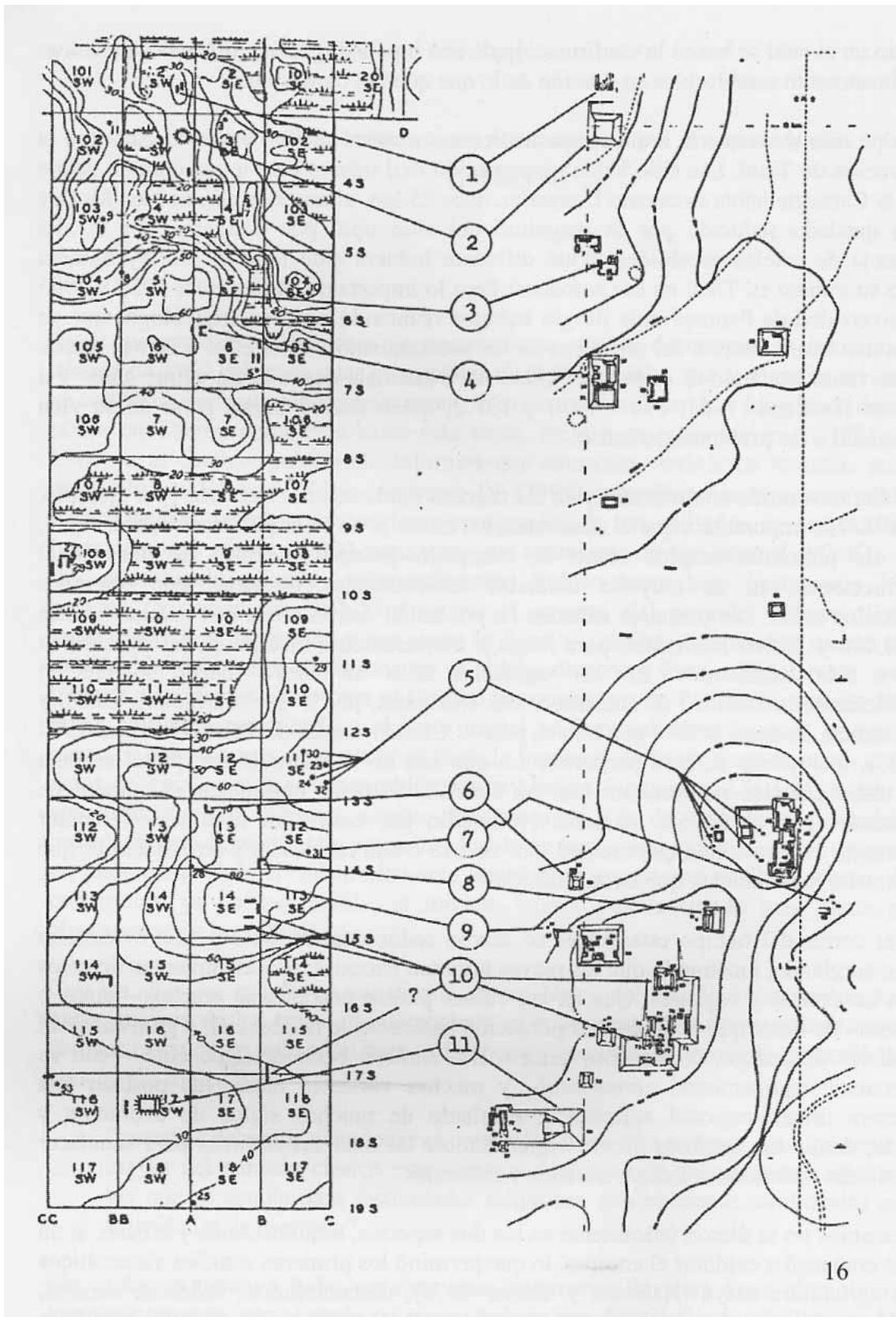
14.
Tikal (área central), plano reproducido de R. F. Carr y J. E. Hazard, *Map of the ruins of Tikal, El Peten, Guatemala*, Tikal Reports N° 11, pp. 1-26, University of Pennsylvania, Philadelphia, 1961; plano 5



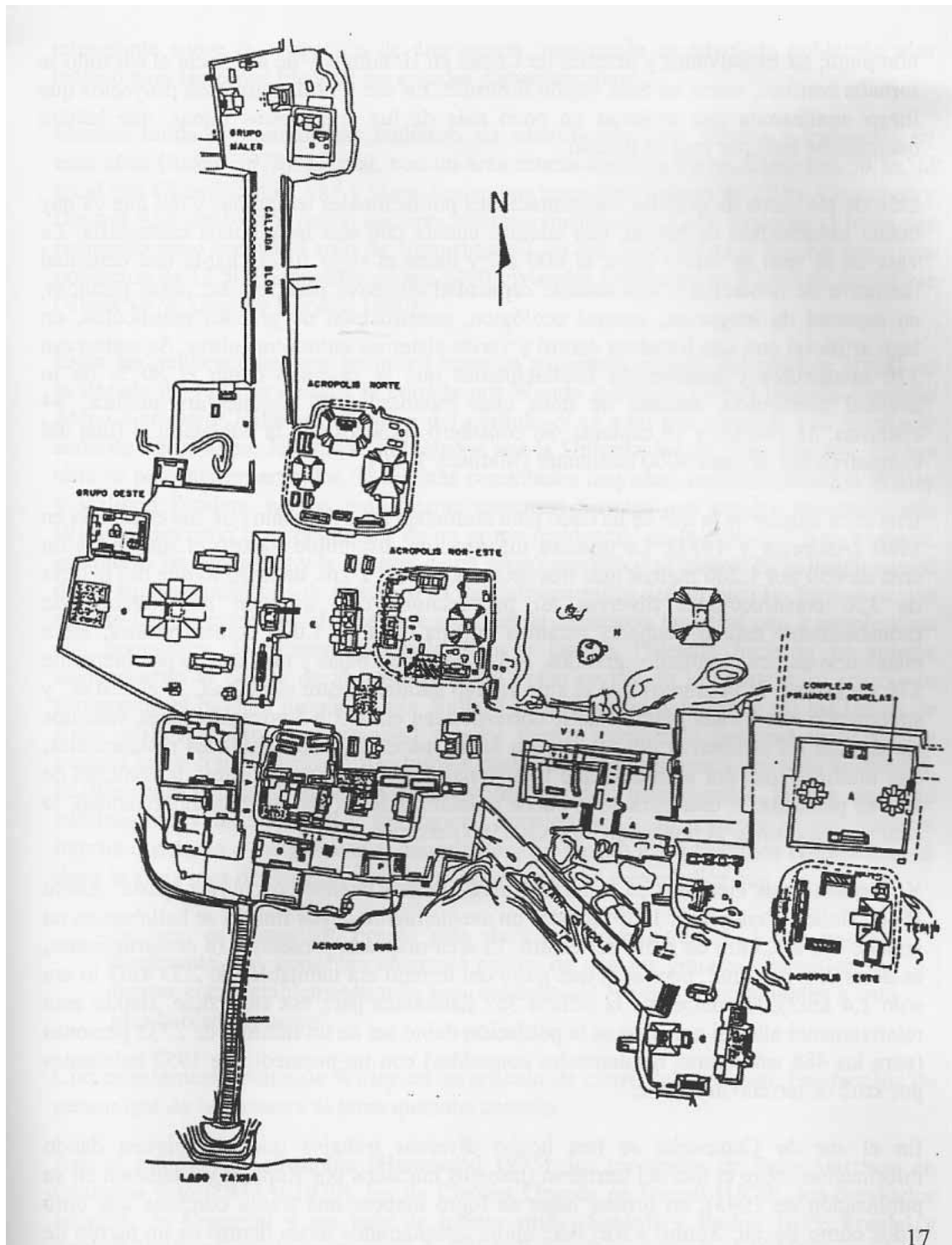
15.a
 Tikal, Acrópolis Central, plano publicado por: George F. Andrews, *Maya Cities: Placemaking and Urbanization*, University of Oklahoma Press, Norman, 1975; figura 13



15. b
 Tikal, Acrópolis Norte, en: William R. Coe, *Tikal, guía de las antiguas ruinas mayas*, The University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia, (coedición con Asociación Tikal, Guatemala) 1975, pag. 42

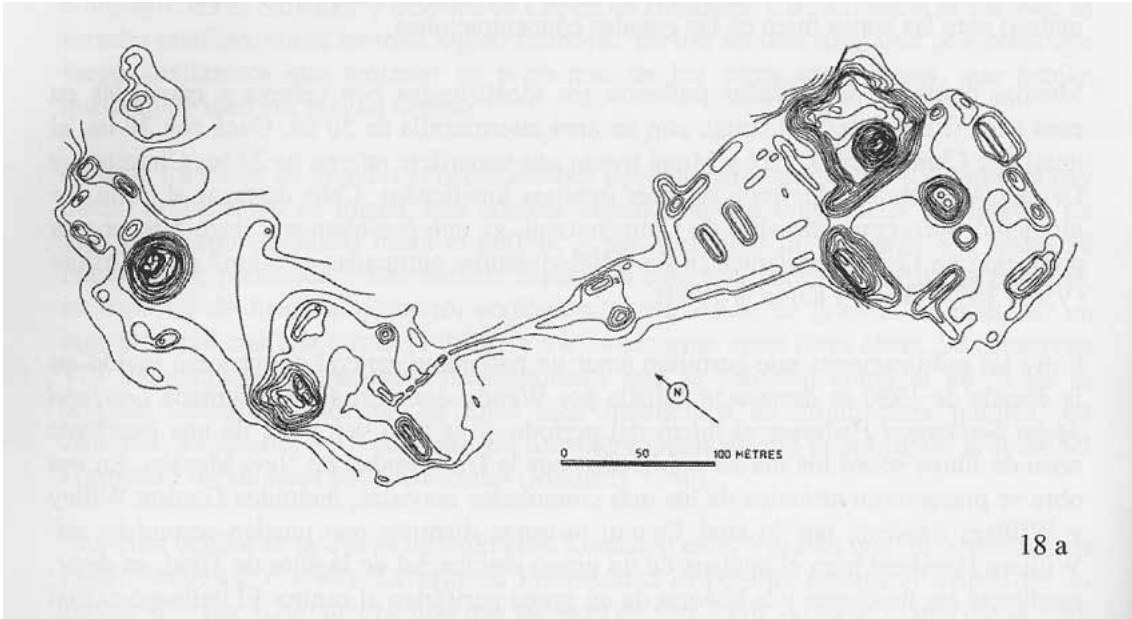


16. Alrededores de Uaxactún, plano reproducido de: Dennis Puleston, *Intersite areas in the vicinity of Tikal and Uaxactun, Mesoamerican Archaeology, New Approaches*, University of Texas Press, Austin, 1974; fig. 2

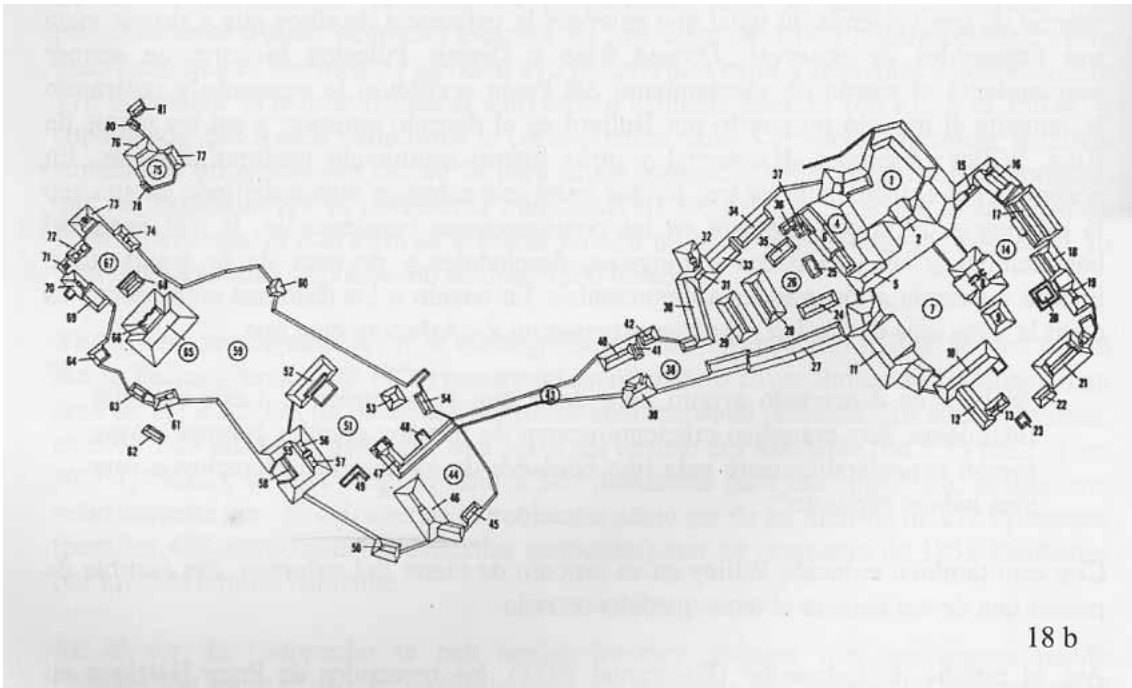


17

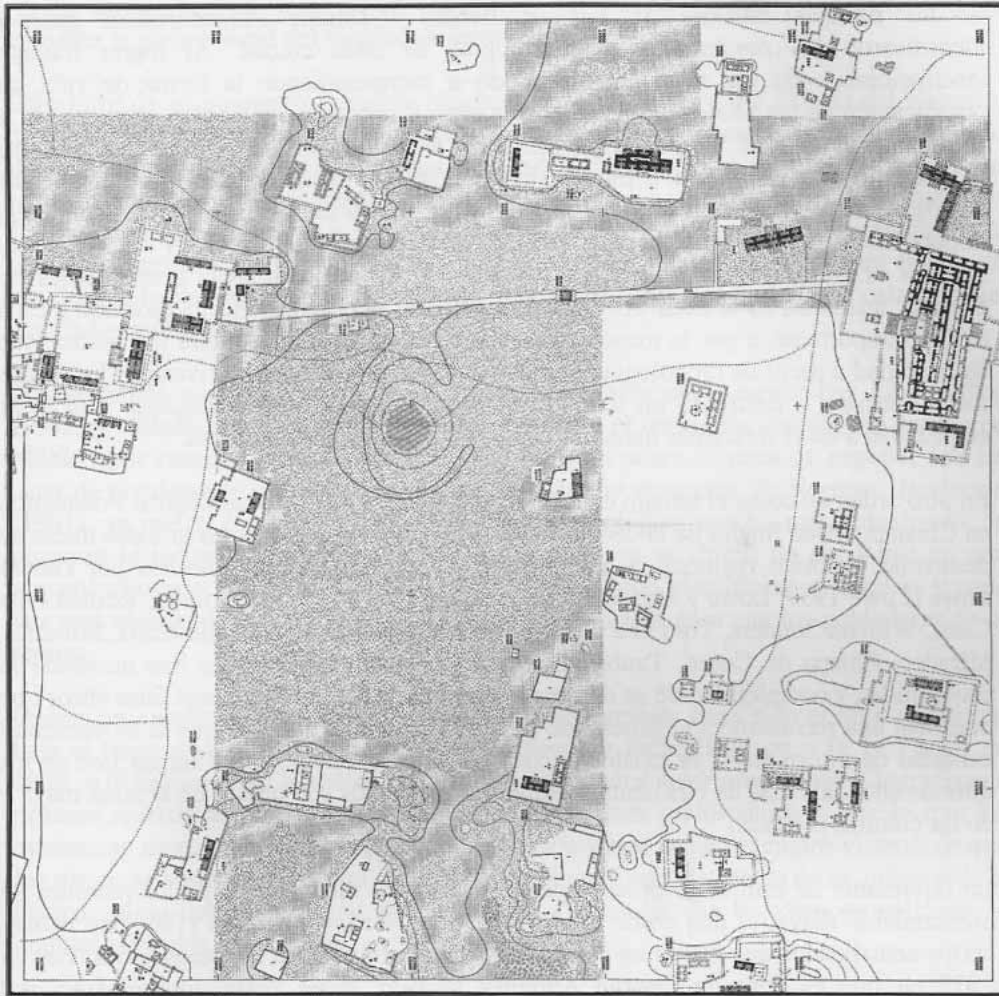
17.
 Yaxhá, plano reproducido de: Nicholas Hellmuth, *Calles y complejos de edificios cuadrangulares asociados a un sitio maya: Yaxha, El Peten; reporte de la 4ta. Temporada*, FLAAR, copia mecanoescrita 6 pags y plano, Guatemala, 1974



18. a
 Nohmul, plano topográfico, Normann Hammond, Settlement patterns in Belize, *Lowland maya settlement patterns* (W. Ashmore, editora), University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981; fig. 7.2

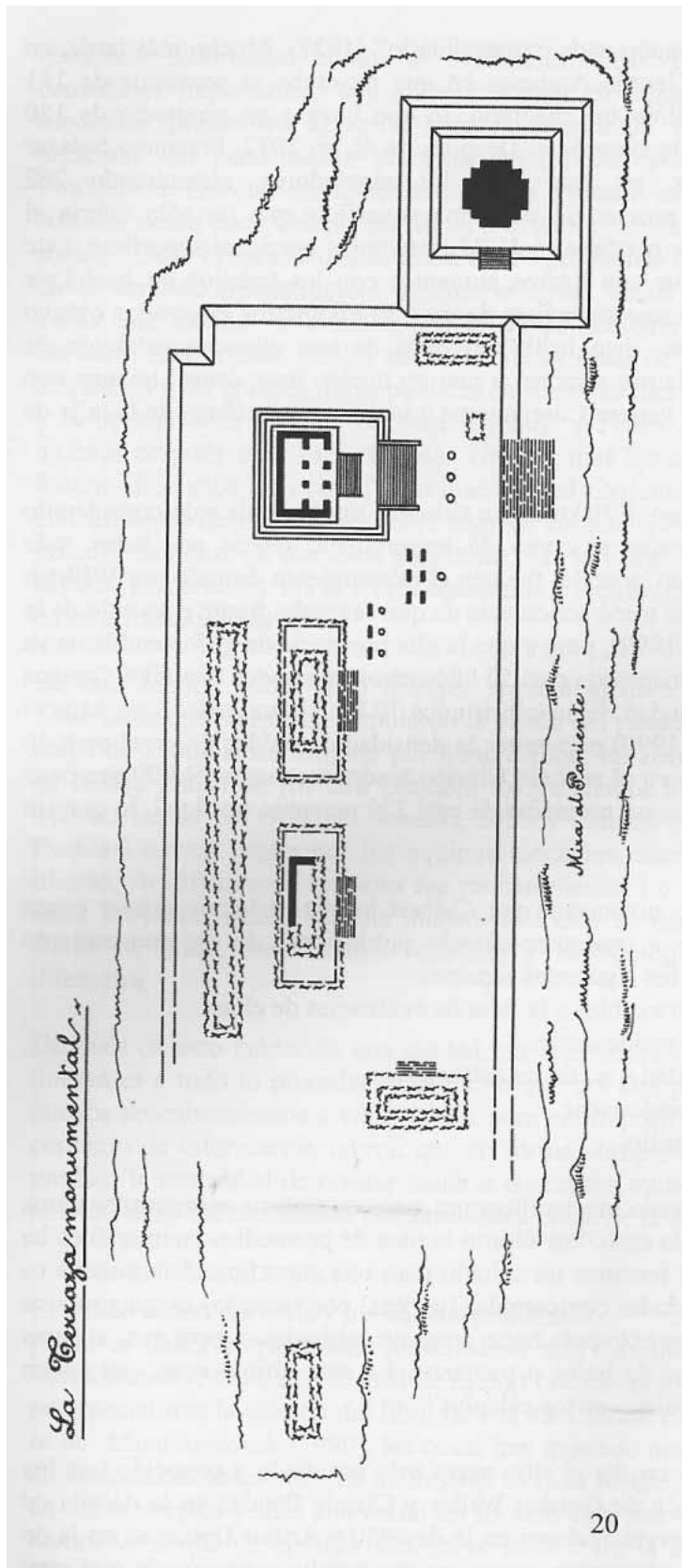


18. b
 Nohmul, plano rectificado, Normann Hammond, Settlement patterns in Belize, *Lowland maya settlement patterns* (W. Ashmore, editora), University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981; fig. 7.1

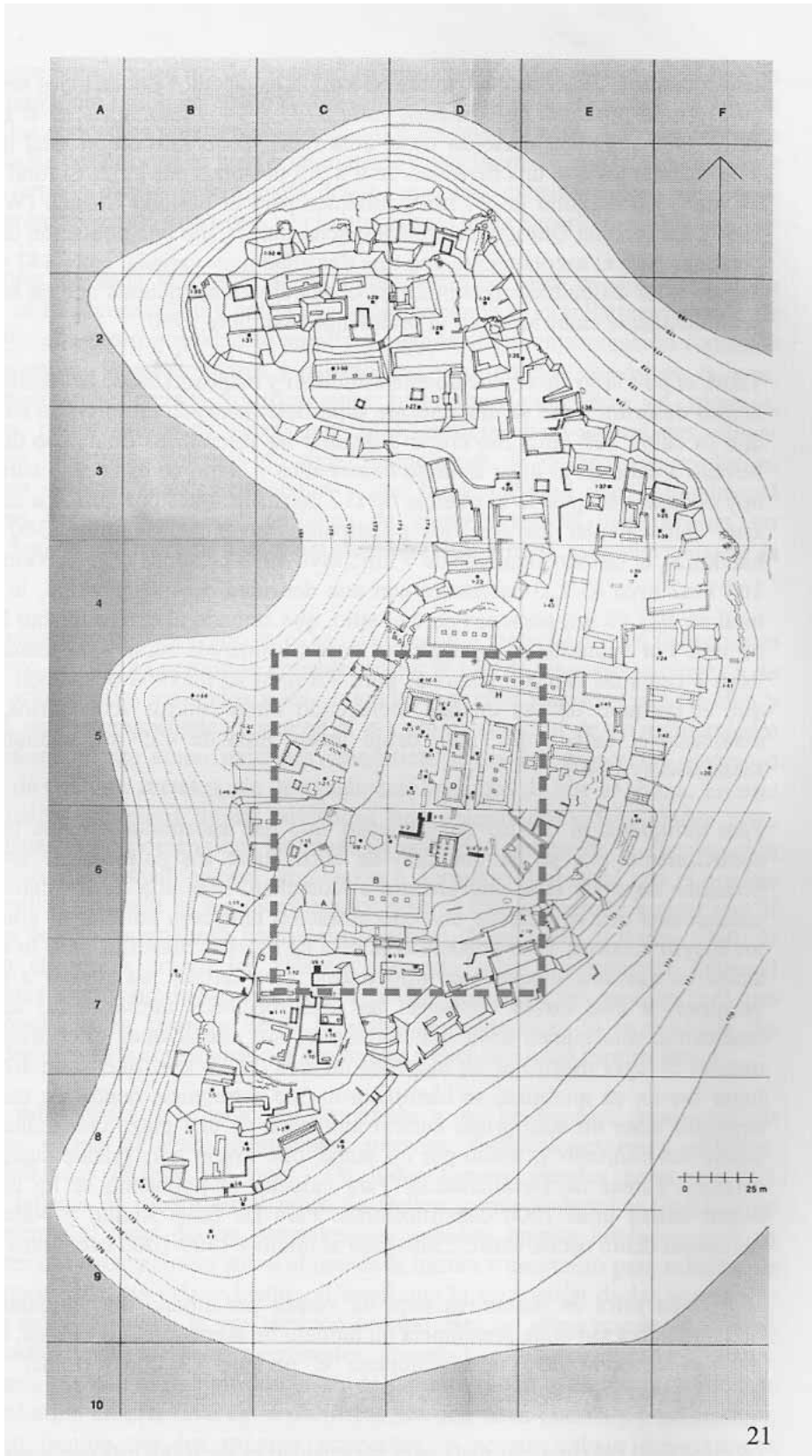


19

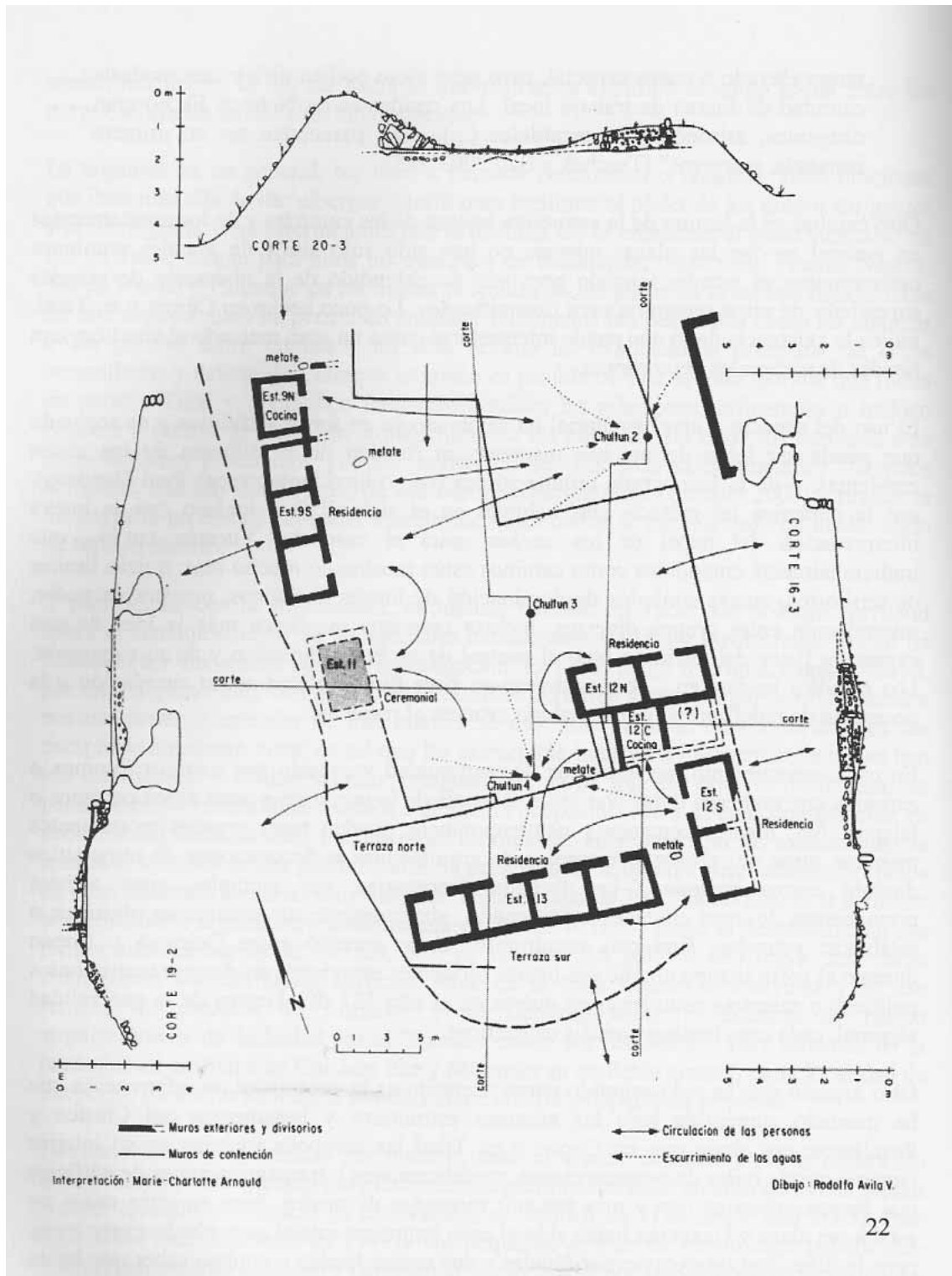
19.
Sayil (parcial), plano reproducido de: Jeremy A. Sabloff y Gair Tourtellot, *The ancient maya city of Sayil: the mapping of a Puuc region center*, Middle America Research Institute, publicación 60, New Orleans, 1991; sección "Miguel"



20.
Topoxté, plano de Teobert Maler, publicado por: Gerdt Kutscher, *Bauten der maya*, Monumenta Americana vol. IV, Gebr. Mann Verlag, Berlín, 1971; lámina 10



21.
 Topoxté, plano reproducido de: Wolfgang Wurster, Maya-architektur auf der insel Topoxte in see von Yaxha, Peten, Guatemala, *Beitrage zur allgemeinen und vergleichenden archaologie* vol. 12, pp. 261-302, Bonn, 1992; lam. 23



22

22.
Xcochx-centro, plano tomado de: Pierre Becquelin y Dominique Michelet, Demografía en la zona Puuc, el recurso del método, *Latin American Antiquity* vol. 5, no. 4, pp. 289-311, 1994, figura 5